

A close-up portrait of a woman with dark, wavy hair styled in a 1930s fashion. She is wearing a pearl necklace and a light-colored garment. The background is a soft, out-of-focus gradient.

**Diario de María Teresa
Osborne Tosar**

**A MI MARIDO
LO ASESINARON
EN PARACUELLOS**

Javier Alonso Osborne

Prólogo de Alfonso Ussía y epílogo de Antonio

Lectulandia

El 7 de noviembre de 1936 el padre de Javier Osborne es arrestado en El Escorial por los republicanos, su madre, M^a Teresa Osborne Tosar, está embarazada de 3 meses. Después de palizas, pasar hambre y dolor, consigue que le devuelvan a su casa, pero un mes después le vuelven a detener, esta vez le envían a Madrid. Desde ese momento comienza el peregrinaje de M^a Teresa, embarazada, enferma, consigue llegar a Madrid para saber qué le ha ocurrido a su marido, pero no logra encontrarle... Javier Osborne no conoció a su padre. En su casa, la casa que su familia tiene en El Puerto de Santa María, se enterará de que su padre fue asesinado en Paracuellos. Un testimonio de primera mano guardado durante 70 años. Un diario que escribió la madre de Javier Osborne, director adjunto de la revista *Hola*, durante los 15 meses que estuvo buscando a su marido, asesinado, al final, en Paracuellos.

Lectulandia

Javier Alonso Osborne

A mi marido lo asesinaron en Paracuellos

Diario de María Teresa Osborne Tosar

ePub r1.0
Titivillus 24.02.15

Javier Alonso Osborne, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis nietos, Álvaro, Alejandra, Jaime, Blanca, Nicolás y Begoña

«Si alguno de vosotros os encontráis con Santiago Carrillo, no le saludéis».^[*]

ALFONSO USSÍA

PRÓLOGO

El diario de María Teresa Osborne Tosar ha dormido, celosamente guardado por su hijo, Javier Alonso Osborne, en uno de esos lugares de nuestras casas donde la tristeza tiene su sitio. Como tantos testimonios directos del horror de la Guerra Civil, ha permanecido educadamente en silencio hasta que un Gobierno irresponsable, con la ayuda de algún juez más inmediato al espectáculo que a la Justicia, ha decidido abrir las heridas cicatrizadas con los acuerdos de la Transición a la libertad y la democracia en España. Se abren los odios y corren de nuevo las sangres inocentes. En muchos puntos de España se buscan fosas comunes, testimonios del crimen desorganizado de aquellos tiempos terribles. Pero se hace desde la parcialidad y el sectarismo más profundos. Solo han sufrido, solo han padecido, solo han sido asesinadas las víctimas de quienes vencieron. Los crímenes, los desmanes y las torturas que padecieron decenas de miles de inocentes por parte de quienes perdieron la Guerra Civil, bastante tienen con no ser pasadas por las armas una segunda vez. Ello ha animado a numerosas familias a despertar el educado sueño de sus penas, a rescatar los testimonios de sus angustias y sacar a la luz la realidad del asesinato sistemático al que se dedicó con innegable eficacia el bando que defendía la legalidad de la Segunda República, legalidad democrática que se extinguió en 1934 cuando las fuerzas de la izquierda en el poder no aceptaron los resultados electorales que daban el triunfo a las derechas confederadas. En 1931, la República se proclamó en España, derrocando a la Monarquía, mediante una clamorosa irregularidad. Unas elecciones municipales, que no un refrendo nacional, llevaron al rey don Alfonso XIII al destierro. Pero aquella trampa no significó el triunfo de la izquierda sobre la derecha, porque la Segunda República, en sus inicios, estuvo sustentada en ideologías liberales y conservadoras, que poco a poco fueron sucumbiendo ante la presión de las bien organizadas facciones del socialismo y el comunismo, principalmente. Entre las víctimas de la Segunda República hay centenares de ilustres republicanos que celebraron el final de la Monarquía con la esperanza de una España mejor. Aquella esperanza se diluyó muy pronto, y los sucesivos gobiernos colaboraron de manera puntual en la descomposición del Estado, la exaltación de los nacionalismos periféricos y la destrucción de la libertad de los españoles. Reconozco que afirmar tales cosas no forma parte de lo políticamente correcto, pero últimamente lo políticamente correcto y la verdad llevan sendas muy distanciadas. El fracaso monumental de la Segunda República dio paso al triunfo del terror en muy pocos meses. Un terror que sacudió vidas, haciendas y futuros.

Un mal día de octubre de 1936, un grupo de milicianos se llevó de su casa a Francisco Alonso. Era un hombre bueno, pacífico, generoso y justo. Su esposa, María Teresa Osborne, sintió que le arrancaban de cuajo la mitad de su vida. Apenas tres meses de matrimonio le habían unido a su marido con una fuerza indestructible. Un matrimonio joven con toda la vida por delante. Francisco era funcionario del

Patrimonio Nacional, y trabajaba en el Monasterio de El Escorial. Allí lo detuvieron, iniciándose un suplicio que terminaría en Paracuellos del Jarama, con su cuerpo entregado a las fosas comunes, compartidas por miles de españoles inocentes exterminados por la injusticia, la brutalidad y el odio.

Lo que el lector tiene en sus manos no es una novela, ni un ensayo histórico. Es una revelación textual de la tristeza y la angustia. El diario de una mujer embarazada, recién casada y enfrentada a la perversión de quienes le arrebataron a su marido. Se trata de un emocionante camino que termina mal, como la realidad. Se lee con inquietud y dolor, porque aquí no tiene sitio la imaginación del escritor, que mueve situaciones y personajes para que, al término de la lectura, la historia se vista de un final feliz. La verdad diaria de María Teresa Osborne es una verdad terrible, desesperanzada, hundida. Perteneciente a una de las más distinguidas familias de El Puerto de Santa María, María Teresa, lejos de los suyos, se compromete con su tragedia, y lucha, pide, busca y no encuentra a quien le pueda devolver el paisaje de su marido encarcelado. Testimonio intocable, por cuanto responde fielmente al manuscrito de aquella mujer admirable. Su hijo, Javier Alonso Osborne, ha entregado el original de la tristeza y apuntado notas, datos y fechas. Pero el cuerpo fundamental de este libro es el texto de María Teresa, el día a día de sus ilusiones desvanecidas, y su constante fe cristiana abrazada a su pena, con toda probabilidad, el único soporte que mantuvo en pie su resistencia física y anímica.

El libro emociona porque es sencillo. Narra con sencillez la fuerza de la injusticia, la fuerza de la sinrazón, la fuerza de la maldad. Y al tiempo, la fuerza del amor, la fuerza de la Fe, y la fuerza de la tristeza. Una tristeza limpia, de mujer joven pisoteada por la ignominia.

Esta «memoria histórica» —y nunca mejor dicho—, que Javier Alonso Osborne nos ofrece, no va a cambiar el rumbo errado de nuestros gobernantes. Pero sí, ojalá, muchas conciencias. Y cumple con su sangre. La que le dio la vida de su madre rota, y la que corrió como un río tremendo del cuerpo sin vida de su padre asesinado.

ALFONSO USSÍA

MADRID, 4 DE OCTUBRE DE 2008

Setenta años llevaba guardado, bajo un montón de fotos antiguas, el diario en el que María Teresa contaba «su guerra». Lo escribió al poco de llegar a El Puerto de Santa María, cuando aún no sabía si su marido vivía o había sido asesinado.

El 23 de octubre de 1936 le había visto por última vez, cuando unos milicianos se presentaron en su piso de San Lorenzo de El Escorial y llamaron a la puerta repetidas veces hasta que ella misma les abrió. Sin soltar sus fusiles —eran dos— preguntaron sin pasar del marco de la puerta: ¿Francisco Alonso? Al oír su nombre, Francisco, el marido de María Teresa, se asomó a la puerta que había al final del pasillo. Cuando le vieron, los milicianos repitieron la pregunta: «¿Es usted Francisco Alonso? ¡Síguenos!».

Aquella tarde de sábado en casa, muchos años después, todas eran preguntas de los más jóvenes. Sobre la cómoda imperio del pasillo siempre habían visto —hijos y ahora nietos— fotos amarillentas de familiares para ellos desconocidos. Cuando preguntaban que quiénes eran, siempre les llamaba la atención —y en algunos suscitaba curiosidad— oír la respuesta: «Y este es vuestro abuelo Francisco, a quien asesinaron en la guerra».

A lo largo del tiempo, esta escena se repetía cada diez o doce años —nuevas generaciones, nuevos hijos, nuevos nietos—, pocos fueron los que hicieron alguna pregunta o insinuación. Era un abuelo mayor a quien habían matado. Ya no vivía ni la abuela. No tenía el menor interés para ellos... Era algo lejano, perdido en la primera mitad del siglo pasado, cuando hubo una guerra en la que, según habían oído, se pelearon todos contra todos, incluso dentro de una misma familia. Y hubo muertos y asesinados —el abuelo de la foto—, y dictadores montados en caballos blancos, y «rojos», y víctimas, y el Valle de los Caídos, y los republicanos asesinados en Badajoz... «¿Y dónde mataron al abuelito?» «En Paracuellos del Jarama», les contestábamos... Y se iban a jugar a la Nintendo.

Los mayores, ¿cómo no?, sabíamos del desastre de la guerra. Cuando nos parábamos a pensar en medio de nuestras tareas y preocupaciones diarias, nos dolía en lo más profundo, las injusticias, las muertes, los asesinatos, las venganzas, las traiciones, los horrores de uno y otro bando de una guerra civil sangrienta, absurda, desastrosa, por la que fuimos triste noticia durante meses en el mundo entero. Como en todas las guerras había habido vencedores y vencidos, y todos fuimos víctimas —en uno u otro momento— de este monumental desastre.

Seguro que otro día cualquiera, en otro pasillo, otro niño, ante otra cómoda adornada con fotos, preguntó: «¿Quién es este?», y le dijeron, como en tantas miles de casas de España: «Es tu abuelo, que lo mataron —en este caso— los nacionales en la Guerra Civil».

En aquella casa había, como en tantas otras, la foto amarillenta de una víctima de aquella guerra triste y terrible que, con el paso del tiempo, era solo eso, una foto

antigua donde se había perdido el color rojo o el azul, para convertirse en algo para la historia, para olvidar en el tiempo. Un antepasado que había muerto en una guerra absurda.

«¡Abuelo!, ¿no decías que al señor de la foto de la cómoda del pasillo lo habían matado en la zona roja? Pues en el cole, en la tele y en los periódicos solo hablan de los asesinados en el otro bando. Están continuamente hablando de la “memoria histórica”, o algo así, y dan a entender que solo asesinaban los nacionales...»

Luego vinieron los «carnés» de represaliados, la nacionalidad española para los componentes de las Brigadas Internacionales, las fotos una y otra vez durante meses de las búsquedas de fosas de víctimas, por supuesto, del franquismo. Las compensaciones que en tiempos de crisis podrían alcanzar cifras astronómicas. Se reconocían sesenta mil asesinados en territorio republicano mientras ciento cincuenta mil murieron a manos de los nacionales. Aunque los primeros tuvieron «su reconocimiento oficial por el régimen y sus familiares lograron todo tipo de compensaciones...».

No tengo más remedio que responder a las preguntas cada vez más insistentes de mis hijos y de mis nietos, algunos de ellos ya en edad de exigir contestaciones objetivas y concretas... De pronto me acordé del diario de mi madre que tuve olvidado durante setenta años, pero que la «memoria histórica» había desenterrado, casi un siglo después, por la incesante búsqueda de fosas y trincheras, dormidas en la injusticia de los tiempos, para reivindicar a un abuelo muerto, cuando en casi todas las familias españolas hay un padre, un abuelo, un capitán republicano o de las tropas franquistas, o un tío cura cuya foto, ya casi olvidada —ni roja ni azul—, permanece en la cómoda del pasillo o en cualquier cajón sin que ni los hijos ni los nietos pregunten detalles de aquella guerra que debería ser una lección para aprender a vivir en paz, en libertad y democracia sin buscar, nunca más, revanchismo y nuevas venganzas.

Para que lo puedan leer mis nietos cuando vayan siendo más mayores, he hecho —apoyándome en grandes historiadores y estudiosos del periodo— un esbozo histórico de aquellos primeros días del mes de noviembre de 1936, en que asesinaron al señor de la foto amarilla, y he recopilado también —al final del libro— todos los documentos, actas y partidas que certifican la autenticidad de cuanto se cuenta en el diario de María Teresa Osborne, tal como lo escribió su bisabuela hace ya setenta años. Una historia sencilla y tremenda a la vez, que le ocurrió a miles de personas en aquellos días, pero que ella, durante las largas horas que esperaba el regreso de su marido, escribió sin saber que tantos años después sería un testimonio auténtico, dentro de su ingenuidad, de la otra «memoria histórica», para que mis nietos sepan que —aunque hubo muchos— no todos los muertos eran de los nacionales.

Transcripción del diario de
MARÍA TERESA OSBORNE TOSAR

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL, 17 DE JULIO DE 1936

El 17 de julio hizo tres meses de nuestra boda

Deslizábase nuestra vida llena de intensa felicidad en el piso donde nos habíamos instalado en El Escorial, en la calle Gobernador, 10. El 17 de julio hizo tres meses que nos habíamos casado, el 18 estalló el glorioso alzamiento nacional, cortadas las comunicaciones, se interrumpió nuestra inalterable paz... y empezaron nuestras zozobras. ¿Qué habría sido de mamá y todos mis hermanos? ¿Estarían también bajo el poder rojo? Incansable en mis preguntas, para hacerme salir de esta duda que tanto me atormentaba, mi marido logró enterarse: El Puerto^[1] estaba en poder de los nacionales, pero siempre seguíamos con la preocupación de lo que ellos estarían sufriendo sin saber qué habría sido de nosotros.

Mi marido seguía en el patronato,^[2] por las noches tenía que ir a hacer la guardia. ¡Con qué devoción rezábamos el rosario antes de irse! A los pocos días lo destituyeron y suspendieron las pagas.

Una mañana nos anuncian que había una pareja de milicianos para registrar y para llevarse a mi marido a ver si tenía bien arreglada la documentación. Este registro no fue muy penoso. No parecían malas personas y se portaron bastante comedidamente. Al irse, uno de ellos me dice: «Dígale a su marido que se aligere que abajo le esperamos para la documentación». Yo, inocentemente, me lo creí y le dije: «Paco, dicen que te aligeres, que te están esperando para la documentación».

Al poco de llevárselo me entero de que es solo un pretexto y estaban deteniéndolos en el monasterio.

¡Todos los momentos que viví llenos de angustia viendo si lo dejarían salir! Hasta que al oscurecer me mandó decir que le enviara una almohada y una manta. ¡Qué momentos! ¡No quiero recordarlos! Había que perder la esperanza de que aquella noche volviese a casa. No la perdía de que fuese al día siguiente...

Ya este segundo día había que ir a la cola para llevarles la comida. Si se les quería ver. Esto era algo horroroso. Solo se soportaba con la esperanza de tener el inmenso consuelo de abrazarlo o verlo aunque fuera un instante.

Pero aquella Lonja (que así se llamaba la explanada grande que rodea al monasterio), no hay palabras para expresarse, ¡era el infierno!, los camiones con altavoces llenos de milicianos dando vivas al comunismo, ¡las milicianas blasfemando!, los aviones rojos evolucionando por todos aquellos contornos, un calor asfixiante. Había que estar esperando horas y horas enteras para poderles pasar la comida, para que, a lo mejor, saliesen diciendo que ese día no se les podía ver, o solo de lejos, desde la puerta, que esto era aún peor, pues tengo clavada de un modo indeleble en la imaginación su cara de pena... si se preguntaba si lo dejarían salir,

daban una negativa con un mal modo... y si eran algo mejores los que estaban en la puerta, se limitaban a decir que no lo sabían.

Les dicen que van para Madrid y los bajan en la carretera para matarlos

Nunca se me ocurrió que los sacaran de allí para fusilarlos. Y un día estando en la cola me dice una señora joven casada que había allí llorando y horrorizada: «¡Qué salvajismo, Dios mío! ¡Las barbaridades que están haciendo! ¡Los que han fusilado esta noche! ¡Les dicen que van para Madrid y los bajan en la carretera para matarlos!».

Esto me dejó fría y sin habla. ¿Pero qué dices? ¿Que los están matando? Creí morirme. Entonces aumentaron mis ansias de poder verlo. Algunas veces lo conseguí. ¡Qué escenas! ¡Era algo inenarrable, solo al recordarlas se agolpan las lágrimas en mis ojos! Custodiados por dos milicianos que no perdían una palabra de lo que hablábamos. Los dos queriéndonos hacer los fuertes para no apurarnos mutuamente: me abrazaba a él llorando. Imposible contener el llanto. Con angustia le preguntaba: «¿Te llevarán a ti a Madrid?». El pobre estaba en la misma tremenda duda que yo. «No llores mujer», me decía tratando de consolarme. «Estoy muy bien y me tratan muy bien»..., y mientras sus labios articulaban estas palabras, leía en sus ojos y veía en su cara reflejado un inmenso sufrimiento y la tristeza mortal que embargaba todo su ser. Con ser tremendo lo que allí les hacían pasar, a él lo que le preocupaba era pensar lo que yo estaría sufriendo y le horrorizaba verme mezclada con toda aquella salvajada.

Teníamos la inmensa ilusión de saber que nos nacería nuestro primer niño

En la cola decían que si se conocía a alguien rojo quizás se les podría salvar. Con tal de que él saliese de allí, no había para mí sacrificio alguno, y me fui a entrevistar con una señora que el marido era un perfecto sinvergüenza y rojo hasta la médula. Con los ojos llenos de lágrimas le exponía lo triste de mi situación, con mi marido detenido, sola, sin recursos, le suplicaba que me sirviera de intermediaria para con su marido, que pidiéndoselo ella, no se lo negarían. Al fin no llegamos a enterarnos de si mi visita fue fructuosa. Esta desgarradora separación era aún mayor cuando teníamos la inmensa ilusión de saber que nos nacería nuestro primer niño.

Qué tremendo lo que allí se presenciaba. Tenían los autos a unos veinte metros de la puerta del monasterio, para llevárselos a Madrid a darles mil martirios o a fusilarlos en mitad de la carretera. ¡Qué horror! No se me olvidarán las caras de los que salían. ¡Qué palidez! Yo temblaba de pies a cabeza pensando en vérmelo salir. Pensando si vendría hacia mí o se lo llevarían a alguno de los coches. Hubo momentos en los que estuve a punto de irme porque creía caerme al suelo desvanecida.

Esto duró una semana. La primera llegada al monasterio sin saber si habría o no amanecido allí, ¡era horroroso! Una vez que me convencía de que estaba, mi único

consuelo era quedarme en los muros para estar lo más cerca posible de él.

Era impresionante también ver las caras de las familias de los detenidos. Allí había llantos, desmayos, heroísmos también. Al alcalde antiguo de allí lo sacaron para llevárselo a Madrid. Su única hija de veintidós años, al presenciar esto, fue presa de un desmayo (ellos decían que eran exageraciones y gitanerías de mujer), el padre esperó en la puerta del auto a que volviera en sí. Entonces, consolándola y con gran serenidad le dijo: «Hija mía, no pidas por mí influencias a nadie, pide por mí sólo a Dios». Los milicianos al oír esto se indignaron y entonces él, con gran aplomo, volvió a repetir: «Sí, hija, solo... —y volviéndose hacia los milicianos y haciendo un gesto de convicción con la cabeza, añadió—: ¡a Dios!».

Hay que ver el heroísmo que se necesitaba para decir esto en esos momentos, cuando su vida pendía solo del capricho de aquellos bárbaros. Cuando todo esto pasó y se lo llevaron en el auto, ella, subida en una silla, con la cara lívida, quedó inmóvil sin quitar la mirada hasta que perdió de vista el auto oculto entre los árboles (en diciembre del 36 aún estaba vivo. No sé después qué pasaría).

Por las tardes cuando volvía del monasterio me ponía en el balcón, por detrás de los cristales, mirando hacia allá

Yo con tanto sufrir estaba de tal manera que no me podía tener de pie. Me había quedado en el piso sola con la cocinera, que era la que me arreglaba lo que le decía para llevárselo, pues no se podían llevar tenedores, navajitas ni nada, tan solo la comida. Se oía decir que querían meter a refugiados por todas las casas que tuviesen sitio. ¿Cómo poder hacer esto con lo fieras que eran y dos mujeres solas? De esto pudimos escapar.

Mi único consuelo era, cuando por las tardes volvía del monasterio, ponerme en el balcón, por detrás de los cristales mirando hacia allá.

De nuevo en casa

Transcurrida esta semana de verdadero martirio, y cuando menos lo pensábamos, pues hacía muy poco que lo habían visto entre rejas, y no parecía que había de efectuarse la salida tan pronto, tuvimos la indecible sorpresa de podernos abrazar. La alegría de esta primera entrevista, después de lo que habíamos pasado, no es para contarla. Qué felices nos sentíamos después de tanto como habíamos temido por su vida.

Enseguida avisé a su niña,^[3] que fue con sus tías. ¡No quería hablar de lo pasado! ¡Luego me contaba de la manera tan despiadada que lo habían tratado! A cada momento viéndose muerto. Cinco veces ofreció su vida a Dios. Qué emocionado me decía lo duro que se le hacía pensar tenernos que dejar. Le consolaba que no quedaba sola su niña, también quedaba con sus tías... pero, Señor, ¿me pedirás también este sacrificio de no llegar a conocer a nuestro hijo? Esto me lo contaba con los ojos llenos de lágrimas.

Quisieron que se quitase una medalla de la Milagrosa que pendía de su cuello, a lo cual se resistió diciendo que la Virgen sería la única que podría librarlo. Él mismo se asombró al oír su nombre para que saliese, pues estaba incluido en la lista de los que iban para Madrid ese último día...

El vernos de nuevo reunidos allanaba todas las dificultades. A los pocos días se nos fue la cocinera a Madrid porque en las circunstancias actuales no quería estar separada de su familia. Se portó muy bien, pues no quiso ir antes para que no me quedase sola. Entonces, del Hotel Jardín, donde habíamos estado antes de irnos al piso, nos mandaban la comida, ya tan racionado todo que nos quedábamos con hambre.

Mi marido con el apuro de que fuera poco para mí se empeñaba en dejarme lo suyo. Desayuno y merienda no nos mandaban, así que teníamos que ir arreglándonos para esto y los demás gastos necesarios con lo que nos prestaban, pues, como se habían suspendido las pagas y yo no podía recibir dinero, no teníamos nada y temblábamos pensando que llegaría un día en que no nos pudiesen prestar más. Porque allí todo el mundo andaba por el estilo. También mi marido tenía que darle a sus hermanas por haber sido también destituidas de sus puestos. ¿Qué necesitábamos hacer entonces?

¿Don Francisco Alonso? ¡Síganos!

La portera era la que nos hacía los quehaceres de la casa, pues la doncella la habíamos tenido que despedir y cualquiera tomaba servicio en aquellos días. No podíamos salir a ningún sitio. Solo días sueltos y por el sitio que éramos menos vistos, dábamos una vuelta por los pinares.^[4]

Todos los objetos de piedad los habíamos tenido que esconder en la buhardilla. Yo siempre estaba animándole diciéndole (como al principio parecía que se iba a acabar todo tan pronto) que no se apurara, que ya a él no le detendrían más. Tenía mucha pena de tener a tantos conocidos suyos detenidos y no poder hacer nada por ellos, pues era muy comprometido.

Una noche, estando comiendo, nos avisan de que había un hombre que iba a buscarlo para que fuese a hacer unas declaraciones. De nuevo la angustia. ¿Lo habrán detenido otra vez? ¿Para qué habrán venido a buscarlo? Los minutos se me hacían siglos. ¿Empezarán de nuevo los martirios?

Estando sumergida en esta oleada de tremendas dudas, me hizo salir de ello el vérmelo aparecer desde el balcón donde le estaba esperando en la esquina de la casa. ¡Cómo recobré entonces la serenidad! Que le apuraba cómo yo sufría. Un día llegó a decirlo en el comité, que les suplicaba que no me volviesen a mortificar de esa manera, que yo era de muy lejos, sin familia alguna allí, y cuando él se iba de casa, me quedaba sola.

Me apenaba también lo preocupado que estaba con su hija, era Hija de María y esto allí estaba considerado como un delito. «¿Se la llevarán? ¿Le pasará algo?», me

preguntaba lleno de apuro.

Cómo veíamos los combates aéreos y estallar las bombas en la Cruz Verde. Imponía ver las ambulancias atestadas de heridos. Contaban que uno de ellos se volvió loco y se tiró desde una ventana altísima del hospital. Decía que era fascista y que cuando se pusiera bueno, lo iban a matar. A unos cuantos repartidores de carbón los fusilaron porque el dueño de la carbonería no había medio de que apareciese y ellos decían que los repartidores lo sabían y no querían delatarlo. Unas muchachas fueron detenidas por protestar al llevarse a su padre... En este ambiente tan triste se nos fueron pasando los días hasta el inolvidable 23 de octubre del 36.

Este día estábamos muy tranquilos sentados en el gabinete después de hacer un largo rato que habíamos comido y... llaman a la puerta. Sale la portera a abrir. Yo me asomo al pasillo y veo a dos hombres con fusil en mano, la otra puesta en la solapa y con tono de interrogación dice uno de ellos: «¿Don Francisco Alonso?», él desde el gabinete lo oyó, o yo se lo dije, no recuerdo ya bien, lo cierto es que se asomó también al pasillo. Y entonces dirigiéndose a él mismo, y con la misma actitud de antes, repitió: «¿Don Francisco Alonso? ¡Síganos!».

¿Hasta cuándo se prolongaría aquel adiós?

Lo que allí pasó en aquellos momentos fue algo que no se puede explicar. A él se le puso la cara como la cera. La mía no debía de estar de otro color, pues sentí helárseme la sangre. Los dos enmudecimos. Entramos otra vez en la salita para recoger algunas cosas de la mesita. Y sin apenas poder articular palabra, nos despedimos... salió al pasillo en seguimiento de la policía. Yo, sin poder moverme por la emoción, quedé en la puerta sin quitar la vista, hasta que empezó a bajar la escalera, sumida en mil tristes pensamientos y preguntándome, ¿hasta cuándo se prolongaría aquel adiós?

No tuve valor para asomarme a ver hacia dónde se dirigía el auto, y enseguida se lo mandé decir a su hija. ¡Qué serie de sufrimientos sin cuento nos estaban aún reservados! Todavía no me había repuesto de tan tremenda emoción y ¡suena el timbre!... de nuevo los milicianos que venían a registrar (mejor dicho a robar). Yo temblaba de pies a cabeza. No podía tenerme en pie y verme sola delante de aquellos tíos. ¡Qué horror!

Dos milicianos volvieron para registrar cuando ya estaba sola

Ya habíamos roto una infinidad de papeles por si algo podía comprometernos, entre ellos había una carta en la que decía: «Estos bandidos, por lo visto, quieren prenderle fuego hasta al Guadalete».^[5] Otra que también habíamos roto: «No sé hasta dónde van a llegar estos hijos de Lenin...». A pesar de todo, no sé el tiempo que estuvieron en el *bureau* mirando todos los papeles que quedaban. Yo, mientras tanto, estaba sentada con el codo apoyado en la mesa y dejaba caer la cabeza en la mano esperando a que acabasen.

Pasamos a las demás habitaciones. Al pasar delante de una cama turca me preguntó: «¿Tiene ahí algo escondido?». «Registre», le dije. Quería aparentar tranquilidad (porque encima de que lo que una tenía ganas era de abrirle la cabeza, había que comportarse así). «Gracias a Dios no tengo ningún contrabando». Para qué se me escapó el «gracias a Dios». Su indignación fue enorme y dijo furioso: «¡Gracias a ti!». Me callé. Hay que advertir que solo de verlos daban miedo. Más negros que el carbón. Con un bigote de un metro. Imponente.

Pasamos al cuarto de dormir. Uno de ellos abrió un cajón del tocador. Cuando vi lo que tenía entre las manos creí morirme. Aquel cuadernito tan chico y tan escondido, ni siquiera me había acordado de él. Pero entonces me acordé de que García, mi cuñado, me había puesto en él el significado de todos los colores. En este momento sí que empecé a temer también por mí.

Vi que él, el miliciano, me miró de un modo muy significativo y, muy pausadamente, volvió a guardarlo. Entonces recobré un poco de tranquilidad. No se lo llevaba, ni se lo enseñó al otro compañero. Esto me hizo comprender que no era como el de la cama turca. Ese era un «tigre». Y estoy en que eso era lo que el compañero reconocía, y por eso, con disimulo, lo que hizo fue esperar a que se alejara del tocador. Porque si aquel cuadernillo caía en sus manos, desde luego no lo cuento.

El «tigre» al ver el crucifijo (ya habíamos vuelto a poner algunos objetos religiosos, porque parecía que la cosa había mejorado algo) lo cogió y con gran indignación lo volvió a tirar contra la mesita de noche y empezó a barbarizar. Puedo asegurar que no sentí en aquel momento furia hacia aquella fiera, sino una verdadera pena de ver al Señor tratado así y un sentimiento profundo de compasión hacia aquel desgraciado.

Pasó el «tigre» al cajón de la cómoda. De allí hubiera podido pasar sin llevarse nada, pero yo, del miedo que tenía que fuese a encontrar el cajón disimulado que tienen esas cómodas imperio, y me fuesen a hacer algo por no haberlo enseñado, poco menos que se lo señalé (habíamos escondido con disimulo, sin que pudiesen sospechar nuestras intenciones, algunas cosas). Lo abrió y sacó una pulsera mía magnífica. El muy fresco tuvo el descaro de preguntarme si era buena. «Así lo creo», le dije. Estuve por decirle que no, pero... y si la llevaba a apreciar. Para qué quería yo más.

De mi marido se llevó un reloj de oro formidable, unos gemelos también de oro preciosos. Yo pensaba en el cuidado con que él lo había estado guardando. Y eso que, de asustada que estaba, ni siquiera me daba exacta cuenta del robo tan indecente que estaban llevando a cabo. Era tan sumamente cínico que tuvo el valor de decirme que firmara un papelito, porque como todas se las llevaba al Comité, así después, cuando me las fuesen a devolver, se reconocerían más pronto. Encima de todo, me quería tomar el pelo. Como si entrase en sus planes devolver algo... Con disimulo esquivé su propuesta y me contaron después que hasta le habían fusilado porque no entregaba

en el Comité nada de lo que robaba.

Iban a la puerta del monasterio a ver quién entraba en misa

Se llevaron varios devocionarios con recordatorios y recortes de periódicos. El mes de noviembre del *Año Cristiano*, que todas las tardes leíamos después de rezar el rosario. Cuando vio los zapatos me preguntó: «¿Son solo de usted?». Creo que le pareció que teníamos a alguien escondido. A todo esto plantaba los fusiles donde se le antojaba. Qué susto pasé pensando en que se le escapara un tiro. Porque más de una vez los vi enfocados para mí.

Cuando se estaba acabando el registro, llegó la niña con su tía. Pobrecita, cómo lloraba. «¿Dónde se han llevado a mi padre?», preguntaba llena de angustia. «Hacia el Comité», le contestaron. El «tigre» me dijo cuando se iban: «Qué lejos se ha venido. Más cuenta le hubiese tenido quedarse por su tierra».

Al fin se fueron, pero no por eso descansé. ¡Eran tan bandidos! Se habían llevado cosas tan comprometedoras. Se puede decir que tenían el poder en sus manos. Nos habían visto tantas veces entrar en la misa (pues se iban a la puerta del monasterio a ver quién entraba y salía). Lo mismo sabían que habíamos frecuentado los Sacramentos. ¿Vendrán también a detenerme a mí?

Lo primero que hice cuando se fueron fue ir al cajón del tocador y coger aquel diminuto cuadernito que tan caro me podía haber podido costar. Y me quedé fría... fría, al ver su contenido que ya no recordaba. Con la misma letra había escrito un cantar que decía: «Yo tenía una bandera, color de sangre y de sol, que no me dejan que la quiera. Yo ya no soy español. Que soy de una tierra cualquiera». Por si fuera poco tenía: «Verde, el rey de España; azul, Alcalá Zamora; encarnado, España, nación católica, apostólica, romana, nunca a Dios olvidará».

Temblaba pensando que volviesen a entrar y me cogieran leyéndolo. Lo rompí en mil pedazos. Y me decía: cuando la Virgen me ha librado de esto, no creo que me pase ya nada. Estaba sufriendo tanto. Habían sido tantas y tan violentas las impresiones que temía que llegase el «acontecimiento» antes de tiempo. ¿Me pasaría estando allí sola?

Me pidieron de la cárcel una almohada y dos mantas para él

Estando sentada en el gabinete junto a una mesa con mi enorme pena y con mil negruras, me mandan a pedir de la cárcel una almohada, dos mantas, ropa y avíos de aseo. Ni que decir tiene lo bien escaso que fue mi sueño aquella noche. Estoy casi por decir que no pude pegar un ojo. ¡Cómo iba a ser de otro modo si todo eran penas y temores!

Vivíamos en un primer piso. El de arriba estaba vacío. El de más abajo, el principal, también. Y abajo del todo vivía la portera. A esta, que era una buena mujer, le encargué que si había miedo por los aviones me avisase para esconderme con ella. Mi crucifijo y mi Milagrosa eran mi único consuelo.

A mi marido le seguían mandando la comida del hotel, que la chica de la portera me llevaba a mí antes para que la viese. A mí también me la mandaban. Desayuno, no. Y siempre se originaban otros gastos verdaderamente necesarios. Eran contadísimas las pesetas que me quedaban. ¿Y qué iba yo a hacer si mi marido era el que me las facilitaba?

Por la mañana, al día siguiente, volvió la niña a verme y me fui a su casa. No podía estar allí sola. Cada vez que oía parar un auto, o llamaban al timbre, sentía mi pecho estremecerse. Me parecía que venían a por mí. Y salía corriendo a asomarme al balcón. Esos sustos se repitieron porque daba la coincidencia de que abajo había una carpintería donde iban los autos para ser reparados. Era un continuo sinvivir.

Estuve con la niña y las hermanas de mi marido unos tres días sin quitárseme el miedo, aunque algo más atenuado de que fueran a buscarme, y también temblando de que del hotel me mandasen a decir que no me podían seguir enviando la comida, como en realidad pasó. Al día siguiente, o a los dos días de estar allí, tuve que ir a pedir por favor que me la siguieran mandando, por lo menos, aunque fuese un poco, pues ellas^[6] tampoco estaban en condiciones de poderme dar sino con mucho trabajo en esos momentos.

Cuando se me pasó el miedo de que el niño llegase, me fui otra vez para casa. Allí me era mucho más fácil mandarle la ropa a mi marido, además, tenían una radio y se ponían a oír a Queipo.^[7] A mí me horrorizaba que la oyesen (aunque la tenían puesta muy baja) y nos cogiesen a todas.

Volví a casa con el miedo de que fuesen a por mí para detenerme. Estaba cada vez más apurada de dinero y me decidí a escribirle al yerno de la marquesa de Villaverde —que era la persona a la que mi marido se lo pedía—, en una nota redactada así: «Muy señor mío, ante todo le pido que perdone mi atrevimiento, pero me impulsa el dirigirme a usted la amabilidad con que ayudó a mi marido en la difícil situación económica en que nos encontramos por haber sido separado del patronato y sin comunicación con Cádiz. Así que le suplico que añada un nuevo favor, sacándome del apuro en que nuevamente me encuentro por el mismo motivo...».

¡Me mandó cien pesetas! ¡Poco menos que lloré ante ellas! Y pensaba: ¡tantas como he gastado inútilmente y ahora con esto me parece que tengo un gran capital!

A todos los presos se los han llevado a Madrid

A los pocos días, fue a verme una señora, mujer del que se llevaron detenido con mi marido —que lo habían dejado en libertad— y al que le había encargado encarecidamente que me diese sus noticias. La señora me dijo que, la tarde que se los llevaron al Comité, los tuvieron en los banquillos sentados, esperando, hasta que por la noche los mandaron a la cárcel. Luego me entregó un papelito que le había dado él que decía: «ESTOY BIEN, solo pensando en ti y en mi hija».

Había que tener un cuidado tremendo con todo lo que se escribía, pues toda la correspondencia, para todas partes, estaba vigiladísima, aunque no fuera para la

cárcel. La señora también me mandó un reloj mío que tenía él en el bolsillo cuando lo detuvieron porque allí no les dejaban entrar con objeto alguno de oro. ¡No sé cómo llegó a mis manos!

Le escribí a un señor que me dijeron para ver si conseguía poder verlo, pero fue inútil. A los ocho días, durante los cuales no me dejaron verlo, cuando la niña fue a llevarle la comida, veo que llega a casa con la comida de vuelta...

«¿Qué es esto?», le pregunto con indecible temor. «¡Que a todos los presos se los han llevado!» Me sentí de nuevo morir. ¡Dios mío, a Madrid! Lo que era menester era que hubiesen llegado allí. Con los que estaban matando en esa carretera... ¿Estaría él entre ellos? Quise irme a Madrid enseguida. Escribí a Concha Aznar para ver si podría recibirme en Madrid. Me contestó que tenía la casa llena. Yo me dije: esto es un modo disimulado de decirme que más vale que me quedara en El Escorial, porque en Madrid no se podía estar. ¡Allí contaban horrores de Madrid! Y me tuve que quedar, sin el consuelo de tenerlo a mi lado, aunque fuera encarcelado en el monasterio, y además, con la incalculable pena de no saber si habría llegado a Madrid.

A los ocho días supe que estaba en la cárcel Modelo

Así estuve ocho días, hasta que supe que estaba en la cárcel Modelo de Madrid. Entonces, por conducto que parecía seguro, le mandé dinero y ropa, y ni siquiera supe si llegó a sus manos.

Qué días de soledad y de profunda amargura. ¡Qué tardes del mes de noviembre con lo largas que son! La pobre de la portera era tan buena que me mandaba a su chica (con doce años) algunas tardes para que me acompañase. Era ella la que me contaba las cosas que seguían pasando. Ni que decir tiene lo que allí escaseaban las cosas. Tuve que llegar a comer de desayuno judías frías del día anterior.

Esa niña, la hija de la portera, era quien me llevaba la comida del hotel. Yo siempre seguía temblando que el día menos pensado me la quitasen por lo poco que había de todo. Una tarde, en efecto, me dice: ha dicho el dueño que después va a venir a decirle a usted una cosa. Otro susto, pensé. ¿Será que me la van a quitar? Tan apurada me quedé que bajó la portera y me dice: «Señora, no es que le van a quitar la comida, sino que le va a venir a decir que si se quiere ir la señora al hotel, me dijeron que no se lo comentara por lo que, le ruego, que se haga la nueva cuando vengan...».

Vi el cielo abierto. Ya allí era otra cosa. Por lo menos no estaría sola. A las pocas horas llegó la mujer del dueño y todo transcurrió como habíamos quedado. El hotel estaba enfrente, enfrente de nuestro piso. No había más que cruzar una plazoletita. Como había el miedo de que al quedar vacía nos metiesen evadidos, le encargué a la portera que la abriera por las mañanas. Y si iba alguien a buscarme, dijese que estaba en el hotel viendo a una amiga.

Yo muchas mañanas iba allí para despistar. ¡También le tenía cariño! Volvía a aquel rinconcito, nido de nuestros amores, donde habíamos vivido días de tantas

delicias —allí me parecía que lo sentía a él más cerca.

Muchos días en el pinar, nos teníamos que poner boca abajo, con las manos sobre la cabeza, por la aviación

Una de las mañanas que estaba allí, fue una pareja de carabineros para ver si quedaba algún arma de fuego y me dijo que no dejase entrar a registrar a nadie sin antes dar un aviso en el ayuntamiento. Antes no recuerdo bien cuántos registros tuvimos.

Cuando estando ya en el hotel me veía aparecer a la portera por allí, me moría de miedo. ¿Qué nuevas me traerá?, me preguntaba. Por las tardes, cuando iba ya oscurecido al piso a buscar algo, yo misma me asombraba de cómo había podido aguantar allí sola el tiempo que estuve. Me atormentaba solo la idea de pensar que me sucediera otra vez.

El hotel aquel era muy mono y comíamos bien para ser aquellos tiempos. Sin lujos, pero, por lo menos, estábamos bien alimentados. Cuando se sentía necesidad era desde el desayuno hasta la hora de comer, pues este —el desayuno— era bien escaso.

Como el hotel estaba muy cerca de los pinares, íbamos a tomar el sol, aunque, siempre, con miedo de aquellos salvajes. Allí, en el hotel, vivían dos muchachas de Madrid y dos muchachos, uno artillero y otro diplomático. Según me contaba una de ellas, como estábamos tan creídas de que mi niño nacería allí, me habían buscado los padrinos. ¡No sé quién pensarían que me lo bautizase! El diplomático decía: «Pues yo que lo tengo en la habitación de al lado, si es llorón, voy a estar divertido».

Muchos días en el pinar nos teníamos que poner boca abajo, con las manos sobre la cabeza, por la aviación. Pero decían que en medio del campo era mejor.

Un día nos encontramos muchos hombres que, subidos en burros, con una diversión tremenda, traían puestos todos los ornamentos de una iglesia de un pueblecito de por allí, que los habían robado. En contraste con estas escenas, entristecía ver pasar por el hotel los entierros.

Los autos estaban en la plaza para evacuarlos

Una mañana, 23 de diciembre, no se me olvidará, entra la camarera en mi habitación diciéndome que dos milicianos llevaban una orden de evacuación. En efecto, a las dos y media de la tarde tenía que estar en la plaza donde se encontraban los autos para ser evacuada. ¡Pero, Señor! Si yo en Madrid no tengo a dónde dirigirme. ¿Me llevarán para la parte de Levante? ¿Me llevarán a las casas que ellos tienen de maternidad donde se están llevando a las que van a dar a luz? ¡Y yo mujer de detenido...! ¿Me dejarán en medio de la carretera, para que me busque alojamiento y manutención como están haciendo con otras?

A la carrera me eché abajo de la cama. Me puse la bata y las zapatillas y, hecha un mar de lágrimas, salí al pasillo a hablar con los milicianos: «¿Pero a dónde me llevan ustedes? —les pregunté—. Estoy sola y no tengo familia alguna aquí. Además, estoy

en un estado muy delicado». «Nosotros no sabemos nada —me contestaron—, vaya al Comité a ver lo que allí le dicen».

Tuve que afrontar el miedo tan espantoso que tenía a ser detenida

Tuve que afrontar el miedo tan espantoso que tenía a ser detenida. Y me lancé a la calle... Era preciso impedir lo que se me venía encima. ¡Qué mañana! Eran ya la una y media y a las dos y media era la salida. Tenía que arreglarlo enseguida. En el hotel estaban preocupados al ver lo que me estaba pasando. Todos me querían ayudar, pero no era tan fácil. El artillero estaba allí escondido, ya que se había escapado por lo enfermo que estaba. El diplomático acababa de estar con fiebre. Al final fue una de las muchachas la que me acompañó a casa del médico, que fue lo que se me ocurrió, para ver si con un certificado me podía librar. Pero el médico me dijo que lo mejor que podía hacer era ir al Comité y exponerles mi caso, y que quizás, así, adelantase más, porque como no se trataba de una enfermedad, no se fuesen a creer que el certificado era una excusa.

De allí nos fuimos al Comité. Yo llorando como una Magdalena por todas las calles. En el Comité nos dijeron que si era para cuestiones de evacuación, estaba prohibida la entrada. Nos fuimos al despacho de un sinvergüenza de aquellos, y no estaba. A otro despacho, y tampoco estaba. Y la hora de la salida que se me venía encima... Entonces nos dirigimos a un último despacho y el bandido al que buscábamos también estaba ausente.

Estaba totalmente destrozada física y moralmente, y no tuve más remedio que irme al hotel a almorzar algo. Comí corriendo y me fui con la otra muchacha al hospital de sangre para insistirle al médico el certificado. Se portó muy bien. Me lo dio estupendamente hecho. Decía que si siempre el esperar un hijo era un estado delicado, en mi caso lo era aún más por lo mal que lo soportaba y había que evitarme toda emoción... violencia y carecer de buena alimentación...

Me fui con el certificado al Comité (ya cuando estaba todo el mundo preparado para salir) y les supliqué que, por favor, me dejaran para otra evacuación y así poder ir acompañada de alguna de las muchachas del hotel. Gracias a Dios pude quedar libre por fin en esta ocasión.

De mi ropa tuve que prepararle lo más preciso para tener algo que ponerle

Tenía que ir preparando algo para el chiquito y necesitaba dinero para ello. Con las cien pesetas me había tenido que estar arreglando cerca de tres meses. Esto se dice muy pronto, pero hay que ver el apuro tan horroroso que es encontrarse sin dinero y con verdaderas necesidades. Ya no encontraba a quién pedirle un céntimo. Además, habían sido tantas las futuras madres que habían bajado evacuadas de la sierra que ya no quedaba una prenda de niño. De mi ropa tuve que prepararle lo más preciso para, por lo menos, tener algo que ponerle.

Una de las muchachas del hotel me cortaba la ropa, y yo, a duras penas, me la

tuve que ir cosiendo. También le pude hacer algunos abriguitos, pero tenía unos vómitos tan tremendos que no tuve más remedio que ponerme unas inyecciones para contenérmelos. Una de las chicas me tuvo que prestar la jeringa y la otra me ponía las inyecciones.

Fue un oficial ruso con un español a ver las habitaciones

Una vez nos dijo el dueño que nos teníamos que marchar todos porque se incautaban del hotel las Brigadas Internacionales. Acordamos irnos todos a nuestro piso. Yo les daba a ellos alojamiento, y entre los cuatro me mantenían. Con este motivo fue al hotel un oficial ruso con un español a ver las habitaciones. Había que ver al extranjero, de qué manera miraba por encima del hombro al español. Al jefe del Comité rojo español. Les pareció pequeño el hotel y no se llegaron a trasladar.

Recuerdo que con las constantes amenazas de evacuación tuvimos que ir una noche —más oscura que boca de lobo— por un terreno intransitable de calles empinadas llenas de fango a uno de los chalés donde habían puesto el Comité de evacuación. Allí, cada uno expuso su caso. Uno que parecía más mansito me escuchaba muy atento —tenía que ser peor que una hiena para no compadecerse de aquel caso—, además, me veía cómo estaba y se lo pedía llorando.

Los otros milicianos cuando vieron que su compañero parecía que se ablandaba se pusieron furiosos y no querían ni que me escuchase... Por fin llegó una evacuación definitiva para toda la población civil y yo tropezaba con la misma dificultad de la otra vez: no tenía dónde dirigirme.

Enseguida le escribí a la misma amiga diciéndole que temía que se llevase a cabo la evacuación forzosa de toda la población, y le suplicaba que me dijese si ya tenía algún sitio, por lo menos, para tener dónde dirigirme.

Cómo estaría yo para irme allí sabiendo que tenía seis niños y sin un céntimo, pero mi intención era también ver si ellos me indicaban alguien que, a costa de menos sacrificio, me pudiese tener. Me contestó enseguida con una postal muy cariñosa en la que decía que me esperaban... ¡Cómo me tranquilicé entonces!

Yo suspiraba por irme a Madrid para buscar por todas las cárceles a mi marido

Por aquellos días para comer había que sacar unas cartillas y dar los nombres. ¡Cómo eran tan sinvergüenzas!, pensé que esto, a lo mejor, era un pretexto para darse bien cuenta de las personas decentes que todavía quedaban en la población. Además, decían que el que saliese voluntario podría ir para donde quisiese. En vista de todo esto, decidí marcharme.

Yo suspiraba por irme a Madrid. Ya no veía el momento de buscar por todas las cárceles de allí al que con tanto dolor habían separado de mi lado.

Me fui con la portera a sacar un salvoconducto. Llené una sola maleta grande, que era lo que me permitían llevar, y tuve que dejar dos talegas llenas de ropa por no haber jabón para lavarla.

Una de las muchachas que estaban en el hotel me quiso prestar dinero que había recibido, pero no se atrevía a dármele. La otra la animó diciéndole: «¡Pero, chica, no seas tonta!, María Teresa cómo va a tomar eso a ofensa. A ella le vendrá estupendamente». Con mucha delicadeza me dio cien pesetas y me dijo que, como iba a una casa donde estaban tan escasos, me lo daba para que comprase ropita para mi niño. ¡Cómo se lo agradecí!

Cuando llegué a Madrid en el autocar desde El Escorial, daba miedo, todo estaba completamente a oscuras

A las dos y media estaba anunciada la salida del autocar. Aquello partía el corazón, ver la pobrecita gente de la sierra que venía evacuada forzosa después de haberla ya echado de no sé cuántos pueblos, quitado cuanto tenían: de caballería, de ganado. En fin, todo lo que tenían. Éramos por lo menos cinco y todavía estábamos allí dudando si íbamos o no a salir. ¡Qué incertidumbre! ¡Por fin salimos! Menos mal que venían también dos amigas de las que estaban conmigo en el hotel y un matrimonio cubano. ¡Qué llegada a Madrid! Completamente a oscuras, con unas pocas personas esperando a los que llegaban en el autocar. Las dos señoras que venían con nosotros salieron corriendo después de ayudarme a bajar la maleta. ¡Todo el mundo estaba muerto de miedo!

Al verme allí sola en ese plan, sin poderme valer en absoluto, las llamé, y las dos señoras se esperaron. Pensaba que por mediación de una propina quizás el *chauffeur* me llevase más cerca de donde yo iba... pero sola no me atrevía. ¿A dónde me llevarían estas fieras? En esto se acercó hacia a mí el cubano, que me veía tan apurada, y se lo dije. No le pareció mal la idea y nos volvimos a subir al autocar con su mujer y las otras dos señoras.

El silencio de Madrid era sepulcral, solo interrumpido por los cañonazos del frente de la Ciudad Universitaria

El autocar nos paró en la calle Alcalá esquina Príncipe de Vergara. A ellos les cogía muy cerca, pero a mí, todavía, enormemente lejos. Tuve que coger un trecho la maleta con un miedo tremendo de hacer ese esfuerzo tan grande, pero no hubo otro remedio. Todos iban cargados.

En esto veo que pasa un muchachote y le dije si me llevaba la maleta dándole una buena propina a la calle Montesa, 27. ¡Qué tranquilidad me entró cuando me dijo que sí! Así ya podría llegar. Para qué hablar del susto que yo llevaba pensando quién sería aquel tío que llevaba al lado. Sería imposible presentar exactamente a la imaginación el panorama que a mi vista se presentaba. ¡Aquello era algo imponente de verdad! Completamente a oscuras. Un silencio sepulcral solamente interrumpido por las bombas, cañonazos y ametralladoras del frente de la Ciudad Universitaria.

Como también eran estas las únicas luces que, a manera de fuegos de artificio, iluminaban todo aquel horizonte. A todo esto, teniéndome que sentar de cuando en

cuando sobre la maleta del cansancio tan horroroso que tenía.

Al fin llegamos después de tener que subir a un ático que hacía el número seis de los pisos. No podía ni respirar. Después de tomar un poco de aliento, llamé...

Supe que el nombre de mi marido no figuraba en ninguna cárcel. Solo quedaba ver las fotografías de los fusilados

Al verme, tras abrir la puerta exclamaron: «¡Pero si es María Teresa!». ¡Con qué cariño me recibieron! A mí se me empezaba a ensanchar el espíritu. Ya me pareció aquello la gloria. Me escuchaban poco menos que llorando. Enseguida empezaron a hacerme la habitación. Más tarde quedé en la sala con Vicente^[8] y lo primero que le supliqué fue que me ayudase a averiguar si estaba en alguna cárcel mi marido. Se lo tomó con todo interés y me dijo que si lograba enterarse, me habría de decir la verdad.

Poco después supo que el nombre de mi marido no figuraba ya en ninguna cárcel. Un nuevo decaimiento se apoderó de mí. Vi venirse abajo la ilusión que me había forjado. ¡Quedaba ver las fotografías de los fusilados! ¿Quién iba a tener valor para esto? Además decían que a lo mejor no coincidían bien todos los datos. Y quedar en esta duda era algo que no se podía tolerar...

En aquella primera entrevista con Vicente me decía lo muy de verdad que sintió no poderme recibir cuando le escribí la primera vez, pero tenía aquellos días dos evadidos más. A la vez que yo, tenía a una ursulina y a un cuñado suyo. Le conté cuál era mi intención y me contestó que marcharme de allí de ninguna manera. Que lo que ellos comieran, comería yo también.

No tengo palabras para expresar su modo de portarse conmigo. Era de un mérito extraordinario tenerme allí sin dar parte. Pues había la estrecha obligación —al que tuviese una evadida— de decirlo. Si callaba, se exponía a que lo detuvieran. Y si me declaraba, era fácil que fuese a la parte de Levante. ¡Qué conflicto! Y yo tenía precisión de ir a la calle. Tenía que salir a comprar ropita a mi niño y emplear en él las cien pesetas... y si me detenían por la calle, tenían que averiguar dónde me alojaba.

Para mí era de lo más violento estar allí sin pagar un céntimo, solo con la esperanza de pagar después. De hambre, era tremenda la que pasábamos. Para desayunar, tomábamos una tacita chiquita de leche y una miguita de pan. Esto temprano, hasta las dos y media o las tres que comíamos un arroz que era un asco. Muy bien hecho, pero como el aceite era tan asqueroso, era todo incomible. Le llegué a coger tanta repugnancia que, de la mesa, me tenía que ir al cuarto de baño.

El pobre Vicente se desvivía por buscarnos algunas cosas buenas. Para reunir un potaje de garbanzos había que estar cogiendo poquitos en la cola, a la que iban las niñas de Vicente. Las pobrecitas había que ver el jaleo que se daban con esto. Y en distintos días recogían una cantidad que, siendo suficiente para tan solo una persona, había que repartir entre seis. Después de levantarnos de la mesa, lo que se llama

muertos de hambre, teníamos que esperar hasta las diez de la noche para comer unas pocas de cebollas y unas lentejas que eran una solemne porquería.

En aquellas circunstancias, y dado mi estado, me llevaron a ver al médico y me dijo que me alimentaba lo justo, justo para poder vivir. Que estuviese el más tiempo posible tendida para no tener ningún desgaste.

Cuando llegué a tener algún dinero, fui de precisión —por necesidad— a ver si en la calle encontraba algo. ¡Era inútil! Parecía increíble tantísimas tiendas de comestibles estar completamente vacías. Una vez compramos unos bocadillos que, después que costaban al menos dos pesetas, tenían una chispa de queso que no se veía. Los demás bocadillos que vendían eran algo repugnante.

Un día me llevé un susto tremendo porque estaba devolviendo, me sentí la boca llena de una cosa muy rara. ¿Será sangre?, pensé. ¡Me horroricé! Inmediatamente encendí la luz. Efectivamente, había echado una buena cantidad de sangre. ¿Qué sería aquello? No veía la hora de que amaneciese. Lo más temprano que pudo ser llamé a la muchacha para que Concha no se asustase. Le rogué que le dijese al señor que no era nada del niño, pero que, enseguida que pudiera, hiciera el favor de subir. Subió enseguida y toda asustada le dije lo que me pasaba. «¿Tienes algún padecimiento de estómago?», me preguntó. Le contesté que no, y entonces él me dijo, tranquilizándome, que eso no era nada. «¿Cómo no va a ser nada un síntoma tan alarmante?», le contesté y añadí: «Yo quisiera que viniese un médico francés —a este lo habrían respetado— que nosotras conocíamos y que me dijese lo que esto significa». Vicente, viendo lo preocupada que estaba por el niño, me contestó que él mismo iba a ir para preguntarle. ¡Cuánto se lo agradecí! Cuando volvió me dijo que el doctor le había dicho que eran muy frecuentes esos casos en las embarazadas y que eso, más bien, me servía de provecho. ¡Qué tranquilidad me entró, sobre todo, por mi pequeño!

Pasaban los entierros a millares cantando la internacional

Por allí pasaban los entierros a millares cantando la internacional con los puños en alto, que daba miedo verlos. El frente de la Ciudad Universitaria se podía ver muy lejos —el resplandor de las explosiones— desde la ventana de mi cuarto. Siempre imponía el continuo tiroteo, pero las noches que había combate fuerte era horroroso. Yo pensaba que cómo me iba a dormir con todos los pobrecitos que estarían cayendo allí.

Por otra parte, cuando la batalla estaba parada, nos moríamos pensando que aquello nunca se iba a terminar: el hambre y toda aquella vida de inmensa tristeza, pero cuando veíamos que la cosa empezaba a apretar, preferíamos la calma pensando que íbamos a morir todos.

La ursulina que estaba allí escondida, la pobre buenísima, me ayudó muchísimo con la ropita del niño. Lo más difícil me lo hizo ella, y con mucho primor. Yo también cosía gran parte del día. La tarde que fuimos a comprar ropa ella fue la que

me acompañó. No veíamos la hora de quitarnos del centro. En la tienda había que dar nombre y señas. Allí me llamé María Teresa Martínez y residía en Velázquez, 32.

¡Qué preocupación por el nacimiento del niño! ¡Estaba prohibido dar a luz en las casas! Además allí, con lo que se necesita en estas ocasiones, no había absolutamente de nada. El médico decía que tuviese cuidado dónde me metía, pues hasta estaban envenenando a mujeres de detenidos. Hablaban de una clínica cuyo director tenía por único interés el dinero y la paciente le importaba poco... Imposible meterme allí. Esto se dice muy pronto, pero había que ver lo que sufrí con todo esto.

Ya tengo dónde llevarte para que nazca el niño

Cosa milagrosa. Un día que salió Vicente, se encontró en la calle con Pepe Seca^[9] y le estuvo contando lo que me pasaba. Pepe, entonces, le dijo: «Llévala al Hospital Francés y recomiéndala de mi parte».

Vicente llegó a casa contentísimo y me dice: «¡Te traigo una gran noticia. Ya tengo dónde llevarte para que te nazca el niño!». ¡Qué alegría más grande me llevé...!

Lo primero que hizo Vicente fue ir a hablar con el director, quien le dijo que había dos tocólogos. Uno cobraba setecientas pesetas, y el otro quinientas. Como hasta entonces era él quien las iba a pagar y decía que los dos eran muy buenos, me pareció más delicado escoger al médico de las quinientas.

Cuando conocí al que me iba a asistir, me entró un tanto de desilusión... pues era muy joven, solo 28 años, y me parecía que tendría poca práctica. Después, cuando ya estaba en el hospital, conocí al otro, y era también de esa edad.

Vicente por fin, el pobre, no pudo llegar a pagarme nada. La cosa se prolongaba y con seis niños y sin dinero... ¿Qué iba a hacer? Ya bastante hacía teniéndome allí como una más de la familia. Me llevó primero al Hospital Francés para que el médico de allí me viese y me indicara cuándo tenía que ingresar.

Cuando iba subiendo las escalinatas del hospital, pensaba en la pena tan tremenda que era tenerme que nacer mi niño en un hospital sola. ¡Además, tenía un miedo que no podía con él! Me volvió el mismo tan grandísimo que tuve al principio de verme embarazada.

Todo estaba a punto, pero no podía entrar todavía en el hospital porque no había vacante. Yo seguía muriéndome de hambre, tan muriéndome que el médico nuestro decía que entrara lo más pronto posible en el hospital, que necesitaba alimentarme bien cuanto antes.

Otra de mis preocupaciones era a quién le podía pedir dinero. Después de mucho, encontré a una señora que me prestó mil pesetas. Mi empeño era que me dejaran entrar antes en el hospital, pero no era tan fácil conseguirlo mientras la cosa no estuviese más adelantada.

Solo oíamos los partes rojos y, como no hablaban más que de sus victorias,

acabamos creyendo que ganarían la guerra

Como creía que, una vez allí, en el hospital, arreglar la salida de aquel infierno hasta la zona nacional iba a ser muy fácil, estaba ilusionadísima. De todas maneras le pregunté a Vicente que si, de pronto, me surgía ir, ¿qué tenía que hacer? Le contestaron que, en ese caso, me arreglarían una cama en cualquier sala.

La dueña del piso nuestro de El Escorial vivía en Madrid y fui a verla, pues tenía precisión de decirle que al vencer el año ya no seguiríamos con él (luego me enteré de que había allí un Comité Rojo). La hermana de la señora fue una de las que iban en aquella célebre evacuación de la que yo me libré. Y me contó los horrores que le habían hecho pasar. Las tuvieron en Colmenar metidas en un bodegón, sin poder salir para nada, muertas de hambre, y les daban un rancho tan repugnante que era imposible comerlo.

En casa de Concha cada vez que salía a la calle —antes que me dieran aquellas mil pesetas— tenía que pedir para el tranvía, ¡esto era agobiante! Pues bien sabía yo en la posición económica en la que se encontraban. Muchas veces me hacía el recorrido sin pagar porque burlaba la vigilancia del cobrador.

Nuestros días pasaban llenos de profunda melancolía. Todos alrededor de la camilla. ¡Nos moríamos! No oíamos nada más que los partes rojos, que hablaban de sus victorias, con tal convicción que acabamos creyendo que la guerra la ganarían ellos. Con los aviones, y, sobre todo, con las bombas, pasábamos los grandes sustos.

Camino del hospital en la ambulancia para dar a luz, pensaba que nos mataría un obús, que caían a granel

Una mañana, a las siete, empieza el nene a anunciar su llegada. Llamé enseguida a Vicente (siempre era a él al que avisaba para que Concha no se asustase). Y le dije que me había puesto «indispuesta»... Sin perder un minuto telefoneó corriendo al hospital mientras yo me arreglaba temblando de pies a cabeza. María Jesús y Concha me ayudaban. Estaba la pobre horrorizada de pensar que fuese a tener al niño allí. (Verdaderamente había que ver lo que esto hubiera sido para ella). «¡Corre, María Teresa, por Dios!», me decía muy apurada.

Y la ambulancia que no llegaba. Se fue a la calle Montera, 27 y le dijeron que allí no era. Tuvieron que volver al hospital y ya le dijeron las señas correctas, que era en la calle Montesa.

Al fin anuncian que estaban allí los camilleros preguntando si quería bajar en camilla. Me daba un pánico tremendo una escalera tan altísima y estrecha. Así que preferí bajar a pie. La ida en la ambulancia fue tremenda. Una vez puesta en marcha y dispuestos a salir, en tono suplicante, le pedía a Vicente que se viniese conmigo. ¡No puedo!, me contestó. ¡No lo permiten! No dejaban subir a nadie. Y me tuve que ir con el *chauffeur* y los dos camilleros. Todo el tiempo pensando si serían los últimos momentos de mi vida. Y pensando, también, si nos mataría por el camino un obús de

los que ya caían a granel.

Por fin llegamos al hospital y me llevaron a una habitación muy hermosa y muy limpia, donde había una muchacha que había sido operada de apendicitis. ¡Cómo iría yo que después me contaba que no le di ni los buenos días! Me dijeron que me acostase. Fue el médico a verme y le telefoneó a Vicente que hasta las tres no nacería.

Pedí tomar algo, pues aún no había bebido ni agua, y me dieron una tacita de café con leche. También pedí confesar, pero esto no lo llegué a hacer. Verían después que no me daba tiempo. A cada momento me mandaba preguntar el tocólogo que cómo seguía. Cuando la cosa se aproximaba, llegaron cuatro enfermeras con una camilla y el médico y me cogieron entre las cuatro, con la misma sábana que tenía en la cama, y me dejaron en la camilla, toda tapada, y me llevaron para la sala de partos.

Estuve a punto de perder la vida después de llevar tres meses casi sin comer

Yo lloraba lo increíble. Mi compañera de habitación, que estaba en el pasillo, me consolaba diciéndome que todo iba a pasar muy pronto. Al llegar allí oigo que el médico le dice a la matrona: «A esta señora hay que cloroformizarla». Me llené de pánico. Recordaba una escena que me había contado mamá de una prima nuestra que al tomar el cloroformo braceaba como una loca. ¡Qué pena no tener allí una persona querida que se interesara de verdad y dijera que, a lo mejor, yo no estaba para eso! Y mientras pensaba así le decía al doctor con un hilo de voz: «¡Doctor, cloroformizarme no, por Dios. Que sufra lo que sufra... pero... cloroformizarme... no!». Y mientras tanto la matrona me ponía la mascarilla. Me entró un malestar tan grande, tan grande, que, casi sin fuerzas ya, les decía: «Yo me siento morir...».

Sufrí de tal manera que estoy en que, en realidad, estuve a punto de perder la vida. Si fue así, el secreto quedó entre los dos. Cualquiera se enteraba después de lo que había pasado. Pero a juzgar por la cara con que la matrona miraba al médico antes de yo acabar de perder el conocimiento, no me extraña. Además, ¿qué tenía de particular si esto hubiera sucedido, después de llevar tres meses casi sin comer? Ya el médico nuestro lo anunció. Que ese momento iba a ser muy peligroso para los dos como no me pudiese alimentar antes.

Después, cuando pasó bastante tiempo, entre bromas y veras les decía yo a los dos: «Cualquiera sabe, entre los dos, lo que hicieron ustedes conmigo. Yo lo que sé es que me habéis dejado medio muerta», y ellos se sonreían.

Mire, María Teresa —me dijo el doctor—, tiene aquí un chico

Cuando volví en mí, me dijo el médico: «¡Mire, María Teresa. Tiene aquí un chico!». Casi no me daba cuenta de nada. Me había quedado realmente destrozada. «¿Qué quiere que haga ahora?», me dijo. «Que hagan el favor de avisar a casa de Alberti». Fueron enseguida a verme.

Cuando pasó todo, que no sé cuánto duró —sé que el niño nació a la una y cuarto —, me pusieron de nuevo en la camilla e hicieron la misma operación de antes de

llevarme en la camilla a la cama. Allí me quedé más muerta que viva, con unas fatigas tremendas del cloroformo.

Por la noche tenían la costumbre de llevar al recién nacido a una habitación para que no molestase a la madre. Cuando vi que la enfermera se lo llevaba, me preocupé. Me horrorizaba que me lo confundiesen. Este pánico siempre lo había tenido. Desde que estaba en el hotel en El Escorial, una de las cosas por las que me preocupaba era que me llevasen a dar a luz a una de sus clínicas y me habían aconsejado que le pusiese al niño una medalla con un nudo en la cadena de manera que no se le pudiese sacar por la cabeza. Además, yo a mi niño, a derechas, no lo había podido ver aún.

Lloré muchísimo porque me parecía que se me iba a morir

Cuando fui estando mejor y lo veía mientras la matrona lo arreglaba, me moría de pena. Era un completo cangrejito. Lloraba muchísimo porque me parecía que se me iba a morir. Veía que allí no había una persona que de verdad se interesase. Había tantísima gente que no era posible atenderlas bien, a pesar de los esfuerzos que hacían. No es posible que recuerde bien todo lo que allí pasé. Unos decían que podía criarlo. Otros que no. Y el niño perdiendo por día...

Me enteré de que se podía avisar al médico de niños que se quisiera y me acordé de Pepe Seca. Lo mandé avisar y fue muy pronto. Se portó admirablemente. Los dos nos emocionamos tanto que él se desconcertó y yo también. Tanto el uno como el otro teníamos recuerdos bien tristes y verme en aquella situación... Yo de la emoción no podía explicarme bien y él tampoco acertaba. Ya la segunda vez se verificaría la entrevista con más serenidad. Puesto a los pies de mi cama le dijo al director del hospital: «A esta chica tratármela como si fuera de mi familia», y así lo cumplió. Hacía al pie de la letra lo que Pepe me indicaba.

Como éramos dos en la habitación, era desagradabilísimo porque la otra tenía muchísimas visitas y yo, naturalmente, a pesar de lo sumamente débil que estaba, tenía que aguantarlas. La muchacha era muy mona y se portaba muy bien conmigo y se asombraba de ver lo que yo estaba sufriendo allí.

Al pequeño me lo traían para que tomara el pecho y después, aunque tenían que volver por él, no había manera de que viniesen. Estaban todas de cabeza. Y yo con el niño recién nacido y sin poderme mover pues tuve que estar mucho tiempo boca arriba. Con la subida de la leche se me pusieron los pechos malísimos y el médico me dijo que me pusieran compresas calientes cada dos horas. Aquello fue también imposible conseguirlo. Se llamaba al timbre y ya se podía venir abajo que hacían caso omiso. El niño llorando como un desesperado y yo sin poderme mover... a los muy poquísimos días, por no decir al siguiente, me dieron sardinas para comer.

A mi hijo lo bautizaron con los niños de dos milicianos, que al enterarse de que me apellidaba Osborne, me mandaron una copa

Me iban a bautizar al niño a los dos o tres días, pero no pudo ser y se bautizó a los

ocho. Qué pena de circunstancias. Lo que lloraba cuando me lo pusieron en los brazos después de la ceremonia. Fueron los padrinos Concha y Vicente y lo bautizó un sacerdote que estaba allí refugiado. Se bautizó a la vez de otros dos, hijos de milicianos. El mío iba de lo más sencillito. Las circunstancias no daban para más... Los otros iban a todo tren. Con unas de tiras bordadas... Hubo un *lunch*, y uno de los padres de los otros niños, al enterarse de que me llamaba Osborne —el mismo nombre de los vinos que estaba bebiendo—, me mandó con el médico una copa grande, y con lo débil que estaba me dieron unos mareos...

La señora de Chao también se portó admirablemente. Iba a verme todos los jueves y domingos. También me estaba arreglando para ver si podía salir de Madrid y de la zona roja, por la Embajada inglesa. Concha y Vicente también iban muy a menudo y, después, fui teniendo otras muchas visitas. Yo quería enseguida que estuviera en condiciones, para salir de allí como fuera...

Me enteré de que podía salir de la zona roja dando diez mil pesetas

Me enteré de que podía salir de la zona roja dando diez mil pesetas. Se lo dije al director del hospital y me dijo que él me ayudaría a buscar quien me las pudiera facilitar. Fue él quien me presentó al cónsul de Noruega,^[10] que me dijo que él me prestaba las cinco mil que hacían falta para salir por esta embajada.

En estos primeros días de nacerme el niño, una lavandera iba a lavarme la ropa del pequeño. Como eran unos montones bien grandes, me costaba un dineral por la escasez del jabón. Así que, en cuanto pude levantarme, las lavé yo, sin tener fuerzas para nada, pero así me salía más barato... Una vez, un médico que me vio, se asombró del esfuerzo que estaba haciendo y me recomendó que no continuara. Pero el dinero lo tenía que reservar para pagar el hospital.

Un día, a los ocho o algo así de nacerme el niño, llegó una monja a la habitación y me dice: «María Teresa, tiene que ir preparando sus cosas. Ya cumple sus días y se tiene que marchar». Asombrada y muerta de apuro le contesté: «Pero, hermana, ¿qué está usted diciendo? Si yo no puedo ni levantar la cabeza de la almohada. ¿Cómo me voy a levantar?». Y continué diciéndole: «Además, a la casa donde yo estaba es imposible que vuelva, no tienen un céntimo. No puedo pedir certificado de leche porque no soy evadida... ¿Cómo voy a poder criar a mi niño?».

Se lo conté todo al director y me dijo: «Usted no tiene que apurarse para nada — me acordé de la recomendación que le había hecho Pepe Seca de que me tratara como si fuera de su familia...—. Estará aquí el tiempo que haga falta hasta que la podamos mandar para su casa. La pondré en el piso de arriba. Y si algún día le hablo de marcharse, haga caso omiso, porque es para despistar delante de su otra compañera de habitación. Que esa sí que no tiene necesidad ninguna de quedarse».

Qué tranquilidad me entró. Tal como estaba, tenía para un mes de cama después de lo que había pasado. Pero a los quince días me levantaron y me daban unos mareos tan tremendos que me tenía que volver a acostar. No podía dar un paso. Me había

quedado incapaz. Además, tenía que seguir criando al niño y allí no me alimentaban para hacer una crianza, porque se pasaba bastante hambre también, aunque, desde luego, no se podía comparar con la que se pasaba fuera.

Cuando empecé a salir al jardín, me tenían que llevar cogida del brazo. Una vez me dio un desvanecimiento tan grande que me tuvieron que meter en la cama. Tenía un apuro grandísimo porque me parecía que me iba a quedar siempre así.

Era raro el día que no se moría alguien. Al menos cuatro o cinco fallecieron al dar a luz. No se paraba en todo el día de oír contar tristezas de fuera y de dentro del hospital. Tuve que aprender, lógicamente, a bañar y vestir al niño en cuanto pude tenerme en pie. Tan chiquito, me daba muchísimo miedo porque me parecía que lo iba a lastimar... me llegué a poner tan sumamente anémica con la crianza que me salieron unos bultos tremendos en las piernas. El médico me dijo que tenía unas varices tremendas. Me fui a ver a Pepe Seca para que me diese su opinión, y me dijo que no tenía nada más que una falta de cal muy grande. En efecto, a la primera caja de calcio Ybys que me puse, me desaparecieron.

Tiraban piedras desde la calle al jardín del hospital porque decían que era un nido de fascistas

En el jardín había días que no se podía estar de las pedradas que tiraban de la calle. Antes de yo ir decían que habían estado tirando hasta tiros porque aseguraban que aquello era una reunión de fascistas.

A las siete de la mañana llegaban las enfermeras abriendo las ventanas para arreglar la habitación. Había días que, por haber pasado mala noche, era cuando empezaba a descansar y ya era imposible hacerlo. Enseguida traían el desayuno y al niño me lo ponían en plena corriente abriendo puertas y ventanas.

Tristemente, nada podía hacer por mi marido por ignorar su paradero

Y se empezó a hablar de la evacuación del hospital. ¡Qué alegría más grande pensar que íbamos a salir por fin del infierno de Madrid!^[11] En esta ocasión sí me creí que iba a llegar la hora suspirada. De todos modos, tristemente nada podía hacer por mi marido porque ignoraba su paradero, y, allí, no hacíamos nada más que sufrir.

Una noche, cuando empezaba a coger el sueño, me llevé un susto tremendo. Veía en la media oscuridad de la habitación una sombra que se acercaba hacia mí. No sabía si era sueño o realidad... Y cuando vi que era cierto, me morí de miedo. Sobresaltada, lancé una exclamación.

«¡No se asuste! —me dijo el director—. Soy yo, que vengo a pedirle las fotos para que mañana le arreglen la salida de las primeras...»

Al oír esto, de la alegría tan tremenda que me dio, hasta se me pasó el susto. No pude ni dormir deseando solo que amaneciese... y total, para nada, porque no salió aquella vez expedición alguna y tuvimos que acabar por no creer nada cuando se hablaba una y otra vez de evacuación. Pero, a pesar de los continuos desengaños, yo

no perdía la ilusión de que llegase ese día feliz.

La gran ilusión de recibir la primera carta de mi familia

Cómo me martirizaba la idea de que los niños^[12] hubiesen ido a la guerra. Joaquín fue mi preocupación constante. Y después, como empezaron a decir que en Salamanca no quedaba un hombre, empecé a temer también por Johnny y Luis.

Por aquellos días empezaron a decir que el hospital estaba vigilado y me pareció que al primero que se lo debía decir era a Pepe Seca y, tras agradecermelo, me dijo que, entonces, no se atrevía a ir. Yo le tenía que llevar el niño a la consulta con un miedo imponente.

Un día, mientras seguíamos esperando la evacuación que no llegaba, me dieron una cartita. Era letra de Fina.^[13] ¡Qué emoción más grande! ¡Al leer por encima lo primero que vi fue la palabra «murió»! No sé qué me pasó por la imaginación, pero me entró una congoja tal que la otra señora de la habitación me decía: «¡Quítale el pecho a ese niño! ¡Quítale el pecho a ese niño!».

Ya más serena la releí miles de veces. ¡Cómo sentí la muerte del pobre García! Pero qué alegría saber que todos los otros estaban bien en El Puerto. Hacía tanto tiempo que no había podido saber nada de ninguno. Cuando fui a ver a la señora de Chao, para lo del dinero, cuando aún estaba yo en casa de Alberti, ella me dijo que, por mediación de su hija, que estaba en África, tendría noticias de mi familia en Andalucía, como así sucedía ahora con esta carta milagrosa.

Me entero de que mi marido había sido evacuado de la cárcel Modelo de Madrid en los primeros días de noviembre del 36

Aunque ya Vicente se había enterado —y me lo había comunicado con mucha precaución...— de que mi marido no estaba en ninguna cárcel de Madrid, pues había sido evacuado de la Modelo en los primeros días de noviembre del 36, como era natural, yo no dejaba de hacer todas las averiguaciones que podía. Pues no me dejaba vivir la idea de que le hubiese pasado algo o que fuera víctima de los feroces instintos de esos salvajes. ¡Cuánto sufría también pensando que no conocía al niño y que, precisamente, se habían cumplido sus deseos de que fuera varón! A mí me gustaba una niña, pero eran tantos sus deseos de que fuese niño que acabé yo queriéndolo también.

Un día me anuncian la visita de la señora de Chao. Y qué sorpresa tan enorme. Me llevaba una carta de mi hermano Luis que me facilitaba la salida de Madrid por medio de la Embajada británica. ¡Aquello me pareció un sueño. Ahora sí que iba a salir pronto!

Mentí a la policía para poder escapar por medio de la Embajada británica

Enseguida empecé a arreglarlo todo. Yo me creía que iba a ser cosa fácil, pero... hay

que ver con la de dificultades que tropecé. Primero no había medio de que en el consulado británico me pusiera en comunicación con el que había llevado la carta a la señora de Chao. Del consulado me mandaban a la Dirección General de Seguridad.

Fui con un miedo terrible porque temía que me fueran a detener... Allí me dieron una hoja para que la rellenase, que había que tener siete ojos con lo que se ponía y los motivos del viaje... Nos dijeron que volviésemos pasados unos días. De allí nos mandaron a la embajada. Y luego otra vez allí... Yo casi siempre llevaba al niño para que hiciese más fuerza.

Una vez ya en la Dirección General de Seguridad^[14] había que entrevistarse con los policías, que hacían unos interrogatorios interminables. Yo la primera vez lo ignoraba y me entró un miedo indecible. Yo les decía que era «mujer de un detenido» y pensaba, ¿para qué lo habré dicho?, ahora es cuando me va a pasar algo...

Un día que volvía del consulado me dijo un chico que había en la puerta del hospital que había ido la policía a tomarme declaración. ¡Me sentí morir! Habían dicho que era preciso verme y que fuera a la Dirección de Seguridad.

Esta vez llevaba la cartilla bien aprendida pues sabía que titubear era bien expuesto: la causa de mi viaje —iba pensando por la calle lo que les iba a decir— era por haberme quedado sola y sin recursos criando a un niño de tres meses y medio, y estando tuberculosa sin tener para mantenerlo y sin alimentarme lo suficiente.

Mi madre, que era inglesa, me reclamaba desde Londres, a donde me dirigía

Mi madre era inglesa —seguía pensando mientras me acercaba a la Dirección General— y me reclamaba desde Londres, hacia donde me dirigía. Mi residencia actual era el Hospital Francés de Madrid, donde había ido para que naciese el niño...

Todo esto se cuenta muy pronto, pero hay que ver el miedo que pasé allí, cuando me vi en la calle no sé lo que me pareció (a este sitio tuve que ir sola porque la señora de Chao estaba mala). En mi miedo de nombrar a El Puerto de Santa María y que pudiesen sospechar que venía para acá^[15] dije que era inglesa... Pero me acordé, cuando ya había doblado la esquina, de que en la cédula ponía: «Natural de El Puerto de Santa María» y aquello me podía costar un disgusto por haber mentido. Pensé que lo mejor era que lo arreglase yo misma enseguida. Y como el que no quiere la cosa, volví y le dije al policía: «Mire, he sufrido una pequeña equivocación. Como mamá estaba constantemente de Londres a El Puerto y viceversa, me he confundido y he dicho que era natural de Londres y yo nací durante una temporada que mi madre estuvo en Andalucía»... El hombre aquel no le dio importancia —después del apuro que yo había pasado— y dijo que me podía ir. Que ya lo arreglaría.

Cuando fui a poner las huellas dactilares, me encontré con Eusebio y su mujer. Me la presentó y me dijo que me podían llevar a Valencia en auto —en el puerto de Valencia es donde mi hijo y yo teníamos que coger un barco de guerra inglés para huir de la zona roja— pues ellos también pensaban huir por la carretera hacia Levante. Su mujer se vendría conmigo, y él, enseguida que pudiese.

El encuentro me alegró enormemente pues, aunque tenía todo arreglado por mi cuenta, a lo mejor me tendrían esperando dos o tres meses hasta que me llegase el turno como les había pasado a otros. De todas formas creo que el consulado inglés ya parecía que se empezaba a interesar en mi caso. Con todo a Eusebio y a su mujer les estoy, muy de verdad, bien agradecida. En estos días que estuve esperando la salida, recibí una postal de Isabel. ¡Qué alegría tan indecible me daba cada vez que veía letra de casa!

Mi hijo y yo salimos el 11 de agosto hacia Valencia en un camión lleno de milicianos —ellos y ellas— y botellas de vino

Nuestra salida se verificó el 11 de agosto del 37. Cuando iba en el auto de la Embajada francesa para casa de Eusebio —que fue donde dormí el día 10 porque teníamos que salir al día siguiente muy temprano—, me parecía que estaba soñando. Salimos a las siete de la mañana después de habernos andado medio Madrid para llegar a donde estaban los coches. Íbamos en un camión de guardias de asalto con todos los sitios ocupados por otras familias. Nosotros ocupábamos el asiento detrás del conductor. Este llevaba las milicianas al lado, la botella de vino... ¡Un plan imponente de juerga! Tocando las palmas. Soltando el volante. Una velocidad vertiginosa... cuando el coche se ponía en plan de poderle sacar velocidad porque, con bastante frecuencia, se descompuso... A cada momento nos veíamos en la cuneta.

A pesar de ser el mes de agosto, hacía frío. Gracias a Dios que había podido sacar la chaqueta de piel y en ella traía al niño envueltecito. Me lo coloqué en el asiento a mi lado y ni que decir tiene que quedé todo el tiempo sin poder descansar y sin pegar un ojo cuidándolo. Un viaje que creo son nueve horas las que se tardan de Madrid a Valencia tardamos veinticuatro, tuvimos que estar toda la noche de camino. El coche estuvo roto no sé cuántas veces. Todo el día casi sin comer. Por la noche cenamos en un ventorrillo. Mejor dicho posada. Algo asqueroso... Para mí lo peor era la gentuza tan ordinaria que había, pero, para ser un sitio así, no comimos muy mal.

Durante el resto del viaje tuve que estar entrando en un sitio y otro para arreglarle el biberón. Para esto tenía que aprovechar las paradas del auto pues por mí sola no iban a detener toda la expedición. Desde que salí de Madrid llevaba el miedo metido en el cuerpo pues había que ver la cara de aquellos fieras mirándome. Llegamos a Valencia destrozados, despeinados, parecíamos unas gitanas. Los niños eran algo que daba verdadera pena. Después de muchísimo andar llegamos a la pensión que nos había buscado un amigo de Eusebio. Era un piso altísimo y tuvimos que subir sin poder tirar de nuestros cuerpos. Primero subieron Pica y Eusebio y yo quedé abajo con mi niño cuidando de las maletas. Al subir me dice Pica: «Ya tenemos las habitaciones», y me señaló la mía y la de ellos. Sin mirar nada me tumbé con mi niño al lado.

Allí para lo único que salí fue para ver a María Alberti, la hermana de Vicente, ya

que le había prometido que le enviaría sus noticias. Se habían tenido que ir allí desde Sagunto. Tenían siete niños. Era tanta la escasez que tenían que, como una gran cosa, me dieron para merendar un buen racimo de uvas y un poco de pan. Y yo muy agradecida porque para Valencia en esa época era algo extraordinario. Eusebio, desde que me vio en Madrid, era el que me estaba facilitando el dinero. Y, después, cuando entramos en zona liberada, yo se lo daba a Pica.

Al fin íbamos a salir para Marsella, desde Valencia, en un barco de guerra inglés

El día que salimos para Marsella esperando el barco en el puerto de Valencia, nos dieron un magnífico *lunch* servido por marineros ingleses. Era la primera comida «seria» en muchos meses de hambre y de verdadera necesidad... A bordo no dejarían luego de servir emparedados y té. En el mismísimo muelle, nos hicieron abrir todas las maletas, lo que me costó muchísimo trabajo por la cantidad de prendas chicas que traía del niño.

Eusebio, de una manera admirable, pudo pasar sus alhajas y una sortija mía que se la di para que corriera la misma suerte que las de ellos. Había logrado, mientras registraban una de las maletas, meterlas en la otra. Cuando me lo dijeron, no me lo podía creer que hubieran podido hacerlo con la vigilancia tan tremenda que había para salir.

En un momento dado yo le di a Eusebio un crucifijo, porque a él no le iban a registrar, pero luego pensé que le podía ser comprometido. Además, me daba enorme pena separarme del testigo de todas nuestras penas y alegrías. Tanto mi marido como yo le teníamos verdadero cariño. Es pequeñito. Metido en el pecho había hecho conmigo todos los recorridos. Así que iba a intentar salvarlo esta vez también...

De las dos que nos registraban en la aduana, una era una ladrona descarada. A una muchacha le robó un peine de plata magnífico y a mí me dijo al ver mi caja de polvos: «Esto ya ahora no se encuentra»... y me vació media caja. Yo en vista de las circunstancias, enseguida que pude escapar de sus garras, me dirigí hacia su compañera con el pretexto de que le tenía que dar el biberón al niño. Cuando terminó de tomárselo, le dije que si quería registrarme. Ni siquiera me tocó. El crucifijo lo llevaba metido en un bolsillo que era muy difícil que lo hubiera encontrado.

No veía la hora de salir de allí por mi chaqueta de piel porque estaba viendo que también me la iban a quitar...

El barco inglés en el que íbamos a embarcar estaba a siete millas de Valencia

El *destroyer* inglés, donde íbamos a embarcar, estaba a siete millas de Valencia y tuvimos que ir en una gasolinera que se movía de un modo imponente. En este trayecto no me mareé, pero Pica, la pobre, no veía dónde estaba. No podía ni atender a las niñas, que, dormidas, se le echaban encima.

Al pasar del barco en el que habíamos ido al inglés, pasé un miedo tremendo pues había un oleaje grandísimo y los marineros, para pasar al niño, tenían que coincidir

los dos al extender los brazos y me parecía, enteramente, que me lo iban a dejar caer al agua.

Hasta bien tarde estuvimos allí esperando a que llevaran a toda la tripulación. Al niño lo puse en un moisés que daban en el barco. Mientras que a nosotras nos daban unas colchonetas y una manta.

En principio estábamos al lado de las máquinas y aquello era horroroso porque nos asfixiábamos de calor. Y si nos separábamos de allí, nos moríamos de frío. Los marineros eran de lo más atentos. Todo lo que se diga es poco. Toda la noche preguntando si hacía falta algo para los niños o para nosotras. Y todo ello sin admitir ni una propina.

Al principio iba el barco que era una delicia, pero cuando llegamos al golfo de Lyon fue terrible. Cuando tuve que ir de madrugada a la cocina del barco para hacerle el biberón al niño, de los mareos que me dieron creí que me caía encima del fuego. Además, con el movimiento, me costó un trabajo ímprobo. Más temprano nos habíamos tenido que bajar al comedor del barco porque había empezado a llover. Toda la tripulación, y, hasta la mismísima oficialidad y muchos marinos, íbamos mareados.

En aquella expedición había gente de derechas comprometidísimas

Fue una travesía de lo más horroroso. Yo tenía unas fatigas tan tremendas que me ponía de pie para hacerle el biberón al niño y volvía a caer desplomada en la butaca. Uno de los marineros fue quien se lo hizo y también le tuvo que lavar los cuquitos.

Nos ponían unos cubos para devolver, con una peste tan repugnante que aún aumentaban más las fatigas. El barco se movía de tal manera que un señor salió despedido de su butaca a la otra punta del comedor y quedó con una conmoción cerebral.

Me dijeron muy en secreto que en aquella expedición había gente de derechas comprometidísimas. Antes de ponerme tan mala con el mareo... me sentí romántica y me fui a cubierta a ver amanecer. Pensé que Dios sabría cuándo volvería a tener ocasión para ello. Es algo formidable, qué cosa tan maravillosa.

Por fin llegamos a Marsella

Creo que fueron veinticuatro horas las que tardamos en llegar a Marsella. No había ningún coche en el muelle que nos pudiese llevar al convento de las monjas del Sagrado Corazón, donde nos íbamos a alojar. Cargadas con los niños, nos tuvimos que sentar en unos palos hasta que llegase alguno. Después de mucho trabajo pudimos coger uno para ir al colegio, pero, cuando llegamos, la portera no nos quería abrir porque decía que era tarde y estaba prohibido... Le dije que yo era la hermana de la madre Osborne. Hasta el cochero le rogaba que nos dejara entrar... Por fin bajó una monja francesa que con lágrimas en los ojos nos escuchó, se compadeció de tal manera que nos hizo subir.

Aquello era el cielo, con qué cariño nos atendieron. Qué delicadeza. Que nos parecía mayor aún después de tratar con tanta fiera... No dejaban que nos levantásemos temprano. Nos llevaban el desayuno a la cama. Se hicieron cargo por completo de los niños y nos daban admirablemente de comer.

Me dio mucha alegría encontrarme allí con monjas francesas que yo conocía

Me dio mucha alegría encontrarme allí con monjas francesas que yo conocía. Me fui inmediatamente a la capilla a darle al Señor gracias por habernos sacado de aquel infierno. Con qué devoción lo visitaba después de tanto tiempo como había estado privada de él.

Aquel colegio era magnífico. Estuvimos allí dos días. Yo fui a cambiar el dinero que Eusebio nos prestó, quinientas pesetas, por las que nos dieron ciento setenta y dos francos. Y también a arreglar nuestra salida para San Juan de Luz.^[16] Me preguntaron quién respondía por mí y dije que don Juan Osborne. No podía decir nada de tío Perico pues ignoraba si vivirían y si estarían en San Sebastián. Ya en Fuenterrabía me enteraría, si no tendría que esperar la contestación de Johnny para entrar en zona liberada y esto sería más largo, con las ganas que tenía de estar en casa de una vez...

Con ciento setenta y dos francos no teníamos ni para empezar. No podíamos ni comer unos dulces que había en los escaparates con una cara buenísima, que se nos iban los ojos detrás de ellos. Después de tanta hambre como habíamos pasado, ahora no nos alcanzaba el dinero...

En San Juan de Luz teníamos que presentar la documentación y los pasaportes en un chalet que estaba, lo menos, a cinco o seis kilómetros de la estación, y si nos gastábamos el dinero en un taxi, ya no nos daba para pagar el tren hasta Irún. A pie era imposible ir con lo extenuadas que estábamos y cargadas con el niño, así que lo cogimos por fin y allí nos lo pagaron. Pero, con todo, la vuelta la tuvimos que hacer a pie.

Nuestra llegada al puente internacional fue indescriptible, ¡qué emoción tan grande al llegar a la verdadera España!

Nuestra llegada al puente internacional fue indescriptible. ¡Es una emoción tan enorme la que se siente al verse entrar en la verdadera España! ¡Al ver izada la bandera roja y gualda... que hay que haberlo sentido en aquellas circunstancias para poderlo comprender! Y yo esta emoción la sentí honda, muy honda: se unía a la alegría de que muy pronto iba a poder abrazar a mamá y a todos mis hermanos. Pero también con un sentimiento muy profundo, ¡indecible! Porque había tenido que dejar en el otro lado a mi marido. Al padre de mi niño.

A la entrada de Irún fuimos sometidas a un nuevo registro, pero este no importaba ya que en él no había que estar con temores y apuros. Ya no había que estar escondiendo el crucifijo. Ya nos trataban con delicadeza y nos miraban con

compasión, comprendiendo lo que habríamos tenido que sufrir.

Allí tomamos un autocar que nos llevó a Fuenterrabía, donde tuvimos que acreditar quién nos avalaba para entrar en zona nacional. Desde Fuenterrabía telefoneé a San Sebastián a casa de tío Perico y cogió el teléfono la señorita de compañía, que me dijo que estaban todos muy bien, pero que en ese momento no estaban en casa. Enseguida que se enteraron, me avisaron para ir a recogerlos. Estuvieron de lo más cariñosos. Después telegrafíé a mamá mi llegada...

Mi alegría al entrar en la estación de El Puerto y verme a todos mis hermanos en el andén fue enorme

El viaje hasta aquí por Extremadura fue bien pesado, pero ya todo nos parecía jauja. Además, en casa de tío Perico nos prepararon una magnífica comida. ¡Qué alegría más grande! A la primera que vi fue a mi hermana Isabel, que me estaba esperando en la estación de Sevilla. Allí hice traslado para seguir para El Puerto. Mi emoción al entrar en la estación y verme a todos mis hermanos en el andén fue también tan grande, tan enorme que no se puede contar. Con el cariño tan grande que los abracé a todos, queriendo expresarles lo mucho que por todos había sufrido.

Al llegar a casa salió a mi encuentro Aurora —la mayor de mis hermanas—, con increíble alegría la volví a abrazar también. Y, por último, a mamá, que estaba mala. A besos y a abrazos me la comía... Tenía que ir dándoles poco a poco todo lo que con la imaginación les había querido expresar durante quince meses.

¡Todo me parecía un sueño!, pero ya dice el refrán que no hay rosas sin espinas, y yo las tenía en el alma clavadas muy hondo, y me preguntaba si me esperaba la dicha de poder abrazar al único que me quedaba ya o si tendría que aceptar el sacrificio incruento.

Mi madre me contaría después que el último párrafo de este diario —que yo he tratado de interpretar lo más fielmente posible para que lo entiendan mis nietos— lo escribió al mes de llegar a su casa de El Puerto, para que cuando yo fuera mayor lo leyera e hiciera con él lo que considerara oportuno. Todavía no sabía qué había ocurrido con su marido. No lo supo hasta más de dos años después.

Facsímil del diario de MARÍA TERESA OSBORNE TOSAR

Desde el 18 de Julio del 36
hasta el 18 de Noviembre
en casa. Desde el 19 de
Noviembre hasta el 1º
de Febrero en el Hotel
Jardin del Boscual.
Desde el 2 de Febrero has-
ta el 21 de Abril en
Madrid en casa de
Vicente Alberti y desde
el 21 de Abril hasta el
11 de Agosto del 37 en el
Hospital de S. Luis de los
Llaneros en Madrid

Mis tres meses pasados bajo el
revisor de la orden marxista

Destizaba nuestra vida de
no de indente felicidad, en
el piso donde nos habíamos
instalado en el vecinal,
en la Calle Gobernador 15.
El 14 de Julio hicieron 3 me-
ses que nos habíamos casado,
el 18 estalló el glorioso de-
miendo nacional y por el día
las comunicaciones, se inter-
rompió nuestra inaltera-
ble paz... y empezaron nues-
tras dudas: ¿que trabajo po-
día el marido y doctor mi-
permanecer? ¿también también
bajo el poder rojo? Incon-
sable en sus preguntas, pa-
ra verme valer de esta
duda que tanto me ator-
mentaba, mi marido co-
gió enterarse, el Pecho esta-
ba en poder de las na-
cionales, pero siempre seguía
nos con la preocupación de
lo que ellos estaban su-
friendo, sin saber que tra-
bajo pasado de nosotros.
Mi marido seguía en el
patronato, por las noches
venía que ir a hacer la
guardia ¡con que atención
recibíamos el voto antes

de que a los pocos días lo des-
filiaban y suspendieron los
pagos.

Como máxima, nos anunciaron
había una granja de mi-
licianos para espaldas y me
la llevaron a mi marido,
a ver si tenía bien con-
gusto la documentación,
este registro no fue muy
frecuente, no hacían muchas
personas y se portaron ver-
daderamente condescendiente. Al
día uno de estos me dije:

Digale a su marido que se
elijer, que abajo lo expresamos
para la documentación,
yo inmediatamente me acordé
de la Creación y le dije:

Como dicen que se elijer que
se están expresando para la
documentación. A pesar de que
vuelvo me intereso, me acordé
de esto: fue solo un
pretexto y estaban deteniendo

los en el Monasterio que que
todos los momentos ellos
de aquella, viendo si se de-
jarían salir, hasta que se
sobreviniese me mandó a

decir, le trajo una muestra
de y una muestra que me
me volviera que era de los;

había que probar la efec-
tanza, que aquella noche

volviste a casa! No la perdía
de que fuese al día siguiente.
Esa era el día, había que ir
a la casa para llevarla a la
comida, si se les quería ver,
ello era algo horrible: solo se
soportaba con la esperanza
de hacer el inmenso esfuerzo
de abrazarlo, o verlo aunque fue
se un milagro. ¡Pero que
ella sonja que así se llama
la esperanza, porque que es
de la esperanza (no hay pa
labras para expresarse). De la
impiedad... Los camiones con
de voces, llenos de milicianos,
dando vueltas al comunismo,
las milicianas traían
las botones rojos evolucionan
de por todos aquellos combates,
con calor suficiente, había
que estar esperando horas y
horas enteras para poderles
pasar la comida, para que
a la mejor, salieran diciendo
que ese día no se les podía
ver, o solo de lejos, desde la
puerta, que ella era aún
peor, pues luego cuando de
un modo indelible, en
la imaginación, se casa
de parte y se dejan las
comidas. Si se preguntaba
si lo dejaban salir, daban
una negativa con un

mal modo y si eran algo
mejores los que estaban en
la puerta, se limitaban a
decir, que no lo sabían.
Fueca se me ocurrió, que
los sacara de allí para
fusilarlos y un día estando
en la celda, me dice una
señora joven casada, que
había allí, llorando y de
vez en cuando i que salvajismo
muchas barbaridades que
están haciendo! i por que
han fusilado esta noche!
Señor que van para
Madrid y los bajen en
la carretera para matarlos.
i bueno esto me dejó frío y
sin habla! i Pero que dicen
que los están matando?
Creí morir. Entonces
Recordaron mis antias
de protesta ver. Algunas cosas
lo conseguí i que el crimen!
esto algo inabarcable! i solo
de estos hechos, se agotaron
las lágrimas en mis
ojos! Cuéntame los que vos me
decís, que no querían
una palabra, de las que
habíamos! Los dos quieren
hacer hacer los fuertes, pa-
ra no equivocarse nunca-
mente! i me abrazaba a
el llorando! imposible con

tener el llanto con indelible angustia, te preguntaba: ¿te llevaron a ti a Madrid? ¿te dejaron salir hoy? ¿te podré estar entre mis mis hermanos de este que yo! No loes mujer, me decía tratando de consolarme. Estoy muy bien y me tratan muy bien... y mirando sus labios seculares esas palabras, leía en sus ojos y seía en su cara reflejada, con inmensa sufrimiento y la trágica mortal que embargaba sobre su ser! Con sus hermanos lo que allí les hacían pasar, a él lo que le percibías, era como lo que yo el día sufrimiento y a noherigaba... que miraba con toda aquella salvaje.

Con la otra Alicia, que si te conocía a algún ojo, quise de las palabras sabias. Con tal de que el saliese de allí, no había para mí el sacrificio alguno y me fui a emboscadas. Con una sonrisa que el miraba era un perfecto simbolismo y en parte la orquesta. En los ojos llenos de lágrimas de lágrimas se veía la vida de mi.

situación, con mi marido,
debenido esto, sin recursos, se
suplicaba me sirviese de
intermediaria para con su ma-
rido, que prohibiéndole ella
no le de trabajo. Al fin
no llegaron a entenderse en
mi visita fue fructuosa.
Dien culminaban estos
suplementos el que verifi-
caron los encargados
separación. Cuando le
nos la inmensa ilusión
de saber que nos habría
muerto el mismo.

¡que tremenda la que allí se
guardaba! Serían los au-
tos, a unos 20 metros de la
puerta del monasterio pa-
ra llevarlos a Madrid, o
Barcel mil marcheros, o a
fueberlos a mitad de la
carretera. ¡Que tremenda se
me oírían! Los caras de
los que salían! ¡que pálidos!
¡que desencajos! ¡que temblo-
res de pies a cabeza, por
saber si vendría a casa
mi, o se lo llevarían en
alguna de los cochinetes
los monjes que están
a punto de irse para
Casa, porque creía caer
al suelo desvanecida;

esto duró una semana. La
1ª llegada al Hospital de
pensando si había, o no,
amarrado allí era no-
corrido! una vez que con-
comencio a estar, mi úni-
co consuelo era quedarme
en los muros, para estar
lo más cerca posible de
él. Era impresionante
también ver las caras de
las familias de los detenidos,
allí había llantos, desma-
yo, todo lo más desagra-
dable: ¡verdaderos verdugos
también! El alcalde ordi-
no de allí, se sacaron pa-
ra llevarlos a Madrid, su
única hija de 22 años al
presenciar esto, fue pel-
sa de un terrible des-
mayo (ellos decían con ceje-
raciones y gesticiones de mu-
jer) el padre, esperó en la
puerta del auto, que volviese,
en sí y entonces con-
sotandole y con gran
serenidad, le dijo: ¡hija
mía! ¡no pidas por mi
influencias a nadie, pi-
de por mí, sólo a Dios! los
milicianos al oír esto se in-
clinaron y entonces él, con
gran apuro volvió a repetir
si hijos... (y volviendo ha-

con los milicianos y haciendo
de un gesto de condescen-
dencia con los caberos, como di-
ciendo (según esto)
"A Dios! Hay que ver el
heroísmo que se necesita
para decirlo en esos
momentos, cuando se
vive perdido solo del
capriccio de aquellos bar-
baros! Cuando todo esto
pasó y se lo llevaron
en el Aulo, ella subida
en una silla, con la
cara livida, quedó in-
movil, sin quitar la
mirada, hasta que per-
dió la vida del alto,
oculto entre los árboles.
(En diciembre del 96 aún es-
tata vivo no se sabe pues que
pasaría...)
Eso con tanto sufrir, esta-
ba de tal manera, que
no me podía tener al
pie. Me había quedado
en el piso sola, con la
cocinera, que era la que
me arreglaba lo que le
decía para llevarlo, pues
no se le podía llevar la
mochila, navajitas, ni
nada, tan solo la comi-
da. Se oía decir que que-
rían meter refugios,

por todas las casas, que tu-
viera sitio i Como poder
hacer esto con lo fieras
que eran y dos mujeres
solas! De esto pudimos
escapar.

Un único consuelo era, cuan-
do por las tardes volvia
del monasterio, ponerme
en el balcon, por detras
de los cristales, mirando
hacia alla.

Eran curiosa esta sema-
na, de verdadero malicio
y cuando menos lo presaba-
mos, pues hacia muy po-
co, que lo habia visto entre
refunquillo esto hacia vibrar
el mas hondo sentimiento
y no parecia haber de que
dudar la salida, tan prom-
to, tuvimos la inmensa
sorpresa de podermos abra-
zar i La alegria de esta
re-entrevista despues de lo
que habiamos pasado, no
es para contada i que felices
nos sentiamos, despues de
tanto como habiamos temido
por su vida!

Conseguida avise a su mamá
que fue con sus hijos i no
quiere ni hablar de lo pa-
sado!

luego me acordaba, de la

manera. Sin despididos,
que lo habían tratado, a
este momento viéndose
muerto; cinco veces pasó
su vida a Dios; que tan-
cundo me decía, lo duro
que se le hacía pensar,
queremos que dejar; lo con-
solaba pensar, que no
quedaba sola, su vida
también quedaba con
sus hijos... pero ¡Dios! ¡Dios
pedidos también el sacri-
ficio, de no llegar a cono-
cer a nuestros hijos. ¡Dios me
lo contaba con los ojos lle-
nos de lágrimas!

Quisieron, que se quitase
una medalla de la Invi-
tagrosa, que pendía de
su cuello, a la cual se
refería diciendo: que la
virgen, sería la virgen,
que podría librarlo. El
viento, se asombró, al
oir su nombre, para que
sabiese, que estaba inclu-
do en la lista, de los que
iban para Madrid ese
último día.

El viento de nuevo des-
nuda, alborada. Todas las
dificultades. A los pocos
días, se nos fue la coqui-
nara a Madrid, porque

en esta circunstancia, no que
ya estar separada de su
familia, se portó muy
bien, pues no se quitó in-
cortes, para que no me que-
dara sola. Entonces, del
hotel Jardín, donde tra-
bajamos estaba antes de ir-
nos al piso, nos mandaban
la comida, ya, tan vacío-
nada todo, que nos quedábamos
con hambre, mi marido,
con el apuro de que fuera
poco para mí, se empe-
ñaba en dejarme lo
suyo. Desayuno y merienda,
no nos mandaban, así
que teníamos que ir a
comprarlos, para esto y los
demás gastos necesarios, con
lo que nos prestaban, pues
como lo habían suspen-
dido las pagas y yo no
podía recibir dinero, no
teníamos nada y tambié-
namos pensamos, llegaría
un día que no nos quie-
ran pagar más, porque así
todo el mundo estaba por el
dólar, también, mi marido
tenía que ir a sus
hermanos, por haber sido
también víctimas de
sus quiebras, ¿que nos íbamos
a hacer entonces?

La proterea era, la que nos ha-
cia. Los que los cereos de la casa,
pues la doncella, la había-
mos tenido que. Alguien
y cualquiera. Comaba servi-
cios en aquellos días. No podía-
mos salir a ningún sitio,
solo días sueltos y por el
sitio, que eramos nosotros
vistos. Debamos una vuelta
por los pimientos.

Estos los objetos de propiedad, la
~~objetos de propiedad de la casa.~~
nos tenidos que. Escorrido
en la buhardilla. Yo siempre
estaba animadillo, diciendo
de como de principio parecía de
iba a acabar todo bien por-
do y me se apuraba, que ya a
de me lo habían en cosas de
vía mucho pena, desde
a los otros conocidos suyo
peligrosos y no podía. Había
vuelto por ellos, pues era,
muy comprometido.

Para malte estando comiendo,
nos veían que había un
momento que iba a buscar,
para que fuese a hacer
unos pimientos. De muy
no la angustia! ¿Lo habían
dicho otra vez? ¿Para que
pudiera ir a buscar?
Los minutos de una felicidad
siglos o compromisos de nuevo

los martirios? Y exclamando su-
mejada, en esta oleada, de
barridas dudas, me hizo
salir de ellas, el ver cómo apa-
recer desde el balcón, donde
lo estaba esperando, en la
esquina de casa i como se-
cobré entonces la serenidad:
¡Que le apuraba lo que yo
sufría con todo esto, un
día llegó a decirme en el
comité, que las suplicas
no me volvieron a mo-
lificar de esa manera,
que yo era de muy lejos,
sin familia alguna allí
y cuando él se iba de ca-
sa, quedaba sola.

Me preguntaba también con lo
poco curado que estaba, con
un hijo, esta hija de guerra
y esto allí estaba consideras-
do como un delito i de la
destrucción? ¿se pasará algo?
Me preguntaba cómo de aque-
ro.

¡Como vimos los combates desde
y estar en las bombas en
El Cruz Verde. Siempre
se veían ambulancias ates-
tadas de heridos. Contaban,
que uno de los heridos del
hospital, se volvió loco y
se tiró desde una ventana
altísima, decía que él era

facile y que cuando se
pusiera guerra lo iban
a matar. Enro iba, por
la calle, para casa del
dentista, con un puñal
doto de muelles y se
actuaban, él suplicaba,
que por lo menos apre-
taran que se fuera a cu-
rar y no fuesen oídos
sus ruegos.

A unos cuantos repanti-
dos de Carbon, los fusilaron,
porque el dueño de la car-
batería, no había me-
dio de que aparezcan y
ellos decían, que los repar-
tidores lo saltan y no que-
rían. Decían, decían que
su utilidad, lo ignoraban.
Fueron muchos los que fueron
detenidos por protestar,
al llevarse a su padre.
Los que nos llevaban de te-
ma, eran unos evadidos
de la tierra y no con-
taban, que en un pue-
blo cerca del Escorial, ve-
nían su casa y habían
ido a un campo que tenían,
cogían unos melicános y
los perseguían. De quien
era aquella caballería que
servía allí, al contexto que
de ellos, los hicieron subir.

y se los llevaron para allá,
Fleó Alción, que después que
se lo fueron a avisar, al resto
de la familia y no se lo con-
sintieron y Talli estaba
los pobres, sin saber ni pala-
bra de lo que les había pa-
sado a los Almonds.

En este ambiente, sin duda
gradable y triste, se nos fue
con pasando los días, has-
ta el inevitable 23 de
Octubre del 36. Este día
estábamos muy tranquilos
sentados en el gabinete,
después de hacer un largo
rato que habíamos comido
y... llaman a la puerta,
y sale la portera a abrir,
yo me asomo al pasillo,
y veo 2 hombres, con pusi-
ón morena, la otra puerta en
la solapa y con tono de
interrogación, dice uno
de ellos: ¿Don Francisco Alonso?
El desde el gabinete le digo,
o yo se lo dije, no recuerdo
yo bien, lo cierto está que
se asomó también al pasi-
llo y entonces dirigiéndose
a el mismo y con la mis-
ma actitud, le entes le
dijo: Don Francisco Alonso si-
ganos... ¿Lo que allí pasó
en aquellos momentos,

que algo que no se puede
explicar, ya él se le justo
la cara como la casa; la
mía no debía estar, de
otro color; ¿puedo sentir se
haciendo la sangre; ¿por
¿? y empujamos; bien se
dice que hay ocasiones, en
que el silencio, es más
elocuente que la palabra.
Entramos otra vez en la
salita, para recoger al
guerras cosas de la mente,
y sin apenas poder ar-
ticular palabras, nos des-
pedimos. Volvió el pa-
villo, en seguimiento de
la noticia, yo, sin poder
me mover, por la emo-
ción, quedé en la puerta
sin quitar la vista, por-
ta que empezó a bajar las
escaleras, y sumido en
mil pensamientos y preguntas
y preguntas. ¿Qué ha-
rá? ¿Cuándo se volverá?
¿qué aquel dolor? ¿No ha-
rá valor, para volverme
a ver las cosas horribles, de
dirigir el auto? ¿me que-
rá se le mande a decir
a su hijo.
¿Que será de suprimidos
sin cuento, no estarán
aun recordados. ¿Por qué no

me había expuesto, de tan
breve tiempo emoción y fuerza
el nombre... De nuevo los
militarios, que venían a
repintar (mejor dicho a
robar) yo temblaba de pies
a cabeza ¡yo podría haberme
de pie! ¡Venid sola delante
de aquellos tíos! ¡que tra-
vosa!

Yo había visto esta infini-
dad de papeles, por si con
algo, prohibidos e impermisos
muchos sueltos, entre ellos,
había una carta, en la
que decía: estos oídos por
lo visto, quieren por el
fuego traer al cuadrado,
pero; no se trata de
otra a llegar, otros días
de decir... Oír de lo
de, me sé el tiempo, que este
veron en el teatro, leyen-
do todos los que quedaban, yo
miraba tanto sentada con
el codo apoyado en la silla
y dejaba caer la cabeza en
la mano, esperando q. ac-
balar. Pasaron a las demás
habituaciónes, al pasar delante
de una cama cerca, me
pregunta ¿tiene ahí algo
escondido? Espiste, le dije,
querido de aparecer amabili-
dad, porque encina de que una

de lo que tenía ganas, era de
abrirle la cabeza, había que
probarse así; si era del país
ciudad, de los que se habían
leído y de los que quedaban
gato en rango conmigo contra
la vida; era que se me dio
yo el gato y fue mucha vida
misma de suya y del fusión
¡Comunicar a ti! ¡Calle! Hay
que volver, que solo de todo
había visto, ¡maso maso que
el cartón! ¡con un bigote
de un metro! ¡por dentro!
¡Dentro al cuarto de Botmín,
uno de ellos, delante del cajón
del tocador; cuando se la
que tenía en la mano,
me mori; ¡aquel cuadro
mío, San Chito y San Esteban
dijo mi izquierda, me tra-
ba acordado de él; pero
entonces me acordé, que
García mi curado, me
había puesto en él, el sig-
nificado de todos los colores.
¡En este momento si que
empiezo a tener barridos
por mí; ¡si que el me
mío, de un modo muy
significativo y con mucha
gracia, lo volvió a. Quie-
rar; ¡entonces escribí, des-
pués de tranquilidad! ¡No
se lo lleve, ni se lo me

serio' al otro! Cato, me hizo
comprender, no era como
el de la cama - turca, era
era un tipo y estoy en que
era era, lo que el compañero
reconocía y por eso con di-
simulo, lo que hizo fue, apre-
tar que se alejara del toca-
dor ¡ porque si aquel cua-
llamado, caía en sus manos,
desde luego no te cuento!
tal tipo, al ver el crucifijo,
ya habíamos vuelto a poner
algunos objetos religiosos, por
que parecía la cosa había
mejorado algo) se cogió y con
gran indignación, se volvió
a mirar sobre la mesa
de noche y empezó a tarba-
rizar... Ceballos asegura que no
había en aquel momento,
fuerza hacia aquella perso-
na, una verdadera pena,
de ver al Señor Galabardi
y un sentimiento profundo
de compasión, hacia aquel
desposeído. Que mayor mal,
le podría sobrevenir por
que el que sería espantoso!
Fue el tipo, al caer de
la cama, de allí, subió
de golpe a pasar, sin el
más mal, pero yo del
mismo modo que tenía,
que fuese a encontrar,

el cajón disimulado, que
tienen esas como las
impresio y no fueran
a hacer algo, por no
hacerlos tratados, pero
memos, que se lo enseñe.
(Habíamos escondido con
disimulo, sin que pudie-
ran sospechar, muestra su
funcion algunas cosas) lo
abrió y sacó una pulsera
muy magnifica y el muy
preso, tuvo el descaro de
preguntarnos, si era su-
ya, así lo creo lo dije, es
suyo por decir que no,
pero... y si la llevaba a
apreciar y para que queira
yo más de mi marido,
un reloj de oro sumamente
unos gemelos también de
oro preciosos; yo estaba en
el cuartito, con que lo
habia estado guardando y
eso que de lo aburrido que
estaba, ni siquiera me
habia hecho cuenta, allí
toda van indolente, que
estaban llevándolo a cabo.
Toda van sumamente crítico,
que tuvo el valor de decirme,
que firmare un papelito, por
que como todas se las llevaba
al comité, así después cuan-
do me las fueran a devolver

se reconocieran - una persona,
¿cómo de todo, me quería
tomar el pelo como si estuviera
en sus planes, de volver al
go! Con. Didi... me, se quitó su
propuesta y me contaron
después, que trata lo habían
fue... porque no se había
he en el comité, nada de lo
que estaba.

Se llevaron varios docu-
mentos, con recordatorios de que
los periódicos de periódicos, las
habían de hacer; el mes de
noviembre del año siguiente,
que todas las cosas se harían,
después de leer el diario!
Cuando vi los papeles me pre-
gunté ¿son solo de 1937? Creo, se
parecía, se parecía a...
el comité. A todos ellos, a lo que
yo, plantaban los fusiles con
de se los colocaba, que sus-
ta para, plantando se en cada
parte con una, porque más
de una vez se me, me...
para mí! Cuando se estaba
de... el comité, después de
vivir, con el fin...
como... se...
más a mi padre, preguntaba
¿cómo de...? Hacia el comité
le... dice el tipo, cuando
se iban: ¡Qué lejos se ha venido,
mas... de...!

quedarme por tu tierra! Al
fin se fueron y al proco-
ralo la misma. No por esta
Alcanda i Giran San Carrillo de
i se habian llevado cosas de
prometidas: i los que se queda
decir, tenían el poder en sus
manos, nos habian visto
lambas de los indios. En fin,
(que se iban a la puerta del
corral de los a ver quien tra-
daba y salia) i lo mismo ha-
biamos que habiamos pre-
cuentado, los aborrecidos!
i Dios mio: i que unquero
viera en también, a de
nada a mi? Lo que he
a cuando se fueron, fui
al cajón del tocador, i cogí
aquel diminuto cuaderni-
to, que me era me ha-
bia perdido cosas: y me
quede, por... por tal vez
era mas bien se con-
sillo, que ya yo, ni tiquie-
da recordaba. Con la oca-
sion de la, había escrito un
canta que decía:
Yo tenía una bandera,
Color de sangre y de sol
que no me defan q. la guinea;
Yo ya no soy español.
Aquí soy de una tierra cualquiera!
Por si este era gracioso: Verde
Viva el rey de España, aquel al-

Cala Jannosa,
Embarrasado, el pánico, naciones, Potosí,
de, Apóstolica, romana, romana
o Dios olvidada, ¡dormíaba por
tanto volvíen a probar y
me cogieron leyendo! ¡fo
siempre en mil pedregos! y me
daba ¡cuando la 1ª Propala me
ha librado de esto! ¡no caso
me pare ya nada!
¡Culaba suprimiendo tentativas
sido cantadas y tan violentas,
tan imperativas! ¡que tenía
cogido el acontecimiento,
antes de siempre! ¡me parecía
esto allí solo!
¡Entonces sentada en el ga-
binete, junto a una ma-
ca, con una Abil. luz de
frendalla, ¡con mi enorme
goma y. ¡lleno de mil re-
curat! me manten a
poder de la cárcel, una
abundante, 2 montes rojo
y avior de aso. ¡Fu que de-
ver tiene, lo bien escrito que
fui mi dueño, aquella no-
che! ¡estoy casi por decir,
que no puede fregar un
ojo! ¡Como iba a ser de pro-
motho! ¡si todo eran penas
y temores!... Vivíamos en un
1er piso, el de arriba, estaba
vacío, el de mas abajo, (el 2º)
también y el de abajo, se

habían ido los portales, a
ellos, que era una buena
mujer, le encargué que
si había miedo por los
aviones, me avisase para
condenarme abajo. Mi Cludi-
fijo y mi Pailegorka i eran
mis únicos compañeros!
y mi único consuelo.
A mi marido, del hotel, le
seguían mandándole la co-
mida, que le daba de
la patera, me la llevaba
a mi andar, para que
la viese. A mi tam-
bien me la manda-
ban. De repente me y tiem-
pre se originaban otros
partes, verdaderamente ne-
cesarios, eran... con fatigas,
los pibes que me quedaba-
ban i q que iba yo a hacer,
si mi marido era el que
me los facilitaba?
Por la mañana, al día si-
guiente, volví la misma a-
locura y me fui a su
casa, me quedaba estar. Allí
cada jolida vez que oía
pasar un avión, llamaban
al timbre i sentía mi
pecho, al ritmo este de emo-
ción, i me parecía que iban
por mí... y. Salí Corriendo
a esconderme al balcón!

Estos puntos, fueron repetidos
veces. porque estaba la coin-
cidencia, que abajo había
una carpintería, donde
iban los puntos para se re-
parados, ¡era un continuo
no vivir! Estuvo con ellas,
unos 2 días, ¡sin quitarle
el mieldo, aunque algo mas
abundante de que fuesen
a buscarlo y ¡harrticia
de blandito, que del trozo
me maravélan, a de-
cir, que no me podían
seguir, mandando la co-
mita! ¡Como en realidad
grató, al día siguiente o
a los dos, de ellas allí, tu-
ve que ir, a pedir por
favor, que me lo siguie-
sen mandando, por de me-
nos, aunque fuera una po-
ca, pues ellas las potres, ¡siem-
pre estaban en condiciones,
de poderme dar, sino con
mucho trabajo, en los mo-
mentos. Cuando se me
grató el mieldo, de que el
vino el día, me fui
de la vez para casa, allí,
me es mucho más fácil,
para mandarle la ropa
a mi marido, además,
venían una patita y se
ponían a ver a Jesús,

le mi me horariada, que
la oyeron (aunque la tenian
puesta muy baja), y nos co-
gieron a todas. Tuví a ca-
sa con el marido, de que
fue con por mi casa
deberme. Estaba cada
vez más apurada de dinero.
Conocí a Cecilia, al
efecto de la Marquesa de
Villa Verde, que era el que
mi marido se lo quería,
reflexión del siguiente mo-
do: Muy bien mis. Ante to-
do, le quise perdonar mi
abandono, pero me im-
pulsó a dirigirme a J. La
Comandante, con que ayudo
a mi marido, en la difícil
situación económica, en
que nos encontrábamos, por
haber sido el representante de
patronato y sin comunica-
ción con París. Di el
suplico, ante un mal
o favor, sacándome del
afuera, en que me acordaba
de me involucro, por el
mismo motivo.

Suplicándole me dispense
D D D En E O D D

Me acordó 100 pesetas co-
mones, que daré ante el
plumero y como se get-
tado inutilmente y ahora

con esto, me parece que tengo un gran capital!
Fue a veces una señora, mujer del que se llevaron detenidos con mi consuegro, que lo habían dejado a su hijo y él, le había sacado mucho, me dice las noticias. Me dijo, que se sabe que se los llevaron al comité, los llevaron en los cuartillos, vestidos esperando, hasta que por la noche, los mandaron a la cárcel, yo que era suplicante, los probados, pensando que sería de ellos! Desde la cárcel, me mandó un papelito diciendo: Nombre: Estoy bien, pero pensando en ti y de mi hijo! ¡Felicidad que tener, con aquellos momentos, con todo lo que me escribía, pues todo a la correspondencia para todas partes, estaba suplicante. Dijo: Aunque no fuera para la cárcel! Me mandó un reloj, mis, que tenía en el bolsillo, cuando lo detuvieron, porque allí, me los dejaban entrar, con objeto de llevarlos al caso. ¡Me dice, como llegó a mis manos!
Le escribí a un señor, a un

ni me podía aceptar, pare-
que me lo dejaron salir i to-
do fue inútil! A los 8 días,
subsistente los cuales me mi-
to dejaron ver, cuando la
misma fue a llevarle la
comida, veo que llega a
casa, con la comida de
vuelta i que el esto le que-
runk con increíble amor!
¡que todos los presos, se los
han llevado! ¡me sentí de
nuevo morir! ¡Dios mío a
construí: ¡es que era muerto.
¡ay, era que subiese. Llegó
ahí! Con los que esta-
ban guardados en las
carceres i veris el de su
miembros? Quise irme a
Instituí protegido, escri-
bí a Concha Ayuda, a ver
si podría. Recibí una
me contestó, que tenía
la casa llena, yo me
dije, esto es un mundo
diferente, de decirme
que más valía, que me
quedase en el Escorial,
porque en Instituí no se
podía estar; allí conta-
ban historias, de Instituí
y me tuve que quedar,
no solo, sin el consuelo
de pensar, que siquiera,
aunque en carcelado, pero

lo tenía, sino con la in-
calculable fuerza, de no se-
ber, si había o no, llegado
a Madrid. Allí estuvo du-
rante 8 días, que tupe es-
taba en el Hotel de San
Alicé, emborrachado, por con-
ducto que pasaba seguro,
le mandé dinero y como
y ni siquiera tupe, si
llegó a sus manos.

¡Que días de soledad y de
profunda amargura! ¡Que
días del mes de noviembre,
con los días que son! La
pobre de la pobreza, era
tan buena, que me man-
daba a tu Chica (con 12
años) algunas cartas, para
que me acompañara, y
ella me contaba, las cosas
que seguían pasando.

En que días había, lo que allí
se pasaban las cosas, desde
que llegas a comer de de-
sequito, judías fritas del
día anterior. Eso mismo,
era lo que me llevaba
la comida del hotel. Yo
siempre, seguía comien-
do, que el día anterior pro-
saba, me lo quitaban, por
lo poco, que había de todo.
Por eso, me dice: los días el
dormir, que después va a

venir, a decirle a ti una cosa
¡cáso de ver! ¡o será que me va
a quitar?... tan apresurada
quedé, que bati la portera
y me dice: Señora, no es
que te van a quitar la comi-
da, sino que después, te
va a venir a decir, que
si se quiere ir la señora
al hotel, le dijeron a la
chica que ella, no se lo
espantase, así que hágase
de nuevo, cuando venga.
¡Dí el cielo abierto! ya allí,
era otra cosa; ¡por lo que
no me aclaría nada! He-
go la mujer del dueño
y todo pronto currió como
habíamos quedado. El
hotel estaba, siempre
empresado de muleros pito,
no había que aborresca,
más mal que una pata
yolita, como había el
vuelto, que al quedar del-
talado, no había
volto, se encargó, me
lo abríen por las manos
más y si iba alguien
a cualquier, dijeron que
estaba en el hotel, ven-
do a una amiga. Yo mu-
cho más allá, iba allí
para decirte; también te
vería pronto; ¡vaya, a aquel

vinconito, millo de suspiros
arroras, donde habíamos vi-
vido, Dios de tanta felicidad...
Allí me parecía, que lo había
a él, con el amor.

Entre de las enfermedades, que
estaba allí, fue una paraja
de carbuncos, para ser si
queraba, algún signo de
fuego, me lo pedían y me
dijo, que no dejase entrar
a repicar a nadie, sin au-
toridad, con un aviso en el
representamiento. Pero, no
recuerdo bien, cuántos se-
ñales tuvimos, cuando el
camello ya en el trabajo, me
veía la portera aparecer por
allí, me movía de arriba
¿que me iba me iría, me
preguntaba?

Por las tardes, cuando iba
ya obscuras al punto, a
buscar algo, y a veces me
acombaba! ¿cómo había po-
dido aguantar, estar allí
toda, el tiempo que estuvo?
me atormentaba, toda la vida
de pensar, que me iría
otra vez!

En todo aquel, era muy amor,
comíamos bien, para ser que
los tiempos, sin lujo, pero por
lo menos, estaban bien
almorzarlos. Cuando se tra-

La necesidad, era desde el
desayuno, hasta la hora
de comer, pues este era,
bien el caso. También nos
habían de acordar. Al
desayuno, lo tenían con brota-
do, así que siempre, se ha-
ban algo, de lo que él ca-
ría. Como cogía muy ca-
ca del primer, internos a
tomar el sol, aunque
siempre, con miedo de
aquellos salvajes. Allí que
habían, 2 muchachos de Ara-
guiz y 2 muchachos, como
artilleros y otros diplomáticos.
Según me contaba una
de ellas, como estábamos con
crisis, mi mira necesi-
ta allí, me habían bus-
cado los padrinos, no se
quiere y acordaron, que me
lo bautizaran. El diploma-
tico decía: pues yo que lo
hago, en la habitación
del lado, si se eloran jaja
a estar divertidos...
Muchos días en el primer,
nos tenían que hacer
boch abajo, con las manos
sobre la cabeza, por
la aviación, pero Alción,
que inmortal del campo,
era mejor. En día, nos
incendiamos muchos sum-

Estos que recibí en guerra,
con una diversione tremenda
de las bellas mujeres, los otros los
convenimientos de una iglesia
de un pueblecito de por allá,
que los habían estado.

Contra la idea de verdad, no por
ser por el hotel, los recibí,
al comparecer de la comarca
fuerza de Chopin.

Una mañana, día 23 de di-
ciembre no se me olvidó
entre la camarera en mi
habilitación, díctame que
2 milicianos, me llevaban
una orden de evacuación.

Con efecto, a las 2^{1/2} de la tar-
de, tenía que ir en la
plaza, donde estaban los
alitos, para ser recibidos.

¡Pero cómo, si yo en Madrid
no voy, a donde dirigiéndome
¡me llevaron para la plaza
de la Leona? ¡Me llevaron

a las casas, que ellos tienen
de maternidad, donde se
están llevando, a las que
van a dar a luz? ¡y mujer

de detención? ¡Ay, ay, ay, ay,
medio de la carrera, a
que me busque abajo
misertos y miserables,
como están trucidando.

¡Qué nuevos martirios! a
la carrera, ¡me eché abajo

de la cama! ¡me pellen la
bata y las zapatillas! y... está
un mar de lágrimas, me
salí al patillo, a hablar
con los milicianos i pero
a donde me llevaron. Yo,
les pregunté: ¿yo soy sola,
no tengo familia alguna
aquí? ¡Alto!, estoy en
un estado muy delicado.
Los otros no sabían nada,
me contaban, vaya al
corral, a ver lo que allí
le dicen i eso que, aporri-
bar, el muchacho con un pa-
ñuelo que tenía, de esa del
militar y me llevó a la
calle, era precito, impo-
sible, lo que se me venía
encima! ¡que miren! ¡que
vengan las 11^{1/2} y las 2^{1/2} era
la salida! ¡tenía que irse
quero preguntado! ¡que con
ellos, estaban, de ver, lo
que estaba pasando! ¡Eso
me querían ayudar, pero...
¡no era tan fácil! el ar-
rullo, estaba. Allí me
dijo, que se había ido
ya, por lo que me quedé
estaba. El otro, estaba, de
estar con ellos, como de
las muchachas, fue la
que me acompañó, a casa
del médico, que fue lo que

se me ocurrió, para ser, si
con un certificado, me podía
librar. El me dijo, que lo
mejor que hacía, era ir al
comité y exponerle mi caso,
que quizás, así adelantase
más, porque como no era
imposibilidad ninguna, no
se fueran a creer, que era
cosa imposible. De allí nos
fuimos al comité, y yo exponí
lo, como una Magdalena, por
dollar las calles! En el comité,
nos dijeron, que si era pa-
ra cuestión de educación,
estaba prohibida la entrada.
Nos fuimos, al despacho de
un funcionario de aquella
y no estaba. A otro despa-
cho, tampoco, se trata que
se está en línea. Entonces,
nos dirigimos a un 4º des-
pacho, también, buscando
de allí, el algo varoncillo,
a quien buscábamos, por
lo menos, él nos dijo, que
ya no podía más y me
fue preciso, irme al hotel
a almorzar, ¡estaba ya, lo-
camente delirando, fije-
ra y moribunda! Comi
coscurre y me fui con to-
das mulchacha, al hos-
pital de Sanja, para miti-
vide al médico, me dice

el certificado, me parecía,
esto había de valer, como
fue, se portó muy
bien, me lo dio, esperen-
dome todo, decía: que
si siempre, era con estado
muy delicado, en mi, aun
más por lo mal que lo so-
portaba, que había, que tra-
jeme, toda emoción violenta
y no carice, de buena
alimentación. Me fui con
el, al comité (ya cuando
estaba, todo el mundo pa-
sando para salir) y les su-
plique, que por favor,
me dejaran, para otra
coacción, para que por
lo menos, fuese algo ma-
nada, con esta muchacha
Christ, del hotel G & D puede
quedar libre, como fin
de la, que se pagó, me dijo,
para el Crisquito y me estila-
ba, Alameda, para ella, con
las 100 pías, me había deni-
do que ella aceptaba, de
ca de 3 meses, esto se dice
muy pronto pero, hay que
ver, el acuerdo tan pronto
so, que es, en concreto sin
dinero y con todas las ne-
cesidades: ya no en concreto,
a quien pedirá un cambio
no, Alameda, había sido son,

Las, las que habían bajado, con
cuadras de la sierra, que ya no
quedaba una grama de
ruido. De mi ropa, tuve
que prepararme, lo más pe-
cilo, para por lo menos,
tener algo que ponerle. Uno
de ellos, me lo costaba y yo
a duras penas, me lo tuve
que ir a buscar. También
le pude hacer, algunos
abrigoitos. Era como un
mito, con bromidos, que
no fue más remedio,
que ponerme, unas inye-
ciones para contenerme,
una, me tuvo que poner
la goringa, la otra, me po-
nía las inyecciones.
Una vez, nos dijo el dueño,
que nos comiéramos que mar-
char todos, porque se inces-
aban del hotel, las tra-
jes internacionales. Por-
tamos, unos todos a mi-
da gusto, yo, les daba a ellos
alojamiento y entre los
de una gran familia. Fue
un oficial ruso, con una
expañol, a ver las habi-
taciones, había que ver, el
español, de que manera
miraba, por debajo del
bolsillo, el jefe del Comité
de España! Les parecía

pequeño el hotel y no se
llegaron a ir.
Como siempre estaban, con
las ordenes de evacuación,
esta cuestión era, factible
y por la sala, todo lo que po-
dían llegar una, pero todas,
las que estaban allí de fuer-
za, los 4 del hotel, estaban
incluidos en ella, ninguno
se quería ir, a mi me dijo,
que si ellos se marchaban,
no me podrían hacer,
pues mis gastos los cubrían,
con lo que los otros les paga-
ban. Fonde quedamos allí
a la vista pero... ¡quién los
podía con nuevos fijos,
con el que me estaban,
haciendo a mi hijo me ha-
tía repuesto de un sueldo,
cuando ^{resaca en} ~~no se~~ como lo arre-
garam, pero llegaron con
dije de ella. Cuando todos
estos fijos, de evacuación,
recuerdo que tuvimos que
ir una noche, más obscu-
ra que boca de lobo, por
un terreno intronizable,
de empinado, lleno de fango,
después de dar 50 lospezales,
enfocamos una luz, para ver
bien quien pasaba, por la
carretera, a como de los cha-
les, donde habían puesto

el Comité de evacuación, uno
de cada cual, respecto su caso.
Uno que parecía un mal man-
sito, me escuchaba muy
adentro, tenía que ser por que
era niño, al no compra-
decerte, de aquel caso. Ahi-
mas, me veia como chlo-
ba y se lo pedia el orondo,
los otros, cuando vieron que
parecia se ablandaba, se po-
nían furiosos y no querían
ni que me escuchase.
De hecho, o llegó hora, me mune-
do ya bien, para toda la
población de allí, yo trabaja-
ba con la mezcla alfi-
cualidad, de la obra, con
seria donde dirigirme. En
seguida, le escribí a la mis-
ma amiga, diciéndole,
que como, se llevaba a
cabo, la evacuación forzo-
sa, de toda la población y le
suplicaba, que dejara, que ya
tenia algun sitio para mí,
para por lo menos, tener
a donde dirigirme. Como
estaria yo, para irme allí,
sabiendo, tenia caminos y sin
un centavo: pero mi inten-
ción era, también, ver si ellos
me indicaban, o alquilar,
como a costa de algunos
sacrificio, me quedaban otros.

me contactó enteguido,
una postal muy curio-
sa, en la que me decía,
que me esperaban i co-
mo, me tranquilice en
tonces!

Lo de la evacuación for-
zada de la población
quedó parado.

En aquellos días para
comer, había que sacar
unas cuartillas y había
que dar los nombres; co-
mo eran tan virreogien-
tas, pensé que esto a lo
mejor, sería un peder-
do, para darles el bien
cuenta de las personas
descontes, que todavía, que
habían en la población;
otras. Decían, que el
que saliese voluntario,
sin ser evacuado, podría
ir para donde quisiese,
en vista de todo esto,
decidí marcharme; yo
suspiraba por irme a
Argentina no era ya
el momento, de buscar
por todas las cárceles de
valle, al que con tanto
dolor, me había sepa-
rado de él! Me fui con
la portera, a sacar
un salvo conducto, fue

Las obras, era compradas,
presentarse por allí. Como
una sola maleta grande,
que era, lo que permitían
llevar. Tuve que dejar, 2 ta-
legas llenas de ropa, por
no haber jabin, para la
venta. Era de las muchacha-
ras, que estaba en el pro-
bel, me quería prestar
dinero, que lo había recibido,
pero no se atrevía, le dije
la animé diciéndole: ¡Pasa chi-
ca, no seas tonta! Si te voy
como va a tomar, eso a ofer-
tar a ella, lo que te vendrá
sumisiblemente. Esta fue
una lista. Con mucha deli-
cadesa, me dio 100 pesos y me
dijo, que como iba a una
casa, donde estaban los
esclavos, me lo daba, para
que comprase ropita, pa-
ra mi niño. Como lo
agradecí.

A las 2^{as}, estaba anunciada
la salida, del autocar,
aquello partía el corazón!
Ver, la pobrecita gente,
de la tierra que venían
cansadas, sorpresas, después
de haberlas ya echado,
de no tener cuanto pueblo,
haberles quitado, cuanto se-
rían de caballería, de

aparecido, en fin, todos lo que
los infelices tenían i aquello
no tenía nombre: eran
la menor las 5 y doctores
estaban allí, preguntando si
íbamos, o no, a salir i qué
incertidumbre, son pasados
con fin, salimos. Habían
mujeres que venían con
una 2 Oruga, de las que
estaban conmigo en el
hotel y en matrimonio
cubano. i que llegaba a
Madrid! Acuerda el mi-
nimo de las verdaderas
dignidades que voy relatando
del 200 como he visto
probablemente, de que ma-
neta saca Dios y la San-
tísima Virgen de los ma-
yores acuerdos, cuando se
viene toda la compañía,
puesta en el edificio
placamente a oscuras,
con muchos de gente, espe-
cialmente a los que llegaban
en el autocar! Las 5 se-
ñoras salieron pasando,
después de haberme ayudado,
a bajar la maleta, i por
el momento, estaba muy
calle mudo! i yo, al verme
allí solo, en ese lugar
sin problema volver,
en absoluto, las

llamé y se esperaron. yo pen-
saba, que por mediación
de una persona, quizás el
Chauffeur me llevara mas
cerca, de donde yo iba,
pero... todo eso me atrevida.
¿a donde me llevarían es-
tas fieras? en esto, se acer-
caba hacia mi, el cuba-
no que me veía tan que-
rrela y se lo dije, no te
parece mal la idea y
nos volvimos a subir, con
su mujer y las otras?
Nos paró San Pablo, equi-
na a Principe de Vergara
a ellos, les cogia muy cer-
ca, a mi familia, pero
momento mejor, ellos ya se
quedaban por allí. Tave
que coger un pedazo de
maleta, con un bulto
demasiado, de hacer de el
fuego tan grande, eso fue
lo otro esencial; todos iban
cargados; en esto, yo que
peda un mes de trabajo,
le dije si me llevaba
la maleta, darnole una
buena propina, a Monte-
sa 27 que tranquilidad,
me dio; cuando me dijo
que si, sí ya podía, lle-
gar a Monteko; para que
hablar, del suito y yo ellos.

bien, preguntando: ¿quién sería aquel
hijo, que llevaba al tallo?
¡Sería imposible, presentar
exactamente a la imagi-
nación, el panorama,
que a mi villa, se
presentaba! ¡Aquello era
algo, nunca visto! ¡im-
provisamente, de verdad! ¡com-
pletamente a oscuras,
un silencio, sepulcral,
solamente interrumpi-
do, por las bombas, carro-
nalgos, ametralladoras, que
salían del frente, de la
Ciudad Universitaria,
como también, eran estas,
las unidades luces, que a
menudo, de fuegos ar-
tificiales, identificaban,
todo aquel horizonte!
A todo esto, cuando me
que sentar, de cuando, en
cuando, sobre la maleta,
del estanco, las torres,
rosas que brilla, al fin,
lloramos, después de tanta
que subir, a un ático,
que había, el 26 de los
pidos. ¡No podía, ni respirar!
Después de dormirme con
foco de aliento... ¡Clamé...
Al verme, el hermano, ¡te
es Inés! ¡Si Pon qué co-
rro, me exhibieron a mi

se me empezaba a extenuar el espíritu, ya me parecía, aquellos tal gloria, me encontraban, poco a poco que llorando; enteguido, un pegaron a arrastrarme la habitación. Quedé en la sala, con Vicente, lo 1º que le supliqué, fue que me ayudara a averiguar, si estaba allí, mi marido. Me lo domó con todo interés, y me dijo, si lo proba tu terapeuta, me había de dar la verdad. Supo, no figuraba ya, en ninguna parte de Valli, en Museo de Caimito, se apoderó de mí: ¡si oírte abajo, la ilusión que me había forjado! Quedaba, ve las fotografías de los puñalados: ¡quién iba a tener valor para esto, además, de eso que a lo mejor, no coincidían bien todos los datos y quedar, en esta duda, ¡era algo que no se podía tolerar!...

En aquella 1ª entrevista con Vicente, me decía, lo muy de verdad que sintió, no problem de vivir, cuando le escribi la 1ª vez, pero tenía, en aquellos días

2 cosas más. O te voy a te-
nir a una Escuelina y
un cuñadito supo, de con-
te, cual era mi intención,
me cordelo, que marchar
me de allí; de ninguna
manera, que lo que ellos
comieran, comería yo
también, ito de no fiala-
bras, para hablar, de tu
modo, de portarte como
migo! Era de un mérito
extraordinario, tenerme
allí, sin dar parte, pues
había la estrecha obliga-
ción, de que tuviera una
cortada, decido, si calla-
ba, se exponía a que lo
detuvieran y si me detu-
raba, era fácil, fuese para
la parte de llevarlo, que
conflicto: y yo tenía pre-
cisión, de ir a la calle, se-
nía que salir, a comprar
lo rogado a mi tiempo, a
emplazar en él, los 100 pes:
y si me detuvieran por la
calle tenían que averiguar
dónde me alojaba! Co-
ra mí, era de lo más
violento, estar allí, sin
pagar un centimo, sólo
por la esperanza, de pa-
gar después. De también,
era memorable la que

pasábamos, para detenernos,
comíamos, una baceta chi-
quita de leche y una mi-
zita de pan, los domingos,
había las 2^{as} que comía-
mos, un arroz, que era
un arroz, muy bien hecho,
pero como el aceite era
con agujeros, era todo
incomible. Se llegaba
a coger tanta espesura,
que de la noche, me le-
vaba que ir, al cuarto
de baño. El pobre de Vi-
cente, se desvivía por
veríamos, algunas cosas
buenas, panes, etc. con-
taba un dineral, si que
nosotros, a un poquito. En-
ta venía un plato de
queso, había que estar
cogiendo poquitos, en la
cola que iban las niñas
de Vicente, las pobrecitas,
había que ver el jaleo
que se daba con esto
y en distintos días, cogían
una cantidad, que siendo
suficiente para sólo una
persona, había que re-
partirla entre 6. Después
de comérmos de la ma-
ñana, lo que se comía,
muertos de hambre, decía-
mos que esperar, había un

10 de la noche, para comer
unas patas de cebollas, o
candejas de papas, que
eran una solemnidad por
aquella!

me lle-
vaban a ver al médico,
me dijo, que me ali-
mentaba lo justo, justo,
para ~~no morir~~ vi-
vir, que estuviera el
más tiempo posible en
Bilbao, para no tener
ningún resaca. Cuando
de almorzar a cenar, nunca,
me leía que ir de
precisión, a ver si en
la calle, encontrada, era
inútil, y parecía increíble,
donde unas librerías de
comestibles, ellas com-
pletamente vacías, una
vez compramos unos toc-
tillos, que después, que
contaban lo mismo 2 ptes,
eran una librería de
queso, que no se veía
por demás bocadillos que
vendían era algo de jug-

vando. En día, me lle-
vé con todos los elementos!
porque, estando desvestido,
me sentí la boca, lloré
de una cosa muy rara
¿será sangre? ¿me tropecé?
inmediatamente, me cubrí
con un paño y me fui
cubriendo una buena can-
tidad de sangre! ¿qué
será aquello? No sé la
hora de que amaneciera,
lo más temprano, que pudo
ser, lloré a la muchacha
Eva y para que Concha
no se acordara, le dije
que le dijera al año,
que no era nada del
vino, pero que entequi-
da que perdiera, que
hiciera a favor de subir
Eva y entequida, idolo
acordada, le dije lo que
me pasaba: ¡Eh! Al-
gún procedimiento de
lectura me preguntó!
no, le contesté, No le
apure, me decía tranquilizante,
eso no es
nada, como no va a ser
nada, un timbre de
claridad: "yo quisiera,
que viniera un médico
para, cae lo habrían resuelto"
que nosotros como tenemos

de aquí y me dije lo que
esto significaba; yo mismo,
voy a ir. Se los conté lo-
to, dijo, eran muy fre-
cuentes esos casos, en las
embarcaciones y que yo, más
bien me temía de
problemas, porque me
descongelaba; que
tranquilidad me daba.
Por allí, estaban los
soldados a millares, con-
tando la internacional,
con los puños en alto,
¡que había miedo verlos!
El frente de la Ciudad
Universitaria, estaba
enfrente de la ventana
de mi cuarto; siempre
impulsada, el continuo
hacerlo; ¡pero se me da
que había combatido fuerte,
era terrorista; yo preguntaba
¡cómo me iba a acostar,
a dormir, con todos los
problemas que estaban
cayendo allí! Cuando
el batallón estaba parado,
nos moríamos preguntando,
que aquellos nunca se
iba a acostar, el tran-
que y toda aquella cosa
de inmensa tristeza,
¡pero cuando oíamos, que
la cosa empezaba a aque-

Por, preferiamos, la Calma pue-
samos que ibamos a morir To-
dos!

La Resucitada que estaba allí,
la pobre bendita, me ayu-
dió muchísimo en la salida
del viño. Lo más difícil,
me lo hizo ella y con
muchos primos. Yo también
coja, gran parte del día.
El día que fuimos a com-
prar la ropa, ella fue la
que me acompañó; ¡no
veciamos la hora de quitar-
nos del Centro! Con la pen-
sa, había que dar nombres
y linas, allí me llamé
Ginebra Martini, residía
en Pelaguel 57.

¡que preocupación, para el
movimiento del viño! es-
taba prohibido, dar a luz
en las Calas, además allí,
con lo que se necesita en
estas ocasiones! no había
absolutamente, de nada.
El médico de día, que fue
cuñado, donde me metía

trababan de
una Clínica que el día
de su único interés era
el dinero y la paciencia
de comportaba psicosimp-

sible, me tenne allí i todo
esto, se dice muy parato, que
no había que ver lo que tu-
pi con todo esto!
¡Cosa milagrosa! un día,
salí Vicente, en la calle
se encontró con Pepe de-
ca y le estuvo contando,
todo lo que me estaba
de hijo! Al día, al hos-
pital francés y de comen-
dala, de mi parte. He-
go allí, contentísimo y me
dice: ¡te traigo una gran
noticia, ya tengo donde
llevarte para que la
mayor del mundo! ¡que alegría
más grande! ¡me fue a tra-
tar con el Director, te di-
jo que había 2 locos, que
costaba 700 ptas, el
otro 500, como hasta ahora
el, era el que me
iba a pagar y
decía que los 2 eran muy
buenos, me pareció más
fácil, el coger el de
500. Como no conocí al que
me iba a asistir, me
entró un tanto de des-
confianza, pues era joven,
solo 28 años y me pa-
recía un chico por la prác-
tica. Después, cuando ya
estaba en el hospital,

conoci al otro y era tambien
de esa clase. Vicente, el po-
bre, al fin no pudo llegar
a pagarme nada. Su es-
tado se prolongaba y con
6 niños y sin dinero i que
se iban a hacer. Me
llevó 1.º paso que el medico,
de alli me vió, como
el, le había dicho, para
ver cuánto tenía que costar
i como iba subiendo, lo es-
timaba del hospital i que
pueda más o menos, le
ordenó que me lleve, mi mi-
ra en un hospital, todo
el dinero tenía un millón,
que no podía con él, me
volvió el mismo día para
dijime que devot, al princ-
ipio de verme embaca-
galla, sino que yo, des-
pues, como impide a tener
dantiminos otros, supri-
mieron, se me había
olvidado esto! No podía
entrar todavía, pues no
había cobrado, i yo tenía
muñitos. Me habían
brejtan muñitos otros,
que el medico me había
dijo, que lo más pronto
posible, entraba en el
hospital, que necesitaba
algunos otros, como

antes! mi preocupación era,
¿a quien le podía dimes?
Después de nuestro trabajo,
encontré una señora,
que me prestó 1000. ptas.
Mi empeño era, que me
permitieran, entrar en
ellos, pero no era tan fácil
conseguirlo, mientras la
cosa no estuviese más
afectada.

Como yo creía, que ya
una vez allí, por 15 días
que estuviese, me sería
muy fácil, conseguirme
la salida de aquel
dichoso infierno, por su
dición de la embajada
de franceses, echaba ilu-
sion a mis ojos. Como de
dicho que no había de
contar, se preguntó Vicen-
te, que si del pronto me
regía se sigue se hacía,
dijeron, que en este caso,
me aconsejaban, una
cosa, en cualquiera caso:
La salida del país nues-
tro, del extranjero, vivía
en Madrid, y fui a vi-
sitar, pues tenía permiso
de salida, que al ven-
cer el año, ya no seguía,
más con él, Me había,
había allí un comitá

rojo. La hermana de la d^{ca},
fue una de las que iba, en
aquella celebracion, con ocasion
de la que yo me libere y
me conté los sucesos, que
les tambien les hizo pasar. Los
cuoiron en Colombia,
metidos en un botagon,
sin poder salir para nada
muchos de hombre y le
daban un rancho con es-
peranza, que era, im-
posible comerlo.

En casa de Concha, cada vez
que salia, antes de que me
dieran el dinero, tenia que
pedir para el exorno i el-
lo era agotante: pues bien
salia yo, en la posicion de
nombrado, en q. se encontraba
con. Muchos veces me hacia
el recorrido sin pagar, por
que burlaba la vigilancia
del Colono.

Fueros días se pasaban
nos de profunda melancolía,
colos, todos alrededor de
la cama, nos moríamos!
no vimos nada más, que
los paños rojos, que como
silo, hablaban de sus
victorias, con la convic-
ción, que acabábamos ex-
yendo, la guerra la gana-
rían ellos! Con los aviones
y sobre todo con los obu-
siles, pasábamos los gran-
des ratos!

Esa mañana a las 7,
empieza el ruido a brun-
citar su llegada, que
nada, no me quise ni
acordar. ¡Algo me entequi-
da a la musculatura,
y le dije que avisase
temprado, al señor...
por era a él, a quien av-
saba para G. Concha no
se acuerda que me
había puesto, algo indis-
puesto, subió, en pocas
un minuto, teléfono,
corriendo al hospital,
mientras yo me arr-
glaba, temblando de pies
a cabeza. Injuria y Con-
cha, me ayudaban. Es-
saba la pobre horro-
rada, de pensar que

fuese allí! verdaderamente que
había que ver, lo que esto su-
tiere. Esto para ella i co-
ree. Mi persona por Dios! que de-
ría muy apurada. La am-
bulancia que me llevaba
de fue a Montero 27 y
le dijeron, allí no estaba
personas que volver al hos-
pital y ya allí le volvi-
ron a llevar, era en Mon-
tero. Al fin, anunciaron
que estaban allí los ca-
milleros, preguntando si
quería bajar en camilla,
me daba un pánico tremen-
do, una escalera tan altísi-
ma y estrechísima! Ahí,
que preferí bajar a pie.
De esto en la ambulancia,
fue también. Una vez
pueda en marcha y des-
pués lo a salir, con un
tapero grandísimo y en lo-
mo replicando. Le pedía
a Vicente, se vino como
quien puede, me contestó, no
te permiten! ¡oj en un caso
de prohibición reflejada la
de la mía! En debates su-
ba a nadie y me tuvo
que ir con el chauffeur
y los 2 camilleros. ¡Esto lo han
que preguntado, si se van, los
últimos momentos de mi

vado también pensando,
si no me hacía un obituario!
¡que ya, caíam a gran vel!
llegamos al hospital ¡que
largo una hora corrita,
la! Dales a la señora: ¡me
dicia el camillero, mien-
tras yo cargaba la ma-
ma, para darle una
propuesta indemnización!
¡Como iba yo, no el para
explicarlo! Me llevaron a
una habitación muy her-
mosa y muy limpia, don-
de había otra muchacha,
que había sido operada
de apendicitis ¡Como iba
yo, que después me conta-
ba, que no le di, ni los tu-
mos! Me dijeron, que
me acortaba. Fue el me-
dico a verme, se telefo-
nearon a Vicente, que
trajo, así y no sabía
fidei comar algo, ¡puedo decir
no había probado ni agua!
Me dieron una receta
de café con leche. También
pudió comer, esto no lo
depués a saber, o sea des-
pués, que no me daba
tiempo. A cada momento,
me mandaba a pre-
guntar el tocólogo, ¿cómo
seguía? ¡esto cada tiempo

son tremendos, pero allí te he-
cían de un amofo, que aún
imponía más. Cuando te
coba se aproximaba, llegaron
las enfermeras, con una camilla
y el médico, así cogieron
entre las 4, con la misma
sábana, que tenía en la
cama y me metieron
en la camilla, sobre tapa-
do y me llevaron para te-
nido de pastos. ¡yo lloraba de
indignación! mi compañera
de habitación, que estaba
en el patillo, me contó la
historia de mi vida, que todo
iba a pasar muy pronto.
Al llegar allí, me pusieron
en una cama muy al-
ta y apropiada para tener
labales, donde estuvo un rato,
y dijo que el médico le dice
a la enfermera: ¡esta mujer
trae que Clostridium perfringens
tiene de género. ¡esto es terrible!
¡una bacteria que me
había estado atacando, de
una prima muerta, que
al tomar el Clostridium,
trabaja como una toca
¡que para san de verdad, no
basta allí, una persona que
vive, que se interese de
verdad y dijera que a lo
mejor yo soy un caso para esto!

y con la mayor angustia,
le decía: ¡saclos cloroformo,
¡sacme mil cloroformos y arande-
mo, por Dios que supra, lo
que suprat! pero... cloroformo
no; cloroformo, no... mien-
tras tanto la maestra,
me ponía la mar cacilla;
me trajo un maletín tan
grandísimo grande! que
Pai sin fuerza ya decía:
¡yo me voy a morir! ¡yo
me voy a morir! ¡supi de
tal manera, que cubo en que
en realidad, cubo a pun-
to de perder la vida! ¡si
esto fue así, el secreto
quello entre los 2? ¡cualquier-
ta, se enteraba allí des-
pués, de lo que había pa-
sado: ¡pero a su par, por
la cara que la maestra,
miraba al médico, antes
de yo acabar, de perder el
conocimiento; no me
extrañé; además, que le
vita de particular, si esto
sucedió, después de llevar
3 meses, casi sin comer;
¡ya el médico muerto,
el anuncio, que ese mo-
mento, iba a ser muy
peligroso, para los 2, como
no me pude, alimen-
tar antes!

Después, cuando pasó bastante
tiempo, entre de bromas y de
serias, les decía yo a los otros.
¡Cualquiera sabe, entre los
2, lo que hicieron (si comen-
zo: yo lo que sé es, que una
habían dejado, 1/2 muerta (se
sondearon))
Cuando volví en avión me
dijo el médico: mire, m^o Celso
¡dime aquí un chico! ¡Casi
no me daba cuenta, de
nada! ¡había quedado, real-
mente destruido! ¿que
quieres que haga ahora, me
dijo, que hagan el favor,
de avisar, a casa de Al-
bani. Estaban entera
a ver. Cuando pasó todo,
¡que no sé cuando pasó! Es
que el niño, nació a la 1^{ra}.
Después quisieron de nuevo,
en la camilla, e hicieron
la misma operación,
de antes, de llevarme en la
camilla a la cama, allí
quede ¡más muerta, que
vivi! ¡con unas fatigas,
horribles del cloroformo!
Por la noche, sentían la
cortadura, de llevar al
recien nacido, a una habi-
tación, para que no mole-
stara a la madre, Cuando
vi que la enfermedad, se to

llevo, apretar, de no tener
fuerzas, me incorporé y
le pregunté a la enferme-
rera: ¿eso donde se lle-
va V. a mi niño? A la
farmacia, me contestó.
Yo sabía que allí había
muchos y le insistía, que
no se lo llevara, pero de-
cía, que no había otro re-
medio, por estar allí
marchado, me horrorizó,
me confundí. ¿El
le había, siempre lo ha-
bía conocido, ¿dónde que estaba
en el hall en el Escorial,
cerca de las cosas, que me
preocupaba, me llevaron
a dar a luz, a una de
sus clínicas, era esta y
me habían aconsejado,
le quise al niño una
mirada, con un modo
secreto en la mirada, de
manera, que no se lo
pudieran sacar por la
cabeza, pues ese caso de
congenital, ya se ha-
bía dado, aunque no
en el hospital. Además,
yo ~~me miraba a la cabeza,~~
me la había partido con
dientes. Cuando fui estanco
mejor y lo veía, mientras
la maestra me lo era.

alaba, ¡me moría de pena!
era un completo campesino,
horrible muchísimo, porque
me parecía que se me
iba a morir, yo veía que
allí no había una perso-
na, que de verdad se in-
terese; ¡había tantísima
gente, que no era posible,
atendías bien; ¡las logis-
tas que tuve también,
que dormían en este
hospital!... ¡no es posible,
que recuerde bien, todo
lo que allí pasó. En su
decisión, que podía causar, otro,
que no, y el niño, quedándose
por ahí; me enteré, que se
podía avisar, al médico
de niños, que se quisiera.
Y me acordé de Pepe, que
le mandé a avisar y
fue muy pronto, se pro-
dujo el parto. Cuando los
2, nos emocionamos tanto,
que él se desconcertó y yo
dormí; ¡dormí, el niño, como
el otro, nos despertaban
y corríamos a verlo
¡también brilló! y ¡vive en
aquella situación!... ¡yo
de la emoción, no po-
día explicar bien, en su
poco acertado!... Ya, te 2^{da},
se verificará la entrevista

con una serenidad. Luego,
a los pies de mi cama, le
dije al Director: ¡A esta Chi-
ca, Srá. Mela, envíe si fue-
ra de mi familia; así
es ejemplo. Había, al pie
de la letra, lo que Pape
le indicaba, pero me
acurré con la mayor
presencia, todo lo que ne-
cesitaba para él.

Como era un botín de
trabaja, era desagradá-
bilísimo! porque la vida,
tenía muchísimas visitas
y yo, naturalmente, apor-
tar de lo sumamente
débil que estaba y de lo
que me mandaban, le
vía que apuntaban, se
muestran, era muy me-
na y se portaba muy
bien conmigo, se ator-
braba, de ver lo que yo, es-
taba sufriendo allí.

Cuando el Director se le-
vanta que ir, me lo pata-
ban, antes de tomar el
pecho y después, me había
una que volaba, ¡estaban
bolas de cabeza! ¡Por un
mimo se rompía! ¡sin en-
tender y sin probar me
ver, justo tuvo que estar
mucho tiempo, boca arriba!

que abandonos que había allí!
Con la subida de la ladera, se
me pusieron los pies analisis
mo! El médico dijo, que me pu-
sieron compactos Caliculy, ca-
da 2 horas; esto fue imposi-
ble conseguirlo: se llamaba
al timbre y ya se podía
venir abajo, que iba a caer,
esto conito, él vino lloran-
do, como un desesperado y
yo sin poderme mover;
las palabras que se me
ocurrieron encima, por no
tener las emprezas y no
me acordaba! Con las cu-
ras que me hacian i era
doloroso lo que sufría!
recuerdo, que me decía que
poner ^{un} ~~un~~ castigo que
había en la prisión, enfun-
de de mi cama y me
ponía a pensar, lo que el
Señor sufría, para poder-
las soportar mejor.
A los muy poquitinos días,
por no poder al respirar
me dieron sardinas
para comer.
Me iban a bautizar el
vino, a los 203 días,
pero no puedo ser, por
faltar los ojos en la calle.
Se bautizó a los 8 días.
Tique pena de circunstancia

de fantigo! ¡lo que yo lloraba,
cuando me lo partieron
en los brazos, después de
bajarlo del baulillo! fue-
ron los padrinos, Concha
y Vicente. El baulillo,
un sacerdote que esta-
ba allí refugiado, se bau-
lló, a la vez de otros 2 tri-
bunales de milicianos, el
Instituto de la zona cen-
trala, las circunstancias
no habian para
mas, ¡los otros iban a
dormir bien con unas de
las verdades...! Hubo allí
un suceso, uno de los pro-
prietarios de los otros vinos se
enteró de yo me llamaba
Ortome, el mismo nom-
bre de los otros, que esta-
ban bebidos, me mandó
con el médico, una co-
opa grande y con la ór-
den que estaba ¡me die-
ron unos marcos!...

La V. de Chao, tambien
se parte admirablemente.
Vino a verme todos los ju-
ves y domingos, tambien
me estaba arreglando, pa-
ra ser la parte feliz,
por la embajada in-
terna. Concha y Vicente
tambien iban, muy ame-

nudo a verme, y después fue
veniendo, estas muchas vici-
das. Yo quería, me quedaba que
estuviera en condiciones sa-
lir de allí. Me enteré se
podía, desde 10.000 plas. Se lo
dijo al director, él ten-
draba quien me las fa-
cilitara. También le dije me
presentó, al contul de 900.
cuando, que dijo, que él me
predeaba las 5.000, que no
cien falta, para salir por
ella trabajada. En los
1º días de nacerme el niño,
una lavandera iba a la-
varme la ropa del niño.
Como eran unos monto-
nes, bien grandes, me cos-
taba un dineral, por la
escasez del jabón, así
a los 10º días de nacerme,
ya tenía yo que lavarla
sin tener fuerzas para
nada. ¡Una vez un misi-
co que me vio, se asombró!
El dinero lo tenía que reser-
var para pagar el hospital.
En fin a los 18, o algo así de
nacerme el niño, llegó
una monja a la habit.
Ella y me dice: ¡Mi hijo
dime que ir preparando
sus cosas, ya cumple sus
días y se dice que marchar!

¡Atombomba y muerte de que
no le dije: ¡esos hermanos!
¡que leña y. ¡Atombomba? ¡si
yo aún, no puedo, no
levantar la cabeza de
la atombomba! ¿Cómo me
voy a levantar? Además,
en la casa donde yo
estaba ¡es imposible que
vuelviera a vivir con
continuo; ¡no puedo poner
certificado de trabajo, por
que no soy costilla de la
casa! y sin dormir: ¿cómo
voy a poder vivir a mi
ritmo? Se conoce que te
daban muchos problemas, o que
no crees, lo difícil de esa
situación, lo cierto es lo
que me dio. Se lo conté
toda al director y me
dijo: ¡no tiene que apurarse
por nada, estará
aquí el tiempo que necesite,
trata que te pro-
blemas menores, pasa
tu caso al fondo en
el piso de arriba y si
algún día, te hablas de
marcharse, haga caso omi-
so, porque se para de partir,
debe de su área com-
pañera, de habitación que
les si que no tiene nul-
lidad ninguna, de que-

parte i que tranquilidad
mas incalculable, me cubrió
con celo. Tenia para un
mes de cama, despues de
lo que habia pasado, pero a
los 15 dias, me levantaron
y me daban unos meritos
de un bromo, que me
denia, que volver a andar
no podia dar un paso, me
habia quedado incapaz; ademas,
tenia que seguir
cuidando al niño y alli
no me alimentaba, por
de hacer una orina y
porque se pasaba, bastante
triste tambien, aunque
desde luego, no se podia com-
prar con lo que se pasaba
fuera. Cuando empecé
a salir al jardin, me
daban que llevar, cogido
del brazo. Una vez, me
fizo un botabuelo, me
dan grande, que me fueran
que meter en la cama
tenia un apuro grandisimo,
porque me parecia, imposi-
ble a quedar siempre
ahi!

Una vez el dia, que no se
movia al verso, en la cama
se murieron to muros
405, al dar a luz; no se que
pasa en todo el dia, de

oir con las billetes. No po-
dia quedarme, si un día
en la cama, sintiendo ser
verdaderamente ocupado, porque si no,
al día siguiente, me encon-
traba con doble cantidad
de ropa sucia. Fue que
aprendí a lavar y ves-
tir al mismo tiempo. Cuique-
da me daba muchos mis-
tos, porque me parecía, to-
do a saltar! Fue luego a poner, con
semejanzas Antónia,
con la criada, que me
salieron esos bultos bre-
vemente, en las piernas,
el médico me dijo, tenía
unos varices enormes,
no quería puntarlo, me
fui a ver a Sr. J. J. J.,
para que me diese su
opinión, me dijo no se-
ría nada más que
una falta de cal, muy
abundante. En efecto, a la
1ª. parte de inyecciones, de
calcio Ibol que me puse,
me desaparecieron.
De niño, como tenía tanta
variación, en las clases de
condensada i cada tiempo
era de una marcha. Se
vivieron unos días
prostrados, no se le

podían, cochar, hasta que a
le dio el apuro, producto
basta que caso, Es como había
visto, mi estancia en el
propital se prolongaba
y de todos modos era ido a
poderlo pagar y no tenía
más remedio, que pagar
en cosas pequeñas, lo cumplaba
en ello.

En el jardín había días, que
no se podía estar, de las
paredes que miraban de
la calle, Antes de yo ir,
decían, que habían estado
viendo los libros: porque
decían, que aquellos era
una reunión de socios.
A las 7 de la mañana, lle-
gaban las enfermeras, tra-
biendo las sillas, para
dejar la habitación, había
días, que por haber pasado
mala noche, era cuando
se empezaba a desentor
y ya era imposible to-
rdes empujados hacia
el desayuno, El vino, me
lo ponían en platos copias
de, abriendo puertas y ven-
dones.

se empezaba hablar de la locura
ción del tropical i que alegras
más grande, pentas, que iba
mos a salir, de aquel infier-
no! entonces, me lo casio,
que iba a llegar, la hora
suspirado. De todos mo-
dos, yo tristemente, nada
pudo hacer, por mi ma-
lillo, por ignorar, la par-
ticipa allí, no hacíamos
nada más, que sufrir.
Como noche, cuando siempre
para coger el sueño, me
despierto con suelta dormido.
Fue en la oscuridad de
la habitación, una sombra
que se acercaba hacia mí,
no sabía, si era sueño, o
realidad. Cuando vi que
era cierto, me morí de
miedo: ¡sobresaltado, tanca
con el corazón! Yo se
desperté, me dijo el direc-
tor, soy yo, que vengo a
pedirle los fotos, por que
continúa, la adaptación la
salida de las. Al ver eso,
de la alegría con hombre
que me visitaba el
sueño, se me pasó: ¡no
puedo, ni dormir! Pesean-
do, sólo, que amanece y...
total, para nada, porque
no sale expedición alguna,
y ya tenemos que aceptar,

por no creer nada, cuando
le hablaba, de la concusión
del hospital. Había que ex-
perse con resignación, que
pasase, ese día feliz.

¡ Como me martirizaba te-
ñido, de que, los niños hubie-
sen ido a la guerra. ¡ Yo mismo
fui mi proscripción. Estaba
ante y después, como un
preceptor a decir, que en
calamidades no quedaba
un hombre, en el mundo,
bien a tener, por Johnny
y Luis!

Compararon a decir, el hos-
pital estaba vigilado. Me
pareció, que al 1º que se lo
debía de decir, era a Pepe
deca, Me dijo, que enton-
ces, no se atrevía a ir, que
lo tenía que llevar al hijo,
con un maldito imposible!

En día, cuando menos lo ex-
peraba, me dieron una
cartita; era letra de Ana:
¡ Que emoción mas grande!

Después, ¡ que pena, mas
incalculable! ¡ no quiero acordar-
me! al leer por encima,
lo 1º que vi, fue la palabra
muerto; ¡ no se que se me pa-
tó por la imaginación! me
entró una congoja tal, que
entonces, la otra hora, me

decía: ¡quítale el pedo a ese
uino! ¡quítale el pedo a ese
uino! ¡Mat rodado, te vale
miles de veces! Como tanto,
la muerte del pobre de
García: pero ¿que alquien
pueda que a flor de oídos,
seguir bien: ¡Fuecia con
los libros, que no había na-
da de ninguno!... Cuando
fui a ver a la Sr. de Chas,
para lo del dinero, cuando
aún estaba yo, en casa
de Alberti, ella me dijo, que
por su hija, también aque-
llos chicos muertos, por su
hija, que estaba en Afri-
ca. Como así sucedió, al-
guno me lo increíble,
cuando me lo dijo.
Aunque ya Vicente se había
emborrachado, mi marido no se
daba, en ninguna obra
de Gabriel, que había
sido escrito, de la novela,
en la 1ª ed. de noviembre
del 36, como era natural,
yo no dejaba de hacer, to-
das las anotaciones que
pudiera, que no me dejaba
vivir, la idea de que se
hubiese pasado algo, o que
fuese víctima, de los por-
tes milinos, de los salos-
pes, ¡cuando tenía también

presentado, que no conocía de
vino: y... que precisamente
se habían cumplido sus de-
seos, de que fuera varón,
a mi, me gustaba, con
mujer y eran tantos sus
deseos, de que fuera niño, que
ocurrí yo, queriéndolo también.
¡Cuántos años me lo imagi-
né, ocurrencias, con in-
finitas variaciones!

En Rio, me anunciaron la
visita, de la Srta. de Chao
y que sorpresa tan enorme
me llevaba, una carta de
Suiz, que me facilitaba,
para que saliera, por la
embajada británica, ¡que
lí, me pareció un sueño!
¡Ahora sí, que iba a salir
pronto! Empecé, me lo
empicé a arreglar todo,
yo me creía, que ya iba
a ser, cosa fácil, pero...
¡hay que ver, con lo de di-
ficultades, que tuvo que ser.
¡Por lo 1.º, no había medio,
del que en el consulado bri-
tánico, me peticion en
comunicación, con el que
de había, llevado la carta,
a la Srta. de Chao. Del consu-
lado, me mandaron a la
dirección de seguridad, allí
fui, con esta Srta., ¡con un

medio, de manera que los
tribos que siempre me
parecía, me estaban con
de la cara, que era
facilita (como ellos decían)
y me iban a detener.
Con la dirección, me ve-
ron una hoja, para
que se viera, que
había que tener, 7 ojos,
con lo que se formó, de
los amigos del viaje de
los hijos, que voluere-
mos, pasado algunos días,
de la dirección, nos mane-
jaban al consulado, del
consulado, a la embajada,
para dar un solo paso, para
adelantar el pasaporte, ha-
bia que hacer, mil peti-
ciones, en no sé cuántas
ocas, a la dirección de
seguridad, que estaba
en un 7 gita, menos
mal, que tuvimos la suerte,
que como que había allí,
nos enteró con el centro
interior, que fue nuestra
salvación, pero con todo,
la bajada era tremenda,
pero siempre, elevaba
al ritmo, para que me
hiciera, más suaga, fue-
ron, 7 10512 veces, las que
tuvimos, que ir hasta allá,

para que después, de estar
esperando, todo lo mismo,
nos dijeron, que no estaba
bello. En una vez, metida en
la dirección de seguridad,
había que involucrarse,
con los policías, que hacían
una interrogación, inter-
minable, esto, yo lo igno-
raba y me costó, una
muñeca, maldice, yo decía
mujer de un detenido,
¡Dura, es, cuando me va
a pasar algo! Cuando, un
día, volví al consulado,
me dijo el chico, que esta-
ba en la puerta, que tra-
bia ido, la policía, a la
misma declaración, ¡me
moví! Enseguida, se lo
dije al Director y me dijo,
haría todo lo posible, por
arrancarlo, para que yo,
no tuviera que volver. Yo
bati esto, otro día, volví-
ron y yo estaba, en la dire-
cción de seguridad y habían
dicho, que era pronto, venme
a mi. Salí corriendo, para
el comité, ya había, la
canchilla bien preparada,
justo sabía, que liberar,
era bien seguro, fuese
de la mi confianza, en la
virgen, porque de por mí,

solo hubiera podido tomar
dices, por lo que, pensando
esto, o solo, hablar palabras,
sobre corrientes por la emoción.
La cuenta de mi viaje, era
por haberme quedado solo
y sin recursos, viviendo a
un nivel de 5m y 10, estam-
do muy tuberculosa, sin
tener para mantenerlo
y sin alimentarme, y
fue suficiente. Mi madre,
era inglesa y me vela-
raba, desde Londres, ha-
cia Ponte. me dirigía y
fue el Hospital Francis, don-
de había ido, para que
me viera el niño.
¡Esto es, se cuenta muy
pronto, pero... hay que ver
el ambiente que había allí?
¡Cuando me vi en la calle,
no sé lo que me pasó!
A este sitio, cual que
esto, porque la U. de
Ches, estaba mala. En
mi ambiente, de mostrar
al Dr de Sta In^a y pudie-
ron sorprender, que venia
para dar. Dijo que era
inglesa, pero me acordé
por la calle, que tu te
cuidaba, tenía, natural
del Dr y pensó, esto me

podría decirse con disgusto.
Yo mejor era, que lo arreglase
yo mismo y en la discus-
sion, como el que no quise
de la cosa, le dije mira,
yo te suplico, esta pequeña
equivocacion, como cuando
estaba contentamente de
londres al Pto y viceversa, me
te confundido y te dije, que
era natural de Londres y yo
nací, en una demora que
muy en el Pto.
No le di importancia y me
dijo, se arreglará.
Cuando fui a poner, los dos
los Nachos, me encontré,
con Gervasio Varada y la
mujer, me la presento y
me dijo, me iba a llevar
a Valencia en auto, pues
ellos también querían
llegar, su mujer, se
vendría conmigo y él, en
seguida que pudiese, él,
me alegro enormemente,
pues, aunque yo lo tenía
todo arreglado, por mi
cuenta, pero a lo mejor,
me darían problemas, de
o tres meses, hasta que me
legare el turno, como los
pasaba a otros, Me di
advertir, que eso, que si
no hubiera dado mala con-

ciencia, el consueño in-
glesi, ya parece, se empuja-
to a intentar, por todo
lo que había hecho aquí,
por lo común, pero con
todo, a ellos también, de
estoy muy de verdad, bien
agradecida. Con estos días,
que estuvo expresando la
salida, recibí una postal
de Isabel; que decía con
indiscutible me daba, es-
de vez, que oía, letra de
casa.

Quattro salida, se verificó
el 11 de Agosto del 57. Cuan-
do iba en el auto, de la
compañía francesa, para
Paris de Ginebra, que fue
donde dormí el 10, porque
habíamos de salir, por la
mañana muy temprano,
me parece, que estaba
soñando. Volimos, a las
7, de la mañana, después
de habernos entado, y me
dijo, había llegado, al in-
fin, donde ella iba, los es-
tores, para salir. Fuimos
en un camion, de guar-
dias de noche, con todos los
hijos, ocupados, por sus
familias, y otros, ocupaba-
mos, de pronto, detrás del
conductor, él, llevaba las

Oh, no comimos muy mal.
De vino, lo que que poner
en un vinconito, a un ta-
do, en el suelo, mientras
que comia, con un plato
de abajo de la Anqueta, para
que pudiese seguir dur-
miendo. Tuve que estar
sobre todo, en un sitio
y otro para descansar el
cabezon de vino, para ab-
denia que aprovechar los
paradas del auto, para por
mi vida, mi vida a dete-
ner, toda la expedicion,
con un hospital, me fue
preciso entrar a hospital,
con un medio de curacion,
de que me recuperen. En
medio, lo llevaba, el de
que sale de Indio, pues
habia que ser, las cosas
de aquellas fibras, misandome.
Llegamos al Valencis de las
yaldas, pareciamos unos pi-
lones, de despiertos y de-
resplandecidos, en algo,
que habia verdaderamente.
Despues de muchísimo andar,
llegamos a la fabrica que
nos habia buscado, un
amigo de Curcio, era un
frito altísimo y tuvimos
que subir, sin poder li-
vros de nuestros cuerpos. 1^o

tubieron Fica y Curcio y yo, que
de abajo con mi niño, quedau-
do de las maletas, al subir,
me dice Fica y yo tenemos
habitaciones y me muestra,
la mía y la de ellos, sin
mirar nada, me sienta
con mi niño al lado, yo
no podía más. Al rato, me
viene Fica muy apresada y
me dice: Chico! nos tenemos
que ir de aquí, la dueña
de la pensión, no nos que-
re tener y está infatigá-
ndome, con nosotros, por haber
ocupado las habitaciones y
dice ella, que todo esto,
se había hecho, mientras
que estaba en la calle.
Estaba muy infatigada, por-
que yo me había acobla-
do, tal su caso. Se a-
cuerda, a decirle y a no-
sotros, no se acordó,
por debajo de la puerta,
una carta importantísima
pero eso, que algo visible.
Es de Fica a Fica, que no
me movía de aquella pen-
sión, había que no sabiera
el barco, que solo había
de partir 2 días, que yo
convenía a la dueña,
pero que ella, no le dijere
nada, que me lo había

contado a mi. Pero se fue
con su marido y las niñas,
a buscar provisiones y a almor-
zar. Al poco rato, llegó la
Quinta, aparcada a la puer-
ta de mi cuarto, ya lo
tenis cerrado y como
ella iba con un paquete,
me hice la dormida
y esperé un buen rato;
trata que se quedara
con todo. Entró después,
mucho más tarde, a
decirme que me había
que marchar, porque no
había comida, para mi.
Le dije: es lo único a favor
saber, que me de aunque
sea, cualquier cosa, porque
estoy, que no me puedo
levantar y que nos admi-
de aquí hasta que salga
el barco, que va de un
bien pronto. Ella contestó
después, que le dije esto,
de tal manera, que le
hizo tanta gracia, que no
duos más bonito, que des-
me de almorzar, que lo
hice a la vez que ella
y efectivamente, nos dejó
allí. También a los demás,
ellos nos hablando bien,
de comer, de vino, de
militar un vin con ellos, en

La celda de la zona limpia
i me daba una gran, vuelta
en este plan! Allí, para
lo mismo que allí, fue para
ver a María Alberdi, la her-
mana de Vicente, que se lo
había prometido a este, la
mostraría sus noticias. El
habían venido, que es allí, des-
de Sagunto, de donde había
escapado, él, arrojadamente.
Estaba allí, plantando Joseph.
Habían 7 niños y mi cue-
sta criada, recibiendo los
ellos, que hacer todo. Era
donde se escase de comida,
que tenían, los pobres, que
como una gran cosa, me
dieron para merendar,
un buen ración de uvas
y un poco de pan y yo
fui muy agradecido, porque
en toda Valencia, en
ese época, era algo extraño
dinaris. Un día, me vino
Pica Alilanda, que se fue
me de la prisiones, se
había dicho, que me iba
a poner en la celda, el
dormir del cochon, porque
el vino, se había hecho
una vez piji en el día
Antes de la prisiones, era
una vida y pero... yo no iba
a dormir, a papalo,

Al pretorio de curules, decía
después de un botchón 204
cantar pías, yo el barco,
delante de la vi, que
una casa de muy acon-
trado, como si me cogiera
de sorpresa, y me dice
la niña: sí, es el
Arrepi, del botchón, por
haberse hecho pipi, su
niño. Y le digo: si es que
V. se quiere, aprovecha
de esto, para arrepiarse el
botchón, porque le tucie-
te falta orles, ya es obra
cosa, pero... ¡¡¡ ¡¡¡, que diga
V., que es por el pipi del
niño, con San y sus Dios,
que el agua pueda, me
locrará: ¡¡, le dice esto,
de una manera, más
bien subvile, no fuera
por la cosa, que mostrara
en cólera. ¡¡ ¡¡ ¡¡, mal,
que le cae en gracia y
me lo rebaja. Bueno, de
lo que me oí en Madrid,
era el que me estuvo fa-
cilitando el dinero y después,
cuando entramos en zona
liberada, yo se lo daba a
Pita.
Al fin que salimos para Mar-
sella, esperando el barco
en el muelle de Valencia,

nos dieron un magnífico
lechero servido por marineros
ingleses, dirigidos de un
modo tan formidable y
elegante, como lo he visto en
los otros. Los botes, no se
van de servir, empacados
por los otros, admitiéndolos
pueden ser los otros. En el
mismo momento, nos hicieron
abrir todas las muletas, me
costó muchísimo trabajo por
la cantidad de pedruzcos
picos, que traía del mismo,
Cuzco, de una manera ad-
mirable, para pasar sus
ahojas y una sortija única
que se le dio, para que corriera
de la misma suerte, que
los de ellos. Mientras, que
estaban repartiendo como
muletas, las muletas en la
hora. Cuando me lo dijeron,
me lo podía creer, que lo
hubiera podido haber con
la vigilancia, con la
que se habla! Esos
que repartieron, en la adua-
na, lo le dio a Cuzco, un
crucifijo, porque a él, me lo
iban a repartir, pero por
respeto había de ser como
muletas para el Océano,
me había enormemente
de separarme, de aquel momento

No te digo, sino de todas
muchas gentes y alprías
y tanto, mi marido como
yo, la levamos, o el padre
del niño, el papusito, me-
lito en el pecho, había de-
cho conmigo, con los reco-
ridos, así, que yo iba a
intentar, volverlo, etc
etc también. De las 2 que
regulaban, una era una
dama del campo, a una
muchacha, le robó con toda
preluda, con firme mag-
nífico, a mí, me dije al
ver mi caja de polvos
¡que magnífico! Esto, ya
ahora no se encuentran
y me robó la caja. Yo, en
vuelta de todo esto, cuando
ya que puede escapar, de
sus garras me dirigié a
ella, la iba, con el pre-
texto, que te tenía que
dar el tison de vino.
Se dijo, que si quisiera hacer
el favor, de regalarle un
bici, ni siquiera me
hacía el curcufijo, si lle-
va un melillo, en un bolsillo,
que era muy difícil, que
me lo hubiera encontrado.
Pero... veía la traza de
salir de allí, también, por
mi chaqueta de piel, que

estaba viendo, que también
me lo iban a quitar! El
Destructor inglés, que era uno
de nuestros de embarcar,
estaba a 7 millas de Valen-
cia y tuvimos que ir en
una gasolinera que se
movía, de un modo
imponente! En este traye-
to, me me acordé, pero
falta la parte, no está, que
de hecho, no podía, ni
atender a los niños, que
dormían, se le estaban
encima. Fue cuando
a los tres niños. Al pasar-
nos, de la gasolinera, al De-
structor, un niño se
movió: pues había un
otro partidísimo y los ma-
rinos, para patata el
niño, venían que coim-
da los ojos, al extender
los brazos y me parecía
entonces, que me lo
iban a dejar caer al
agua! que suya, son
de nosotros! Hasta que
llegó, estuvimos allí, ti-
perrando, que llevaban a
toda la brigada. Al
fin, lo que en unos mi-
s, que están en el barco.
A nosotros, nos dieron
una colchoneta a cada

una y una mancha. Con un momento, que me fui, a mi si donde me quitaron el moedat del vino, entonces, me cambiaron de sitio, donde me dieron otro, celebramos, al lado de las maquinas y aquellos era necesarios por que, nos asfixiábamos de calor y si nos repressábamos solo allí, nos moríamos, de frió, así que era, de lo más incómodo. Los obreros, eran de lo más atentos, precisos, hermanos de la España; todo lo que se diga, es proclibito de noche, dando vueltas, preguntando si se hacia falta algo a los vinos, i a nosotros, y todo esto, sin admitir, ni una propina; al principio, iba el barco, que era una delicia, pero cuando empezamos, al golf de Lyon, hera un completo, pequeño de las H&H; cuando fui de madrugada, a la cocina del barco, para hacerle el tiberon al vino, ide los marcos que me dieron, así que me casé, encima del juego; además, con el

movimientos, me costó un
trabajo imprevisto. Mas tem-
prano, nos habíamos leñá-
do, que bajar, al bar del
tarea, porque había un
gato a clover. Esto la
tripulación y hasta la
mitra oficialidad y mu-
chos marineros, iban, ma-
rinos. Fue una batalla
de los tres barcos. había
señores, que decían que
si hubieran sabido, que
iba a ser así, hubieran
preferido, quedarse en
Gibraltar. Yo, tenía unas
fatigas con tremenda, que
me ponía de pie, para
trabaja el tubo, al mi-
no y volví a caer, al
plancha en la tuba.
El marino, tuvo que sa-
carse, delante de mi-
do también, lo tuvo que tra-
er, los cuquitos al niño,
nos ponían, unos cubos
para clover, con una
pelle con repugnante,
que aún, aumentaban
más, las fatigas, el tarea,
se movió al tal marino,
que un señor, salió repre-
tado de la tuba, a la otra
punta del bar y quedó, con
una media, con rocion con

bual, Gracias, que yo le
dije al marino, que
me quito poner, la
colchoneta allí delante,
que no así la pusieron
no fuera a ser cosa,
que el señor, saliese
despedido por 2^a vez, como
si se despidió, que si nos
coge, nos aparta a los
2, al niño y a mí.
En aquella expedición, ve-
rían gente de bestias,
¡comparabilísimas!
Antes de ponerme, tan ma-
te dan mala, con las fati-
gas, me tenía dormido,
y me fui a cubiéndome,
a ver si me acordaba, que
yo sabía, cuando volví,
a tener ocasión para él!
¡el algo, dormido! ¡que co-
sa, qué orar a villosa!
Cree, fueron, de las, las que ten-
damos en llegar a Procelta.
No había coche en el muelle,
que nos pudiese llevar
al convento, de las monjas.
Al Sr. Coronado, con los
niños, nos tuvimos que
sentar, en unos palos, hasta
que llegase alguno, pero, tenía
las niñas, con unas fiebres
de tremenda y fiebres, mi
niño, también iba el pobre.

ellos incapaces; ¡parecíamos
unos bobos! ¡Dices, las
caldas de esos papaveres; al
go importante: ¡Algunos de
nuestros trabajos, pudimos
coger un coche, para
ir al Colegio; ¡no nos quería
la profesora abrir! Dices que
era tarde y estaba prohibido.
¡Sí! que después nos traman-
do: ¡¿cómo nos ibamos a
meter? y entonces, del progra-
ma como ibamos? Como ibamos,
a poder atender a los niños;
¡que pena más grande! Yo
la replicaba a la profesora,
que por favor, nos abiera.
Y entonces, que avisase a uno
de los monjes, que yo era, her-
mana de la Sr. Osborne, que
al bajar, ella y algunas de sus
hermanas, no era posible, que
desatendiese nuestros ruegos.
No había medio, hasta el
cochera, le cogaba, nos dejaba
entrar. ¡Fin fin nos dejó, to-
jó una ancha lencería, que
con las agujas en los ojos,
me enseñaba, de compra-
ción de del momento, que nos
hizo subir; ¡aquello era el
Cielo! ¡tan que corrimos, nos aten-
dieron! ¡que finiera! que nos
parecía mayor bien, después
de salir, de trabajar, con tan-

La fiesta, lo dejaban, que
nos levantáramos temprano,
nos levanté, el desayuno a
la cama, se hicieron des-
de, por completo, de los niños,
ellos daban, admirablemente
de comer, el vino, dormía
en una gran cama, de la
ropa limpia, donde se
prepararon un cómodo mo-
delo, me dio mucha alegría,
encontrarme allí, con ma-
jores francesas, que yo conocía.
Fue fui inmediatamente
a la capilla, a darle al
señor gracias, por haberme
socorrido de aquel infierno.
¡Con que devoción, lo visitaba,
después de tanto tiempo, como
había estado, privada de
él! ¡Aquel colegio es mag-
nífico! Acudimos allí
a dar. Yo fui, a cambiar
el dinero que recibí nos
dio, 500 pesetas que nos dieron
por ellas, 172 francos. Y
también, a aceptar mu-
cha saluda, para el joven
de ley. Fue preguntaron,
quién respondía por mí,
dije, que D. Juan Othón,
los había, decir nada de
los hericos, pues ignoraba, si
vivían todos. Ya, en el cen-
trario, me interesaría, porque

si no, tendría que esperar
la contestación de Johnson,
para entrar en zona
libre de y esto, sería
más tarde.

Con 172 francos, no teníamos
ni para comprar, no podía-
mos, ni comer unos dulces,
que había en los escaparates,
con una cara burlonísima,
que se nos iban los ojos
detrás de ellos, ¡después de tan-
ta hambre, como habíamos
pasado! porque, no nos iba
a alcanzar el dinero.

Con 1.000 de suiz, teníamos
que presentar la documen-
tación y pasaportes, en un
chalet, que estaba a cien-
tos a 566 kilómetros de
la estación y si nos pa-
sáramos el dinero, en un
dosis, ya no nos daba pa-
ra pagar el tren hasta
Zürich, a pie, era imposible
ir con los señores que
estábamos y llegada con el
mismo, en que los domingos
y allí, nos lo pagaron. ¡Pero
con todo, la vuelta. Revi-
mos que suceda a pie y fue
un verdadero cansancio. Todo
esto, solo lo voy contando por
brevidad, ¡pero lo que tuvimos
que pagar y lo que sufrimos,

en él, no había que estar,
con temores y apuros; ¡ya no
sabía que hacer, acordándose
de el estudio para pensar!
¡ya me llamaban, con de-
licadeza y nos miraban,
con verdadera compasión,
comprendiendo, todo lo que
habíamos temido que pasar!
Allí dormimos en autobuses,
que nos llevó a Chamberria,
donde tuvimos que
poner, quien nos guardaba
la llave, fue, desde el
de teléfono a V. Sebastian,
a casa de la Perico y salió
la del de compañía, lo que
me dijo llamaban todos
muy bien, ellos no estaban
allí y entienda que se
entendieron, me avisaron
para ir a los gemos, San
Cristóbal, me dio apuro y des-
morimos, aquella noche
en Chamberria y por
la mañana, fueron por
nosotros ¡Culiciviron de
lo más cariñosos; tuku-
vimos allí 4 o 5 días, yo
estaba en su casa, a
Fila y las niñas, se bus-
caron una buena granja,
por no tener sitio para todas.
Conseguí, la telegrafía a
mamá, mi llegada.

a. Finis, no quise que te dijera, estabas yo allí: la guerra
fue la sorpresa! La sorpresa
me; sin embargo en a todo
ellos, dijo que no, por no tener
dinero de billetes, no hice caso
de ellos y me presenté allí
con la Carmen, 1º salí ahí
a un momento yo quedé de
yo escondida, ¡Carmen me
vio aparecer! ¡Cree que te
habla algo! ¡perdió el trabajo!
Pero que imposible pronun-
ciar mi nombre! ¡muer-
to 2º 3º años y uno proha!
¡Pero...! ¡ma...! ¡María Pensa...!
¡Eh...! ¡Pero! ¡Eh...! ¡Eh...! Esto
ellos, emocionalmente de otra
cosa, ¡inspirando! ¡Elocu-
do! ¡viento! ¡faciendo cada
emociones! de tal manera
que la cosa, que yo está-
ba aguardando, porque
me parecía, que se pro-
nia mala, quedando... ¡no
sé, cuanto tiempo, abaza-
das. Yo creí, que como ella
estaría turbada por la
muerte paulada de mi pro-
mo salido, no se coparía
bien de sorpresa! ¡no por-
nada me presenté delante
de ella, sin antes haberselo
avisado! No quería para-
nada, que me viera, pero

yo no veía ya la hora, de
volver a ellos. El viaje had-
aquí, fue bien pronto por...
ya todo nos parecía nuevo!
Además, en casa de los Reus,
nos prepararon, magníficos
comida... ¡que alegría más
grande a la 1^a que vi, que
a Isabel, que me estaba
esperando, en la estación
de Sevilla. Allí, hice tres
bolsos, siguiendo para ella
¡fue emoción, al entrar
en esta estación y verme
a ellos mis hermanos en el
orden, fue también sea
grande, tan íntima, que
hoy me es para olvidar
¡con el cariño, tan intenso
que los abracé a ellos,
queriéndolos expresar, lo mu-
cho que por ellos había
sufrido. Al llegar a casa,
salí a mi encuentro
Aurora ¡con increíble
alegría se volvió a abra-
zar también y... por
último a mamá, que
estaba mala ¡a ellos
y abrazos me la comía!
Además que en compañía
de los otros, ellos, los que
con la imaginación le ha-
bía creado, pronto, durante
15 meses! ¡Ella, me parecía

con un niño! Pero ya dice:
el deprimido "que no hay
más sin esperanzas" y yo,
te tenía en el alma,
cabeza muy honda,
y me preguntaba, si
tú esperabas la dicha,
de poder abrazar al
símbolo, que me quedaba
ya, o si tendría que
ocurrir, el sacrificio inminente!

EL PUERTO DE SANTA MARÍA, 7 DE NOVIEMBRE DE 1947

Recuerdos de mi infancia en El Puerto hasta que me enteré —cuando tenía ocho o nueve años— de que habían matado a mi padre.

En la casa de la abuela se armó un gran revuelo —según me contó años más tarde mi madre— con la llegada de la hija que venía de zona roja. Por lo visto yo también vine de esa zona roja cuando tenía tres o cuatro meses (ahora tengo diez años), y la llegada de mi madre y la mía fue como una bomba porque se peleaban por nuestra culpa. Vamos, quiero decir que unos estaban de acuerdo y otros no. ¡Si no se hubiera ido de aquí, no le habrían pasado todas estas cosas! ¿Y ahora qué va a pasar con el niño que trae?

Mi madre me decía, cuando ya fui siendo un poco más mayor, que todo el mundo la recibió muy bien... Claro que ella se había casado con quien había querido, sin preguntar ni contar con nadie, y esto, en aquellos tiempos, no les pareció del todo bien. Y claro, volver de nuevo a casa de su madre con un niño de tres meses, donde, además, había otras hijas solteras, era una lata...

Pero quiero contar cómo fue mi llegada a El Puerto. Claro, yo no lo recuerdo porque era muy chico, pero cuento lo que me ha dicho mi madre, y luego mi abuela, porque mi abuelo, que se llamaba Juan y tenía unas bodegas y mucho vino, no vivía ya. Pues cuando vine mis tíos estaban casi todos en el andén de la estación en el momento de llegar el tren, creo que de Sevilla. Allí, cuando mi madre bajó del vagón, la abrazaron todos y yo fui de los brazos del uno a los del otro en medio del humo de la estación y del calor. Mi madre estaba muy contenta de ver a sus hermanos y por volver a su pueblo, donde había jugado de pequeña, pero estaba también triste porque mi padre no estaba y, además, no sabía cómo buscarlo...

Pero lo más gracioso —a mí me gustan mucho los soldados y las guerras y tengo un caballo blanco de cartón con un capitán que se llama Franco— era que cuando llegué a casa de mi abuela había allí unos soldados viviendo que decían que ayudaban al del caballo blanco para terminar con la zona roja o algo así. ¡Qué lío!

La cosa es que aquellos señores, que eran muy simpáticos según mi madre, y que hablaban muy mal el andaluz, vamos, el español, me cogían en brazos y me subían por encima de sus cabezas, como se hace con los niños chicos para hacerles reír, y todo el rato decían: «¡El piccolo! ¡El piccolo!».

Bastante tiempo después, cuando ya se habían ido de casa —yo no los recuerdo—, he llegado a ver algunas fotos. Creo que eran dos por lo menos. Y sobre todo hasta hace poco andaba por los cajones una foto mía, cuando yo tenía cuatro o cinco

meses, con la gorra de oficial de uno de ellos sobre mi cabeza. Creo, no me hagáis mucho caso, que eran italianos, y por lo visto «piccolo» en Italia significa pequeño y por eso me llamaban así...

A mí, la verdad, como era muy pequeño, todo eso que empezaba a contarme mi madre de la zona roja, los italianos que venían a ayudarnos... me importaba un pimiento. Sí me importaba, y mucho, saber el por qué yo no tenía padre como la mayoría de mis primos. ¿Y dónde estaba? ¿Y por qué no venía? Y nunca me decían nada... A veces cuando les hacía estas preguntas, se disgustaban y miraban para otro lado... y lo mismo hacían otras personas mayores. Luego ya me iba a jugar y se me olvidaba la guerra, mi padre y los italianos.

¿A mí qué me importaba todo aquel jaleo de los mayores, que no había quien los entendiera y que solo se preocupaban de hacerme la vida imposible? Que cogiera así la cuchara y que me lavara los dientes y que tal y que cual. Pues a las niñas del colegio de monjas donde me estaba preparando para la primera comunión, a los cinco o seis años, cuando me lo preguntaban, les decía que no lo sabía y ya está. Yo creo que en el pueblo la gente comentaba lo de mi madre, que vino de la guerra con un niño y el pobre marido, ¡mire usted!, que no llega. Y son cosas que pasan. Y qué horroroso, todo ha sido un horror. Y empezaban a contar de un caso y de otro, y del otro que le había pasado tal y cual. ¿Sabe lo del hermano del de la tienda de la esquina? ¿Y lo de la hija de Fulanita? ¿Se acuerda usted de ella? Bueno, ¿y qué me dice de lo de Muñoz Seca? Que nació aquí, en la misma manzana de casas, un poco más abajo, enfrente de la Iglesia de la Concepción. ¿Pero no se ha enterado usted? —comentaban un día en el colegio—, ¡lo han matado en Paracuellos!

Y de pronto todas las monjas con sus tocas negras de picos blancos almidonados temblando en el aire... enmudecieron y se quedaron mirándome con una cara muy rara, como de pánico... como si hubieran dicho algo terrible y esperaran mi reacción... No las entendí, de verdad. Parecía que había hecho algo malo y yo también me quedé mirándolas sin comprender qué... hasta que una de ellas, tras unos segundos de silencio, me cogió en brazos y me besó. Me acuerdo muy bien porque siempre me raspaba la toca.

Por cierto, que luego supe por unos compañeros, cuyos padres decían mis tíos que eran raritos, que un tal Rafael Alberti —del que nunca me enseñaron nada en el colegio a pesar de ser de El Puerto— vivió en la misma manzana de casas donde nació Muñoz Seca y donde estaba el colegio de monjas que aquel día, cuando me estaba preparando para la primera comunión —tendría yo cinco años, o sea, hace cinco o seis—, se quedaron tan calladas como mirándome en silencio.

Yo, la verdad, vivía feliz... Nadie hablaba ya de los italianos de los que solía contar cosas mi madre y mis tíos, y mis únicos recuerdos de guerra eran los camiones y tanques que recortaba del periódico, que hablaba de una «guerra lejana» por Alemania o por ahí.

¡Miento! Yo guardaba en mi memoria una especie de soldados que vi un día —en

otros momentos pensé que lo había soñado— que estaban sentados en la tapia del colegio de los jesuitas, convertido quizás en hospital... Estaban llenos de vendas sucias. Algunos con botas y otros con la parte de arriba del uniforme. Ninguno lo llevaba completo y mucho menos abrochado. Tenían barba de varios días y hablaban un lenguaje que no entendía. De verdad que aquella especie de visión me perseguía por las noches desde que yo tenía unos tres años...

El otro día uno de mis primos mayores me sacó de dudas. Sin yo preguntarle nada me dijo: «¿Te acuerdas cuando íbamos a ver a los moros heridos en las tapias del colegio de los jesuitas?».

Mi madre había encargado a un carpintero de Jerez un cuarto con dos camas y unos muebles buenísimos, y los había puesto en uno de los cuartos de la casa de mi abuela. Recuerdo que cuando llegaron —siendo yo también muy pequeño— le pregunté: «¿Para quién es esa otra cama? ¿Es para mí?». «¡No —me contestó— es para tu padre!» Y entonces yo le insistí: «Pero si nunca está». Y ella me dijo —lo recuerdo muy bien aunque yo era pequeño pequeño—: «Vendrá pronto».

La verdad es que con cuatro o cinco años me había acostumbrado a no poner cara a mi padre... Tenía a mi madre, a mi abuela, a mis primos, a las monjas... aunque, de vez en cuando, me encontraba algo que provocaba mi curiosidad. Por ejemplo, un día registrando en los cajones de los muebles olvidados de aquella enorme casa, me encontré una corbata y una maquinilla de afeitar con cuchilla y todo. Cuando se la llevé a mi madre, se asustó, porque creyó que me iba a cortar y nerviosa y medio llorando me chilló —cosa que no hacía nunca— y me preguntó que de dónde la había sacado... Luego, ya más calmada —tampoco era para que me riñera tanto...— me dijo: «Dame la corbata, que es de tu padre, ¿sabes qué?, pues que el último día que lo vi no se la pude dar en el hotel donde estaba antes de irse de viaje...».

«¡Tu padre no va a venir! ¡Tu padre no va a venir!» A Pedro yo no lo podía ver. Feo, negro, tenía casi bigote con ocho años... siempre nos dábamos patadas jugando al fútbol, pero cuando decía aquello de que mi padre no iba a venir, en el fondo, yo creía que tenía razón. Mi madre no me hablaba nunca de mi padre, ni las monjas del colegio... ni en mi casa, ni mi abuela, ni mis tías, ni mis primos, ni las maestras... Era algo de lo que no se hablaba jamás, solo Pedro, y parecía algo como prohibido, o, quizás, tan natural, como que no estaba y ya está.

Un día, bastante antes de hacer la primera comunión, recuerdo que una tarde la casa estaba casi a oscuras y en silencio. Yo iba buscando a mi madre y cuando me acerqué a su cuarto, oí que estaba llorando. Pero llorando mucho, acostada en una de sus camas nuevas que la habían traído. Me acerqué casi a tientas muy asustado y la toqué, pero no se dio cuenta de que yo estaba allí hasta que pasó un rato... Luego me abrazó y me acarició la cabeza sin decirme nada. ¡No recuerdo un abrazo así de mi madre! Le dije que no se preocupara... que yo le había dicho a las monjas que me iba a portar bien... luego llegó mi abuela y uno de mis tíos y se abrazaron a ella...

Volví a mis juegos. A mis andanzas, explorando habitaciones de la casa de mi

abuela cerradas desde hacía años. A encerrarme con los gatos de la bodega como si fuera un cazador o un domador de fieras... andando por los tejados de toda la manzana o haciendo excursiones al cuarto de los italianos, donde había un balcón que daba a una de las naves llenas de botas de vino desde donde subía mucho fresco en verano y un rico olorcillo.

Pasado un tiempo —hace pocos meses, cuando decidí escribir esto— se planteó que yo tenía que ir a un colegio de chicos más mayores y dejar las monjas. Un día mi madre me llevó con un primo mío hasta la Casa de Ejercicios que los jesuitas tenían camino de Rota. Cuando llegamos, ella se fue a caminar entre los pinares con un cura alto de cara muy blanca dentro de una sotana negra negra...

Mientras ellos hablaban, yo me había ido a jugar al balón con mi primo en una explanada cercana. ¡Ha sido gol...! ¡No ha sido!... la cosa es que el balón se fue hacia donde caminaba mi madre y me acerqué, sin que ni ella ni el cura se dieran cuenta de mi presencia para recoger la pelota... Y sin querer, de verdad, oí la conversación:

«Es necesario, padre, que lo admitáis porque, como sabrá usted, a su padre, a mi marido, lo asesinaron en Paracuellos».

EPÍLOGO

La tragedia de una señorita bien de El Puerto

Terminado de leer este admirable libro de Javier Alonso Osborne, lo cierro y pienso: Osborne, Puerto de Santa María, Fernán Caballero... Algo de esto, de la Fernán Caballero, tiene que haber en la inmensa capacidad narradora de María Teresa Osborne. Sí, algo de la sangre literaria de Cecilia Böhl de Faber, de la hija de Doña Frasquita, la de la tertulia gaditana, tuvo que mezclarse con todo el tronco de los Osborne cuando su hermana Aurora casó con Thomas, fundador de la bodega del patio de las jacarandas.

¡Qué bien cuenta las cosas María Teresa Osborne! Qué inmensa capacidad para transmitirnos su dolor. Su soledad. Su angustia. Su amor. Su miedo. Qué maravilla de ciudad el muy literario Puerto de Santa María, que produce estos prodigios de escritura como el largo testimonio, el arrebataador alegato de María Teresa Osborne. Mucho se ha hablado de El Puerto de Rafael Alberti, de El Puerto del Colegio de los Jesuitas donde coinciden, cualquier cosa, de Juan Ramón Jiménez a Rafael de León, media nómina de la literatura española. Pero muy poco se ha hablado de aquella sociedad burguesa y refinada, de un Puerto de bodegueros y comerciantes, de cónsules extranjeros, de goletas que van a Londres y bergantines que vienen de La Habana. Un Puerto de una sociedad exquisita, en la que no solo está el monumento de sus casas de cargadores de Indias, sino el patrimonio inmaterial de una burguesía emprendedora, casi inexistente en otros lugares de Andalucía.

Lo que más me ha sorprendido es que esa admirable burguesía comercial de El Puerto en el primer tercio del siglo xx produzca personajes tan delicados y refinados, en una palabra, tan cultos, como María Teresa Osborne. La autora de este diario impresionante, de este expresionista relato del dolor, el amor y la muerte, no era una escritora. No tenía vocación literaria, ni formación humanística superior. Era una señorita bien de El Puerto de Santa María. Nada más y nada menos que una señorita bien de El Puerto de Santa María, a la que la cultura, como a todos los andaluces que pisamos este bendito suelo, le entraba por la planta de los pies y la capacidad narradora, no sé, quizá le viniera de la sombra de aquellas jacarandas en flor del patio de la bodega de *mister* Thomas Osborne, sombra morada del martirio familiar, morada de la franja usurpadora colocada a la bandera de España.

Y qué temple tenía aquella señorita bien de El Puerto de Santa María que escribía como los ángeles. De este libro me ha impresionado la capacidad de tirar para adelante de esta mujer admirable. En las peores circunstancias. Sola de toda soledad en el ojo del huracán de la mayor tragedia de España que vieron los siglos. En un Madrid hostil, sin familia, con el marido asesinado por los rojos y con un hijo en su

vientre. Bendito fruto de tu vientre, María Teresa Osborne, que ha guardado este rito de fidelidad a la memoria de su madre y ha podido, ha sabido y ha querido rescatar los papeles escritos por su letra picuda de entereza de señorita bien de El Puerto que siguiendo el destino de un amor se tuvo que convertir, a la fuerza, en mujer fuerte en el Madrid rojo, bombardeado, hambriento, oscuro, sucio, donde nadie conocía a nadie ni quería conocerlo, no fuera a ser que lo delatara.

La familia de Isabel, mi mujer, sufrió semejantes horrores del asesinato de los varones en unos Paracuellos de pueblo de los que nunca se ha hablado suficientemente. Conozco, pues, de cerca este horror, esas tristes historias de fusilamientos de las que algunas veces alguien no quería hablar en la familia. De aquí el valor del libro que acabo de leer, impresionado por la figura de María Teresa Osborne. Con estas páginas, Paracuellos es más que un nombre. Los crímenes de la Guerra Civil, algo más que la cifra de un asesinato en la marea alta del odio y de la sangre. Qué cercano nos hace el terror María Teresa Osborne, cómo consigue que lo sintamos con ella, sola, con un niño en brazos, en una España partida en dos, con la familia inmensamente lejos, como el mar.

Gracias, Javier Osborne, por este homenaje a tu madre en forma de libro de su memoria triste, que te honra. Muchas gracias, Javier, porque nunca la masacre de Paracuellos fue contada con tan hondas, tan sentidas, tan certeras, tan precisas palabras de una española a la que le asesinaron el marido. Era una señorita bien de El Puerto de Santa María que en la espera y la esperanza de un hijo se creció ante la injusticia del destino, ante la locura colectiva, y nos dejó la reciedumbre con letra picuda e inglesa de este testimonio de una mujer fuerte en una España martirizada.

ANTONIO BURGOS
*Sevilla, 1 de abril de 2009,
70 aniversario del fin de la guerra*

Anexo

MADRID / PARACUELLOS, 7 DE NOVIEMBRE DE 1936

La capital de España era un caos el 7 de noviembre de 1936. Los mandos republicanos consideraron que, aunque la guerra no estaba perdida, Madrid sí lo estaba. El pánico se había apoderado de muchos de sus habitantes. Las tropas franquistas estaban a las afueras de la ciudad y habían tomado los accesos a la capital por el sudoeste, estando ya muy cerca de la Ciudad Universitaria, del barrio de Argüelles, donde se encontraba la cárcel Modelo (solar actualmente ocupado por el Ministerio del Aire), y en plena Casa de Campo, a punto de cruzar el Manzanares.

Tan convencidos estaban los republicanos de que la caída de Madrid era inevitable que decidieron una vergonzosa huida hacia Valencia, con Largo Caballero a la cabeza, seguido de ministros y altos cargos —el presidente, Azaña, estaba en Barcelona—, dejando sus despachos vacíos, las llamadas sin contestar y dos sobres que fueron entregados a los generales Miaja y Pozas, con la absurda prohibición de abrirlos antes de las seis de la mañana. «Fue entonces, con ocasión de la marcha del Gobierno y el temor de la ocupación, cuando se produjo la más brutal de las matanzas llevadas a cabo en territorio republicano». (Santos Juliá. *Historia de España*, Menéndez Pidal, Tomo XL, «República y guerra civil», pág. 137, Espasa Calpe, 2005). Miles de presos de las cárceles de Madrid (Modelo, Porlier, Ventas y San Antón) fueron fusilados.

La tarde del 6 de noviembre

¿Pero qué pasó aquella tarde-noche del 6 de noviembre tras la huida de Largo Caballero, con la capital sumida en la anarquía, las dudas, el desconcierto, y el acertijo de los dos sobres que no se podían abrir? Pues que, al final, los abrieron, y comprobaron que contenían instrucciones para la constitución de la Junta de Defensa de Madrid: «El Gobierno ha resuelto, para poder continuar cumpliendo su primordial cometido de defensa de la causa republicana, trasladarse fuera de Madrid y encargar a V.E. de la defensa de la capital a toda costa...».

Ya durante la noche del día 6 y primeras horas del día 7 se acordó llamar consejerías a los departamentos que se ocuparan de los distintos cometidos de la Junta de Defensa, llamando a los titulares de los mismos consejeros.

Presidente: José Miaja Menant

Consejero de Orden Público: Santiago Carrillo Solares (Juventudes Socialistas Unificadas)

Suplente: José Cazorla Maure

Había consejerías de Industria, de Comunicación, de Guerra, etc. Pero estas no

nos interesan para la historia que nos ocupa (el general Pozas era jefe de Operaciones del Ejército del Centro). Aunque estos nombramientos no se hicieron públicos hasta la distribución, el día 13, del Boletín Oficial de la Junta de Defensa Número 1, con fecha de 8 de noviembre, parece que algunos de los nuevos cargos aquella misma noche, del 6 al 7 de noviembre, comenzaron a ejercer su función.

En el citado boletín ya Santiago Carrillo dispone que en la Dirección General de Seguridad habrá un consejo presidido por Segundo Serrano Poncela (nombrado por él) y añade que este consejo entenderá en todo cuanto se relacione con el mantenimiento de detenciones y libertades, así como también en el «movimiento, traslado, etc., de detenidos».

Lo cierto es que en la madrugada y durante el resto del día 7 se produjo en la cárcel Modelo una de las sacas más numerosas y terribles de toda la guerra y entre los prisioneros se encontraba Francisco Alonso Sotillo, vuestro abuelo.

Una evacuación semejante no se organiza en dos horas

Para organizar una expedición de esta envergadura y el traslado a otros centros de cientos de presos de la cárcel Modelo a lo largo del día 7 de noviembre, hace falta tiempo, personal, vehículos y milicianos. Con el «ejército rebelde» a las puertas de la ciudad. Con la escasez total de camiones, gasolina y «voluntarios» —quitar a alguien de las trincheras del frente era algo impensable— es muy difícil llevar a cabo una evacuación de estas características de un día para otro. Lo más lógico es pensar que todo estaba planeado con anterioridad a la entrega de los famosos sobres que contenían las instrucciones para la constitución de la Junta de Defensa. Probablemente para que fueran consentidos estos traslados se alegarían órdenes dadas por Ángel Galarza, ministro de la Gobernación —también huido—, que ante el temor de que los miles de presos políticos que se hacinaban en las cárceles se unieran al enemigo, quería llevárselos lejos, a Valencia.

Los responsables de que muchos de estos presos no llegaran a otras cárceles alejadas del frente y su destino fuera finalmente Paracuellos y Torrejón es ya más delicado. «Los comunistas se justificaron de forma poco convincente alegando que los autocares habían sido asaltados en unos puestos de control anarquistas a las afueras de Madrid —opina Paul Preston en su libro *La guerra civil española* (Plaza y Janés, págs. 141-142)—, pero se trató de una decisión militar deliberada».

Una noche en el metro

Carrillo recuerda en sus memorias (Planeta, págs. 233-234) que aquella misma noche del día 6 empezó a hacerse cargo de sus responsabilidades, aunque la constitución formal de la junta se hiciese al día siguiente. Y añade que en aquel momento se acordó proponer que la Consejería de Orden Público la ocupara él, proposición que aquella misma tarde, en reunión urgente con el general Miaja, este aceptó. También asegura que aquella noche la pasó en el metro elevando la moral de la población

pronunciando mítines.

«De la evacuación a Valencia se encargaron las Fuerzas Militares —le dice Carrillo a Ian Gibson durante la entrevista que le hace para su libro *Paracuellos, cómo fue* (Plaza y Janés), y más adelante añade—: Parece ser, parece ser, yo confieso que en ese periodo no tuve ninguna idea clara del asunto, parece ser que en el camino por lo menos a parte de esa gente hay fuerzas que les detienen y les ejecutan».

Prisioneros en el monasterio

Este breve bosquejo histórico de la situación de Madrid los días 6 y 7 de noviembre de 1936 creo que os puede servir para que comprendáis mejor el diario de vuestra abuela María Teresa y los terribles días que pasó vuestro abuelo. Muchas veces a lo largo de tantos y tantos años han acudido a mi mente imágenes que quizás, en ocasiones, podrían estar muy cerca de la realidad. Para apoyarlas, para convencerme de que son verdaderas, he buscado documentos no siempre fáciles de conseguir (que veréis al final del libro), así como la casa donde vivieron y donde trabajaba... he seguido su rastro, borrado casi tanto tiempo después, y me he emocionado al descubrirlo, al ver lo que pasaron y cómo vivieron. He tocado con la yema de mis dedos los muros de granito del patio donde estuvo prisionero y oigo la voz de mi madre diciendo: «Lo mataron por estar en el patronato del monasterio». Fue administrador interino del patrimonio Nacional, entidad encargada de la conservación del monasterio, y, aunque tradicionalmente la relación entre los funcionarios y la comunidad es escasa, no cabe duda de que, visto desde fuera, existía una vinculación. «La persecución religiosa era terrible. Por ir a misa te detenían y te acusaban de fascista... y a tu padre lo asociaban con los agustinos. ¡Trabaja en el monasterio con los curas!, comentaban en el pueblo...»

El mismo 18 de julio de 1936 —ya les tenían ganas—, ciento doce agustinos que estaban reunidos por la toma de posesión de un nuevo prior de la comunidad fueron encarcelados en las propias estancias del monasterio. El día 6 de agosto, ciento seis religiosos fueron trasladados a Madrid en tres autobuses que los llevaron a la prisión de San Antón, donde fueron recludos en una gran sala —en esa misma prisión estaba el comediógrafo Pedro Muñoz Seca, que fue asesinado también en Paracuellos—. Solo durante los días 28 y 30 de noviembre murieron en Paracuellos sesenta y tres agustinos y algunos más el día 7, probablemente junto a Francisco Alonso Sotillo, que les reconocería de cruzarse con ellos por los largos pasillos de piedra en el crudo invierno del monasterio, intercambiándose una mirada cómplice.

La madrugada del 7 de noviembre

Ya habéis leído que Madrid era un caos. Que el gobierno republicano había huido. Que las tropas de Franco estaban a punto de entrar en la capital. Que la ciudad se estremecía de hambre, de miedo, de obuses, de incertidumbre... En la madrugada del 7 de noviembre de 1936 cientos de presos hacinados, tapándose con las pocas

prendas que habían podido coger al ser detenidos, permanecían en las diversas galerías de la cárcel Modelo. Francisco Alonso Sotillo, vuestro abuelo, era uno de ellos.

Del frente cercano llegaba el ruido de las explosiones. Luego silencio. Y de nuevo un enfurecido combate con fuego de ametralladoras. De repente, tras un leve chirriar de cerrojos, apareció un miliciano con una larga lista de detenidos que iba leyendo a la mortecina luz de una vieja linterna. «¡Los que nombre que salgan al patio para ser trasladados!» Luego les ataban las manos a la espalda y junto a los otros presos les subían a uno de los autobuses de dos pisos que entonces había en la capital para el servicio público.

Posiblemente al cruzar Madrid a oscuras, tan temprano y al no verles las manos atadas, alguien diría: «Los llevarán al frente». ¿Irían desde la Moncloa por la calle Princesa? ¿O quizás por la Cibeles, la calle Alcalá, y el Retiro para coger la carretera de Aragón? Tendrían que pasar al menos dieciséis controles, por lo que tardarían en llegar a Paracuellos. Una vez allí, en grupos de quince o veinte, eran acribillados por pelotones de treinta o cuarenta milicianos a los que apenas les daba tiempo de volver a cargar las armas, calientes, exhaustas de muerte... Francisco, vuestro abuelo, de pie, erguido, mientras miraba posiblemente el resplandor del amanecer, sintió una bala estrellarse contra su pecho y, cayendo de espaldas en la grieta abierta en la tierra por el terremoto de la guerra, desapareció en el abismo de la eternidad.

Apéndice documental

Don **MANUEL IGNACIO SEHANTE ESPLA**

Juez Municipal _____ y Encargado del Registro Civil del Distrito de Buenavista, de esta Capital (Juzgado número tres).

Libro 253
Folio 91^{to}
Núm. _____

CERTIFICO: Que según consta del acta reseñada al margen y correspondiente a la Sección I de este Registro Civil, *Francisco Javier Alonso y*

Osborne NACIÓ

el día *veintinueve* de *abril*

de mil *novecientos veintinueve* y es hijo

de Don *Francisco Javier Alonso Sobell*

y de Doña *María Teresa Osborne Casas*.

Núm. 50 d. Tip. Guillén.

Y al solo efecto de *justificar el nacimiento*

expido la presente

en Madrid a *ocho* de *octubre* de mil *novecientos cuarenta*.

El Secretario,



Manuel Sehante Espla

[Signature]

Certificado del acta de nacimiento del hijo de María Teresa, según figuraba en el Registro Civil del distrito de Buenavista en el año 1940.

DIOCESIS
DE
MADRID-ALCALA



PARROQUIA
DE

Periodo de la dominación roja
Archivo del Provisorato

Extracto de la partida de bautismo

Del libro de bautismos corriente fotex..... se deduce que:
FRANCISCO JAVIER JUAN DE LA SANTISIMA TRINIDAD.....
nacido el 21 de abril..... del año mil novecientos treinta y siete
hijo legítimo de D. Francisco Javier Alonso Sotillo, natural de
Villanueva de la Serena (Badajoz).....
y de D.^a María Teresa Osborne Tosar, natural del Puerto de
Santa María (Cádiz).....
ha sido bautizado el 20 de abril..... del mismo año.
Abuelos paternos Manuel Alonso y Estelina Sotillo.....
Abuelos maternos Juan Osborne y Joaquina Tosar, naturales del
Puerto de Santa María y Londres.....
Padrinos.....
Nombre del Ministro Alfonso Franco Olivier.....



Madrid El de junio de 1939

Año de N.^a Victoria

Alfonso Franco Olivier

NOTAS: El bautizado nació en el Hospital de San Luis de
Los Franceses de Madrid y fue bautizado en la capilla
del mismo hospital.

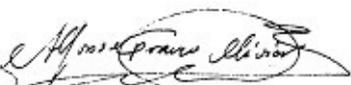
[Signature]

Imp. "Los y Vida, S. A." P.^a de Ricci, 9.

Partida de bautismo en la que se especifica que nació en el Hospital de San Luis de los Franceses, donde asimismo fue bautizado.

Baptême. En la ville de Madrid vingt-huit du mois d'Avril
 de l'an mille neuf cent trente sept, dans la Paroisse
 de San Luis des Français, moi le
 Francisco Javier Jullé de l'Hôpital Saint Louis des Français, moi le
 an de la S^{te} Trinitad Janto Franses Olivier, prêtre du diocèse de Madrid
 ai baptisé solennellement un enfant du sexe mas-
 culin, né dans ce même Hôpital le vingt-et-un le
 Alonzo 28 Avril 1937, fils légitime de Francisco Javier Alonzo
 Othorge Solillo âgé de 46 ans, originaire de Villanueva de
 la Serena (Badajoz) et de Maria Enceta Dobson-
 gosa âgé de 34 ans, originaire de Puerto de Sta Maria
 (Cadix) domiciliés à St. Geronimo.
 Les grands parents paternels sont:
 Manuel Alonzo originaire de Villanueva de la
 Serena, et Estelina Solillo originaire de Puerto
 de Santa Maria (Cadix).
 Les grands parents maternels sont: Juan Dobson-
 Guayada originaire de Puerto de Sta Maria (Cadix)
 et Conquerina Gosa originaire de Londres.
 Les noms de Francisco Javier Juan de la Santissima
 Trinidad ont été donnés à l'enfant.
 Le parrain a été Nicento Almonte.
 La marraine a été Concepcion Aguar

En foi de quoi nous avons signé le présent
 acte
 en Madrid le 28 avril 1937


 et 
 Concepcion Aguar

Facsimil de la partida de bautismo, écrite en français, tal como se encuentra actualmente en la Iglesia de Saint Louis des Français de Madrid.



Nº 302346

CERTIFICACION DE PARTIDA DE MATRIMONIO

Parroquia Ntra Sra de los Milagros
Diócesis Sevilla
Provincia Badajoz
Libro 79
Folio 27
Núm. 88

Don Manuel Salido Gutierrez, Pbro
Encargado del Archivo Parroquial de Ntra Sra de los Milagros
Diócesis de Sevilla

CERTIFICA: Que según consta del acta reseñada al margen, correspondiente al Libro de Matrimonios,

D. Francisca Javier Alonso Sotillo
natural de Villanueva de la Serena, Diócesis de Badajoz
domiciliado en U. Gerreal, calle ..., n.º ...
Provincia de Ciudad Real, de ... años de edad,
de estado ... hijo de D. Manuel Alonso Juan
y D.ª ...

y D.ª María Teresa ...
natural de Puerto Santa María, Diócesis de Sevilla
domiciliada en ... calle ..., n.º ...
Provincia de Badajoz, de ... años de edad,
de estado ... hija de D. Juan ...
y de D.ª ...

CONTRAJERON MATRIMONIO el día 17 de Abril de 1936,

en la Iglesia de Ntra Sra de los Milagros

Asistió al matrimonio el Presbítero D. ...

Fueron testigos: ...

Encomendados: ...

Puerto Santa María a 4 de Noviembre de 1964



Handwritten signature of the priest

Notas marginales

Certificado del matrimonio de María Teresa y su marido, que se casaron el 17 de abril de 1936 en la Iglesia de Nuestra Señora de los Milagros, en El Puerto de Santa María.



CERTIFICACION EN EXTRACTO DE ACTA DE DEFUNCION

Libro 41
 Folio 180
 N.º 229
 Proveniencia del documento en su caso:

Don JOAQUIN CODAS CONTRERAS
(Nombre y apellidos)
 Juez COMARCAL DE SAN LORENZO DE EL ESCORIAL
 provincia de MADRID y Encargado de su Registro civil.

CERTIFICO: Que según consta del acta reseñada al margen y correspondiente a la Sección III de este Registro civil,

D. FRANCISCO JAVIER ALONSO SOTILLO, ---
 nacido en Villanueva de la Serena (Badajoz)
 de cuarenta y seis años, ---
(Edad o fecha de nacimiento)

e hijo de Manuel y de Etelvina de estado casado con Doña María Teresa Osborne Tassar, de cuyo matrimonio quedo un varon llamado Francisco Javier Alonso y ademas tambien otra hija llamada Etelvina Cipriana Alonso Lopez de su primer matrimonio con Da. Isabel Lopez Sanchez.

FALLECIO

en Paracuellos del Jarama
 el dia siete de Noviembre de mil novecientos treinta y seis, asesinado.
(En letra)

San Lorenzo de El Escorial, a 10 de Diciembre de 1936.
Firma del Encargado del Registro Firma del Secretario

COPIA
COPIA 2,40 Ptas.
COPIA (Art. 25, Ley del 19-7-1915)
COPIA
COPIA Ptas.

MOBILIO REGISTRADO, aprobado por Orden de 24 de marzo de 1914, para la regularidad de los certificados de todos los bienes muebles, inmuebles y derechos de 40 de marzo de 1916.
No confundir con el Impuesto de 15 de abril de 1964 ni con otros impuestos u otros gravámenes.

PRECIO DE ESTE IMPRESO DE 5,00 PASETAS



Extracto del acta de defunción de Francisco Alonso Sotillo, que murió —según recoge el documento— el 7 de noviembre de 1936, asesinado.

Alonso Sampedro - Tor. Jiménez

Asociación de Familiares de los Mártires de
Paracuellos de Jarama y Torrejón de Ardoz

Am=1227 Carrera de San Jerónimo, 5, 1.º, A y B - Madrid *Nº 1176*

Nota: a primeros de año, enviarme lista de empuja del año 1942 a Puerto Sta. Maria
SOLICITUD DE INGRESO

D. *R. María Yereza Osborne Viuda de Alonso* *39* años,
 estado *viuda* profesión *S. L.*, natural de *Puerto Sta. Maria*
 provincia de *Padre* y con residencia en *Puerto de Sta. Maria*
 provincia de *Padre* calle de *Fernán Caballero n.º 6*
 piso *—* DECLARA: que siendo familiar (en el grado de *esposa*)
 del MARTIR *San Francisco Javier Alonso Sampedro* fue sacado
 de la Cárcel *Chaca de M. de ella* de esta Capital
 el día *7* de *Novre.* de 193 *9* y sospechando fuera asesinado por los
 rojos en *Paracuellos* a los *46* de edad, de estado
casado con la profesión de *Empleado* y que fué detenido en su do-
 micilio de *la calle de la Curial, C. Gobernadora* el día
28 de *Octubre* de 193 *6* siendo natural de *Villanueva de Arévalo*
 provincia de *Badajoz* SOLICITA de la Junta Directiva de la ASOCIA-
 CION DE FAMILIARES DE LOS MARTIRES DE PARACUELLOS DE JA-
 RAMA Y TORREJON DE ARDOZ, se le inscriba como socio de la misma, siendo
 sus deseos los de contribuir mensualmente con la cuota de PESETAS *tres cinco*
 haciendo efectivo en el acto de suscribir este Boletín la correspondiente al mes de
 Noviembre de 1939 y las que hubieran vencidas en la presente fecha.

Gloria a los MARTIRES caídos por Dios y por España.

Madrid, *1.º* de *diciembre* de 19 *41*. Año de la Victoria.
 EL FAMILIAR,

R. María Yereza Osborne Viuda de Alonso

NOTA.—A parte de la cuota que se suscriba como asociado, se interesa del mismo, engrasar la
 suscripción abierta para la construcción del Monumento en PARACUELLOS DE JARAMA,

PEREZ VALLEJO.—Avda. José Antonio, 11

María Teresa ya firma como viuda en diciembre de 1941 en esta solicitud para inscribirse en la Asociación de Familiares de los Mártires de Paracuellos del Jarama. Tardó tres años en cerciorarse de que su marido estaba muerto, aunque nunca llegó a ver su cadáver.

faltan



Serie AE N.º 598343

MINISTERIO DE JUSTICIA
Registros Civiles

CERTIFICACION LITERAL DE INSCRIPCION DE DEFUNCION (1)

Situación =III=
Tomo =41=
Pág. - - - -
Folio =180=

REGISTRO CIVIL DE San Lorenzo del Escorial
Provincia de Madrid

240

En San Lorenzo del Escorial provincia de Madrid a las diez horas ... minutos del día diez y ocho de Septiembre de mil novecientos treinta y nueve ante D. Ruperto Cebrian Duas Juez municipal suplente y D. Mariano Muñoz Paster Secretario municipal habilitado se procede a inscribir la defunción de D. Francisco Javier Alonso Sotillo de edad cuarenta y seis años, natural de Villanueva de la Serena provincia de Badajoz hijo de D. Manuel y de Doña Etelvina (difuntos) domiciliados en esta población de profesion funcionario que era del Patronato nacional de esta localidad y de estado casado con D.ª María Teresa Osborne Tosar de cuya unión ha quedado un varón llamado Francisco Javier de dos años falleció en Paracuellos del Jarama el día siete de Noviembre de 1936 asesinado por la horda roja segun resulta de expediente seguido en el Juzgado de Instruccion uy su cadaver recibió sepultura en el sitio donde fue asesinado.- Esta inscripción se practica en virtud de orden de la Superioridad por auto dictado con fecha 11 del actual consignandose ademas que se ignora si ha otorgado testamento habiendola presenciado como testigos D. José García González y D. Leonardo Benito Ferranz mayores de edad y vecinos de esta población.- Leída esta acta se sella con el del Juzgado y la firman el señores Juez los testigos de que certifiq.- R. Cebrian.- José García.- Leonardo Benito.- Mariano Muñoz.- Con rubricas Al margen: Número 229.- NOBIERE Y APELLIDOS: FRANCISCO JAVIER ALONSO SOTILLO.- Auto.- En San Lorenzo del Escorial a siete de setiembre de 1940.- Resultando: Que Doña M.ª Teresa Osborne Tosar acudió a este Juzgado solicitando la subsanación ó omision material consignado en la inscripción de defunción de Don Francisco Javier Alonso Sotillo, esposo de la recurrente, obrante al folio 180 del tomo 41 de la Sección de defunciones de este Registro Civil consistente en hacer constar que dicho señor a su fallecimiento dejaba ademas de un hijo llamado Francisco Javier otra hija llamada Etelvina Cipriana Alonso López, hija de su primer patrimonio con Doña Isabel López Sanchez, justificandolo con los documentos presentados habiendo emitido dictamen en sentido favorable al Ministerio Fiscal.-

Certificación literal de la inscripción de defunción en la que se especifica que falleció en Paracuellos del Jarama el 7 de noviembre «y su cadáver recibió sepultura en el sitio donde fue asesinado».



CAUSA GENERAL

PALACIO DE JUSTICIA
FISCALIA T. SUPREMO



Don Julián Paredes Martínez

Secretario de la Administración de Justicia y de la Causa General

DOY FE: Que en la Causa General, seguida en averiguación de los hechos delictivos de importancia cometidos en Madrid y su provincia, durante la dominación marxista, aparece que: DON FRANCISCO JAVIER ALONSO SOTILLO, de 46 años, Empleado, con domicilio en la calle del Gobernador, nº 11 del pueblo de San Lorenzo del Escorial, fue detenido en su domicilio el día 30 de Octubre de 1.936 e ingresado en la Carcel Modelo el día siguiente, de donde fue extraído juntamente con otros detenidos el día 7 de Noviembre de 1936, para ser asesinado.

Y para que conste, y a petición de parte interesada, expido el presente con el visto bueno del Ilmo. Sr. Fiscal Instructor Delegado en Madrid, a treinta de Noviembre de mil novecientos setenta y dos.



Vº Bº
FISCAL INSTRUCTOR DELEGADO

Julián Paredes

[Firma manuscrita]

027508.f

Documento de la Causa General en el que se habla de su detención y asesinato, especificando que fue sacado de la cárcel Modelo con este fin.

V. C. Pecas de Roble

388. Alfonso, José	461. Alonso Castillo, Mariano	534. Alonso Quesada, Eduardo
389. Algara Sáiz, Antonio	462. Alonso Cifuentes, Gumersindo	535. Alonso Ramos, Bernardino
390. Algara, Tomás	463. Alonso Cortea, Josefa	536. Alonso Rivera, Nicolás
391. Algarra, Víctor	464. Alonso Cueto, María Paz	537. Alonso Robledo, Bernabé
392. Algivarey, José	465. Alonso Chilochech, Manuel	538. Alonso Rodríguez, Conrado
393. Algueró Nicoli, Pedro	466. Alonso de Castro, Doroteo	539. Alonso Rodríguez, Emilia
394. Algueró, Martín	467. Alonso de la Paz, Vicente	540. Alonso Román, Antonio
395. Alia Palomo, Jesús	468. Alonso de León, Fernando	541. Alonso Ruano, Constandio
396. Aliaga Andrés, Anastasia	469. Alonso de los Santos, Ángel	542. Alonso Rubio, Bernardino
397. Aliende Aliende, Jesús	470. Alonso de Villapadierna, Esperanza	543. Alonso Rubio, Carlos
398. Aliendo Aliendo, Ángel	471. Alonso de Villapadierna, Manuel	544. Alonso Rubio, Manuel
399. Alique Alcázar, Esteban	472. Alonso de Villapadierna, Ramiro	545. Alonso Ruiz, José
400. Aliven Rovira, José	473. Alonso de Villapadierna, Santiago	546. Alonso Ruiz, Juan
401. Alix Alix, Pedro	474. Alonso Domínech, Joaquín	547. Alonso Ruiz, Manuel
402. Alix Recalde, Enrique	475. Alonso Enrique, Félix	548. Alonso Sánchez, Antonio
403. Almador Erice, Carmelo	476. Alonso Esteban, Emilio	549. Alonso Sánchez, Rumsaldo
404. Almansa Carrazón, Juan	477. Alonso Esteban, Encarnación	550. Alonso Santa María, Bernardo
405. Almansa Martín, Pedro	478. Alonso Fernández, Antonio	551. Alonso Sarasa, Antonio
406. Almansa Pérez, Cristóbal	479. Alonso Fernández, Candelario	552. Alonso Sierra, Benedito
407. Almaño Díaz, Francisco	480. Alonso Fernández, Gregorio	553. Alonso Sierra, Fortunato
408. Almarza, Marcelino	481. Alonso Fernández, Ignacio	554. Alonso Sierra, Perfecto
409. Almata Díez Díez, Félix	482. Alonso Fernández, Narciso	555. Alonso Sotillo, Francisco
410. Almaza Fernández, Francisco	483. Alonso Fernández, Santos	556. Alonso Torres, Enegracia
411. Almaza, Mario	484. Alonso Gadierno, Pedro	557. Alonso Valbuena, Luis
412. Almazán Franco, Isidro	485. Alonso García, Ángel	558. Alonso Valdés, Francisco
413. Almazán Lorenzo, Ángel	486. Alonso García, Camila	559. Alonso Velásquez, Ismael
414. Almazán Losada, Adelaida	487. Alonso García, José María	560. Alonso Villalva, Enrique
415. Almazán Ojalvo, Benito	488. Alonso Geta Vega, Clero	561. Alonso Villalva, Rafael

Suplemento a la lista de conducciones

A

Ayala Victoria, Enrique.
Aragón Sousa, Federico.
Alonso Ruiz García, Juan.
Álvarez de Late, Marcelino.
Amores Garay, Ángel.
Aranguren Hernández, José.
Areñas Cardenal, Amelio.
Ariza Salas, José.
Arriola Moreno, Ricardo.
Arregui Hidalgo, Enrique.
Alonso Hernández, Ignacio.
Alonso Sotillo, Francisco Javier.

B

Berenguer Cajigas, José.
Boixareu Rodríguez, Antonio.
Bragado Rudín, Tomás.
Bonet Baró, José.
Boville Nobellán, Ángel.
Blas Arautegui, José.
Bellod Keller, Federico.
Bustelo Vázquez, Ramón.
Blanco Martínez, Antonio.
Botella Melián, Fernando.
Bermúdez López, José.
Burgoa Mínguez, Sixto.
Blanco Urbina, Manuel.

Listas de asesinados en Paracuellos publicadas por Ian Gibson (debajo) y por César Vidal (arriba) en las que aparece el nombre de Francisco Alonso Sotillo.

779

REGISTRADO AL N.º 83-1-2



DIRECCION GENERAL
DE
SEGURIDAD
INSPECCION DE GUARDIA

Ilmo. Señor:

Pongo en conocimiento de V.I. que, en el día de hoy, ha ingresado en la Prisión Celular de esta Capital y a disposición de su Autoridad, [REDACTED] y FRANCISCO ALONSO SOTILLO, detenidos en el Escorial, por funcionarios de la División Social, dependientes de esta Dirección, detención que se llevó a cabo de acuerdo con la Comandancia de Milicias, por derechista el primero y fascista peligroso el segundo.

Madrid, 31 de octubre de 1.936

EL DIRECTOR GENERAL

RECEIVED
MADRID
1936
63233

Ilmo. Sr. Presidente del Tribunal para la represión del fascismo.-

Escrito de la Dirección General de Seguridad en el que se le acusa de fascista. Más de cien agustinos del monasterio, junto a los que él trabajaba, fueron asesinados solo por ser religiosos... y cientos de militares, prisioneros como él en la cárcel Modelo, serían considerados peligrosos y asesinados por negarse a luchar en el bando republicano. (Fuente: Ministerio de Cultura, portal de Archivos españoles).

GRUPOS PARA LA “REPRESION DEL FASCISMO” QUE FUNCIONARON EN SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

En un documento fechado en San Lorenzo de El Escorial el 28 de julio de 1941 en el que se trata de contestar a una petición de instancias superiores sobre los diversos comites y checas que supuestamente funcionaron en la localidad para la “represion del fascismo”, se puede leer entre otras cosas:

Nada mas estallar la guerra se formó un comité rojo. Posteriormente, por el mes de septiembre de 1936 funcionó una checa compuesta por elementos venidos de Madrid que actuó de acuerdo con el comité mencionado. En octubre de ese mismo año hizo su aparición en esta localidad un grupo de policias que instalaron un cuartelillo, convertido mas tarde en checa, que funcionó durante algun tiempo.

El comité citado mas arriba -dice el informe redactado al poco de terminar la guerra – fue emplazado en dependencias del Monasterio, habilitandose como prisión el Patio de Coches de dicho edificio donde fueron detenidas mas de SETECIENTAS PERSONAS, algunas de las cuales fueron mas tarde ASESINADAS, la mayoría, en la carretera de El Escorial a Madrid, poco después de pasado Galapagar.

La checa a que nos hemos referido en segundo lugar, compuesta por personal venido de Madrid, se encontraba establecida en un hotel, teniendo habilitado los sotanos como calabozos. Los asesinatos -siempre según el citado informe – fueron llevados a cabo en una plazoleta de la carretera de Guadarrama. Por último, las personas detenidas en la “checa de la policia” eran trasladadas a una carcel y muchas de ella, posteriormente, eran asesinadas en la carretera de El Escorial a Madrid hacia el kilometro 12; la carretera de Guadarrama, en el lugar denominado Fuente Nueva y la carretera de Robledo en el lugar denominado Curz Verde.

Los asesinados de la localidad - fallecidos en los sitios que hemos mencionado, en Madrid, Paracuello o en otro cualquier lugar - comprende una larga lista de 164 nombres en la que figura Francisco Alonso Sotillo. El mencionado informe termina diciendo.: A esta relación hemos de añadir los Martires Agustinos de la comunidad del Monasterio de El Escorial que en número de 107 fueron igualmente asesinados y cuyos nombres figuraran en los archivos de la Orden Agustiniiana.

Esto es cuanto a groso-modo podemos informar a V.S. de cuanto nos pregunta en su referido escrito.

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL Julio de 1941

El delegado comarcal
(Sello y firma ilegible)

Resumen de un documento en el que se habla de los supuestos «organismos» que se encargaron en El Escorial de la «represión del fascismo».



DON PEDRO QUIROGA GARCIA, INTERVENTOR LOCAL DEL PATRONATO NACIONAL Y DEL PATRONATO DE LA FUNDACION BENEFICO-DOCTRINA DE SAN LORENZO DE EL ESCORIAL, DE LOS QUE ES ADMINISTRADOR DON JUAN GRACIA BARRATEJA.

CERTIFICO: Que según resulta de los antecedentes existentes en estas Oficinas, Don Francisco Javier Alonso Scitillo, ingresó en el Patronato el día 18 de julio de 1913, como temporero, nombrado por la Administración; y, el 12 de enero de 1932, se le dió por la Administración, en los Presupuestos, el título de Secretario con el sueldo de cuatro mil pesetas anuales, hasta el mes de julio de mil novecientos treinta y seis, en el cual desaparece de las nóminas sin más explicación, sin más dispuesto por el Gobierno rojo, puesto que más tarde fué asesinado en Paracuellos.

Y para que conste expido el presente en San Lorenzo de El Escorial a tres de octubre de mil novecientos treinta y uno.

YR. B1
EL ADMINISTRADOR,

Documento del Patronato de San Lorenzo de El Escorial que asegura que fue asesinado en Paracuellos tras desaparecer de la nómina por orden del gobierno rojo.

27.024



JEFATURA DEL ESTADO
PATRIMONIO NACIONAL
Contabilidad

18-6851



Este Consejo de Admón ha acordado abonar a Vds. en concepto de herederos legítimos de Don Francisco Javier Alonso Sotillo, la cantidad de MIL SETENTA Y SIETE pesetas, con SETENTA Y SIETE céntimos, importe de la retribución dejada de satisfacer al mismo por la Admón marxista desde 1º de Agosto de 1938 a 7 de Noviembre de igual año.

Lo que comunico a Vds, para su conocimiento y a fin de que acrediten en este Centro haber satisfecho el impuesto de cerachos reales correspondiente o la exención del mismo en su caso.

Dios guarde a Vds. muchos años.

Madrid, 7 de Julio de 1944.
EL CONSEJERO DELEGADO GERENTE.



D^a María Teresa Osborne, D^a Etelvina Alonso López.
y D. Francisco Javier Alonso Osborne.

MADRID.

Documento que acredita que pertenecía al Patrimonio Nacional. Su convivencia con los agustinos provocó su detención, dada la terrible persecución religiosa. Según diversas fuentes, el 6 de agosto de 1936 la totalidad de la congregación —menos cuatro monjes gravemente enfermos— fue trasladada a Madrid y encarcelada, y muchos de ellos murieron en Paracuellos.

M.0.183.059

7 18

Se sigue *Deposito, 2. libro*
el oficio anterior, certifica -
Nay

I n f o r m e

El Agente de Investigacion y Vigilancia que suscribe agregado al servicio de este Juzgado Instructor numero uno, ha de constar por el presente informe:

Que habiendosele encomendado la averiguacion de cual sea la Prision o Carcel en donde se encuentre recluido el inculpado Francisco Alonso Sotillo, ha realizado las oportunas gestiones que han dado como resultado el determinar que dicho sujeto fue evacuado de la Prision Celular de esta Villa, en uno de los dias seis, siete, u ocho de Noviembre del año ultimo, sin que haya tenido ingreso en ninguna otra carcel, por cuyo motivo se ignora y desconoce cual sea su paradero; y que estos antecedentes han sido confirmados por el informante en la Direccion General de Prisiones.

Madrid 8 de Febrero de 1937.

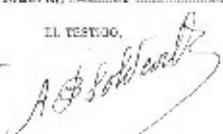
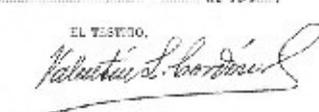
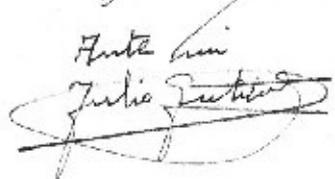
Causa General 103 EXP. 37. (Fuente: M.C.U.) Documento definitivo: el juzgado correspondiente ordena averiguar dónde se encuentra el inculpado, porque la justicia ignora que Francisco Alonso Sotillo, a quien por supuesto no se había juzgado, había sido asesinado tres meses antes. Ahora sí lo sabemos: en una fosa común de Paracuellos.

INFORMACION TESTIFICAL

Ante mí, Don Julio Gutiérrez Romero, Jefe de Contabilidad del patrimonio en funciones delegadas del Ilustrísimo señor Consejero Interventor de este Organismo, en el día de la fecha, comparecen D. Augusto Pérez Boiderville mayor de edad, natural de Madrid provincia de id domiciliado en Madrid calle de l Tutor número según cédula personal de 11ª clase, expedida en 5 de febrero de 1942 con el número 024296 que exhibe y recoge, D. Luis Sandoval Álvarez mayor de edad, natural de Zamora provincia de id y domiciliado en Madrid calle de Santa Clara número según cédula personal de 9ª clase, expedida en 2 de mayo de 1942 con el número 803840 que exhibe y recoge, y D. Valentín López Gordón Pastor mayor de edad, natural de Madrid provincia de id domiciliado en D. Ramón de la Cruz calle de id número según cédula personal de 11ª clase, expedida en 30 de septiembre de 1942 con el número 236780 que exhibe y recoge, y dicen que no les comprende nada alguna de las disposiciones en la ley de Ejecución civil, que les causa que D. Francisco Javier Alonso Sutillo a quien conocen, falleció sin testamento en Paracuellos de Jarama el 7-nov-1936- no dejando descendientes, ascendientes ni más próxima pariente que se reclamase, D.ª M.ª Teresa Gaborna y Tazar viuda de las segundas nupcias del causante, de cuyo matrimonio no quedaron un hijo menor de edad llamado Francisco Javier y D.ª Teófilina Alonso López hija legítima del causante, habida en el primer matrimonio con D.ª Isabel López Sánchez,

Leída esta declaración por los interesados, se ratifican en todo lo consignado, asegurando ser cierto bajo las penas que el Código marca, y en prueba de ello firman conmigo la presente declaración.

Madrid, 10 de de 1944.

EL TESTIGO, EL TESTIGO, EL TESTIGO,
  
Ante mí


Tres testigos que lo «conocían» estampan sus firmas en una información testifical en la que aseguran que falleció en Paracuellos el 7 de noviembre.



Arriba: Francisco Javier Alonso Sotillo poco antes de su muerte en Paracuellos, cuando tenía cuarenta y seis años de edad.

Debajo, a la derecha: María Teresa Osborne Tosar poco antes de su boda, celebrada en El Puerto de Santa María, en abril de 1936.

Debajo, a la izquierda: dedicatoria para su marido que aparece detrás de la foto (fuentes familiares).

Con todo
el mundo
posible de la
mujer que solo
deja nada de
ser siempre





Arriba: la casa de San Lorenzo de El Escorial donde vivieron María Teresa y su marido, y donde fue detenido por los milicianos en octubre de 1936.

Debajo: la fachada lateral de la casa donde se encontraba el Hotel Jardín: «El hotel estaba enfrente, enfrente de nuestro piso. No había más que cruzar una plazoletita...», escribe María Teresa en su diario.





Arriba: la casa donde nació Pedro Muñoz Seca y, al fondo, el Colegio de las Carmelitas, donde el hijo de María Teresa hizo la primera comunión, vestido como se puede ver en la foto de abajo.

MADRID. — Hôpital Saint Louis des Français, Claudio Coello, 92.



El hospital de Saint Louis, hoy desaparecido, donde dio a luz María Teresa. La foto esta tomada en las esquinas de las calles Claudio Coello y Padilla.



Las estatuas de Pedro Muñoz Seca (derecha) y Rafael Alberti (izquierda) en El Puerto de Santa María.





Arriba: vista de la calle Fernán Caballero de El Puerto de Santa María, con casas señoriales, donde se encontraba el domicilio familiar de María Teresa. Allí fue a vivir tras su huida de zona roja. *Debajo, a la derecha:* su padre, Juan Osborne Guezala, cuando era joven. *Debajo, a la izquierda:* María Teresa en El Puerto. Hasta tres años después de su llegada a casa de su familia, no supo que a su marido lo habían asesinado.



AGRADECIMIENTOS

A Alfonso Ussía, a quien agradezco profundamente que hiciera el prólogo de este libro —su abuelo, don Pedro Muñoz Seca, también fue asesinado en Paracuellos—. A Antonio Burgos, que fue quien primero leyó el manuscrito, me animó a buscar editorial y ha dedicado unas palabras entrañables a mi madre desde su profundo conocimiento del Sur. A José Luis Sancho del Patrimonio Nacional por su ayuda en buscar documentación de hace más de setenta años sobre mi padre. A Miguel Ángel Orcasitas, agustino del Real Centro Universitario María Cristina de San Lorenzo de El Escorial, por su información sobre los agustinos asesinados durante la Guerra Civil. A José Manuel de Ezpeleta, de la Hermandad de Nuestra Señora de los Caídos de Paracuellos del Jarama, por su importante asesoramiento. A Milagros Romero Samper, por su comunicación durante el III Congreso Internacional sobre la Segunda República y la Guerra Civil (*La otra memoria histórica*, noviembre de 2008, de la Universidad San Pablo CEU), comunicación que me permitió acceder a documentos de la Causa General, imprescindibles para reconstruir la trágica historia de mi padre. A mis sobrinos, hijos de mi hermana Etelvina, por ayudarme a recordar acontecimientos familiares. A mi sobrino Bertín, que me animó desde el principio a que publicara el diario (su madre, fallecida hace unos años, esposa de Enrique Ortiz López-Valdemoro, actual conde del Donadio de Casasola, se llamaba María Teresa Osborne Marengo y era sobrina de mi madre, María Teresa Osborne Tosar). A María Eugenia, mi mujer, por leer y corregir los datos que he aportado al diario de mi madre. Y a todos los que la ayudaron en aquellos días terribles, a muchos de los cuales no conozco ni conoceré nunca, pero que demostraron que, en medio de una guerra terrible, también se puede ayudar a los demás sin recibir nada a cambio. Por último, a Juan Ignacio Alonso Campos, a la directora de la editorial Carmen Fernández de Blas y a Olga García de la Rosa, por comprender la sencilla intención de este diario: el recordar que hay otra «memoria histórica», otras fosas y otras víctimas.



JAVIER ALONSO OSBORNE (Madrid, 21 de abril de 1937) es periodista y actualmente es director de la revista *¡Hola!*, donde trabaja desde hace más de veinte años. Realizó sus primeros estudios con los jesuitas en El Puerto de Santa María y en el colegio de El Palo de Málaga. Obtuvo el título de periodismo en la Escuela Oficial de Madrid e ingresó poco después en la editorial Católica. Allí trabajó durante diez años en las redacciones de *Ya* y la agencia de noticias Logos, simultaneando estos trabajos con la ocupación de diversos puestos en el editorial Espejo. En el año 1972, su novela *Martín gris*, bella y triste a un tiempo —como la calificaba Alfonso Grosso en su prólogo— quedó finalista del premio Café Gijón.

Notas

[1] El Puerto de Santa María, en la provincia de Cádiz, donde se encontraba su familia y donde había nacido y vivido. <<

[2] Era funcionario de Patrimonio Nacional y trabajaba en el monasterio, regentado por agustinos. Muchos de ellos, como él, murieron asesinados en Paracuellos. <<

[3] Etelvina Alonso López, hija de su primer matrimonio. Era viudo. <<

[4] En una ocasión me contó que, caminando monte arriba, hacia el pico de Abantos, pensaron pasarse a la zona nacional —que estaba al otro lado de la montaña—, pero desistieron porque ella ya estaba embarazada y el esfuerzo era muy grande. <<

[5] Río que desemboca en El Puerto de Santa María. <<

[6] Las hermanas de su marido, Eulalia y Aurora, dos buenísimas personas que siempre se portaron maravillosamente con ella. <<

[7] Se referían al general Queipo de Llano, que hablaba desde zona nacional. <<

[8] Vicente Alberti, hermano del poeta Rafael Alberti, representante de las Bodegas Osborne, compañía de la que María Teresa y sus hermanos habían sido partícipes hasta poco antes de la guerra. <<

[9] Según contaba siempre, se trataba de Pepe Muñoz Seca, hermano de Pedro Muñoz Seca, el popular comediógrafo a quien también asesinaron en Paracuellos. <<

[10] ¿Se refiere, quizás, a Félix Schlayer, encargado de negocios de la Embajada de Noruega? <<

[11] Se entiende que no solo era salir de Madrid, sino de la zona roja. <<

[12] Se refiere a sus hermanos, que estaban en El Puerto. <<

[13] Su hermana, monja del Sagrado Corazón. <<

[14] De donde, posiblemente, había partido la orden de detención de su marido. <<

[15] Escribió este diario en El Puerto, por lo que utilizó la expresión «venía para acá».

<<

[16] Había que recorrer todo el sur de Francia para volver a entrar en España por el norte, y ya, por zona nacional, llegar hasta Andalucía. <<

[*] Esta frase se la dijo la madre de Alfonso Ussía a sus hijos, según recoge el escritor en un artículo publicado en *La Razón* el 19 de octubre de 2008. El abuelo de Alfonso era el célebre comediógrafo don Pedro Muñoz Seca, asesinado también en Paracuellos. <<